LAS PESADILLAS DE OFELIA
SALVADOR RANGEL ABUD

LAS PESADILLAS DE OFELIA

Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

Ofelia Vargas de la Vega no es una mujer infeliz. Tampoco es una mujer feliz. Es, más bien, una mujer que ha alcanzado ese estado zen de la medianía emocional que solo se consigue después de décadas de esperar llamadas que no llegan, mensajes que no se envían, y citas que terminan con la frase "mejor seamos amigos" — esa sentencia de muerte social que es el equivalente romántico de "no es usted, es la empresa."

A los cincuenta años, Ofelia tiene un departamento con velas que nunca se encienden porque son para una ocasión especial, una botella de champán que lleva cinco años esperando un brindis que valga la pena, y un pijama de seda guardado en el armario etiquetado mentalmente como "para cuando él se quede a dormir." Él, ese pronombre sin rostro que ocupa más espacio mental que cualquier hombre real que haya conocido.

Pero sus pesadillas son lo más revelador: no son monstruos con garras ni persecuciones por pasillos infinitos. Son cenas con hombres que mastican con la boca abierta mientras le critican la albahaca del espagueti. Son ceremonias religiosas donde el novio ronca con la intensidad de un motor de lancha. Son domingos en pareja viendo programas que ni un adolescente con daño cerebral encontraría entretenidos.

A través de doce capítulos y un catálogo de pretendientes que incluye un filósofo existencialista con pezuñas emocionales, un viudo que consulta a su difunta esposa sobre el vino durante las citas, y un hombre que regresa después de años para pedir prestado, *Las pesadillas de Ofelia* narra cómo una mujer inteligente que sabe demasiado llega a descubrir, finalmente, que lo más parecido al amor de su vida ha estado esperándola frente al espejo todo este tiempo.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene, en dosis clínicamente significativas:

Humor negro sobre las relaciones románticas, la soltería femenina y el mercado afectivo moderno

Ironía sostenida sobre las expectativas sociales hacia las mujeres de cincuenta años

Pesadillas matrimoniales de alto realismo que pueden producir reconocimiento incómodo

Personajes masculinos retratados con precisión etnográfica y compasión mínima

Reflexión genuina sobre la autoestima, la soledad y la diferencia entre estar sola y sentirse sola

No contiene violencia. Sí contiene verdades que el lector casado podría reconocer con alivio o con alarma, según el caso.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias por el Instituto Nacional de Salud Pública, además de escritor aficionado. En *Las pesadillas de Ofelia* demuestra que la misma mirada clínica que construye thrillers científicos y sátiras políticas puede volverse hacia el territorio más íntimo y universal que existe: la búsqueda del otro y el descubrimiento, a veces tardío y siempre incómodo, de uno mismo. Ofelia Vargas de la Vega es uno de los personajes más logrados de su narrativa — no porque sea simpática, sino porque es verdadera.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: Las Pesadillas de Ofelia

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Comedia romántica / Novela de autoconciencia / Literatura femenina

Extensión: 33,844 palabras aproximadamente

Estructura: Prólogo + 12 capítulos + Epílogo

Idioma: Español

Año de publicación: 2026

Plataforma: Internet Archive — Acceso abierto

Contacto: wrangel.1352@gmail.com

NOTA DEL AUTOR

Esta no es una historia de autoayuda — porque la autoayuda es para gente que cree que los problemas se resuelven con frases motivacionales y rutinas matutinas. Es una historia de autoconciencia, que no es lo mismo, aunque a veces sirve igual.

Ofelia no aprende a estar sola. Ya sabe estar sola — lo hace todos los días con una eficiencia que la alarma. Lo que aprende, despacio y a través de pesadillas que son más reveladoras que cualquier terapia, es que la soledad de calidad y la compañía de baja calidad no son lo mismo. Y que hay una diferencia fundamental entre esperar que alguien llegue a ocupar el cajón de los calcetines y decidir que ese cajón, en realidad, siempre fue tuyo.

Brindemos por Ofelia — con una copa de vino tinto, porque el blanco es para celebraciones falsas y ella ya tuvo suficientes.

LICENCIA

Esta obra se publica bajo la licencia Creative Commons:

© Salvador Rangel Abud. Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de compartir y distribuir esta obra en cualquier medio o formato, siempre que se otorgue crédito apropiado al autor, no se utilice con fines comerciales y no se generen obras derivadas sin autorización expresa. Más información: creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0

PALABRAS CLAVE

soltería femenina · comedia romántica · autoconciencia · cincuenta años · relaciones afectivas · humor negro · pesadillas · amor propio · México · novela en español · literatura femenina · vida cotidiana · independencia emocional · humor existencial · citas fallidas

---

TEMAS PRINCIPALES

La soltería femenina a los cincuenta como territorio narrativo propio, no como problema a resolver

La diferencia entre estar sola y sentirse sola — y entre compañía real y compañía de relleno

El catálogo del hombre inviable como espejo de las expectativas culturales sobre la pareja

Las pesadillas como mecanismo de revelación: el inconsciente que dice lo que la vigilia no se atreve

La lucidez como doble filo: saber demasiado como obstáculo y como camino

La presión social sobre las mujeres que no han "completado el trámite" del matrimonio

El amor propio no como consuelo sino como llegada

CITAS DESTACADAS

"Ofelia Vargas de la Vega no es una mujer infeliz. Tampoco es una mujer feliz. Es, más bien, una mujer que ha alcanzado ese estado zen de la medianía emocional."

"Ha pospuesto el amor. Como quien guarda un vestido caro para una boda que no llega, sabiendo que cuando llegue probablemente ya no le quede."

"Sus pesadillas no son monstruos con garras. Son mucho más sofisticadas y, por lo tanto, más aterradoras."

"No soy la mujer que los hombres no eligen. Soy la mujer que ellos no merecen."

"La vida no se casa con nadie. Pero sí puede tener una relación muy satisfactoria consigo misma."

"El amor no es algo que se encuentra. Es algo que se construye, se cultiva, se cuida. Y a veces, el mejor lugar para empezar esa construcción es con la única persona que va a estar contigo toda la vida."

COMPARACIONES LITERARIAS

Los lectores de las siguientes obras encontrarán en esta novela un espacio narrativo cercano:

Helen Fielding (*El diario de Bridget Jones*): la protagonista que narra su vida amorosa con honestidad desarmante y humor de precisión quirúrgica

Nora Ephron (*Heartburn*, ensayos): la voz femenina que convierte la experiencia personal en observación universal sin perder el filo

Marian Keyes (*Rachel's Holiday*, *Anybody Out There?*): la comedia romántica que no teme la profundidad emocional ni el final ambiguo

Guadalupe Loaeza (crónicas de la vida social mexicana): el retrato de la mujer de clase media urbana con sus contradicciones, sus rituales y su inteligencia mal aprovechada por el entorno

Dentro de la narrativa mexicana contemporánea, *Las pesadillas de Ofelia* ocupa un lugar poco habitado: el de la comedia romántica protagonizada por una mujer de cincuenta años que no busca redención ni pareja, sino simplemente entenderse a sí misma — y que lo hace con más gracia que la mayoría.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

Ofelia conserva el pijama de seda, el champán, las velas — todos guardados "para una ocasión especial" que no llega. ¿Reconoce usted ese comportamiento en sí mismo? ¿Qué dice sobre cómo valoramos el presente frente a un futuro imaginado?

El catálogo de pretendientes de Ofelia es una radiografía de ciertos tipos masculinos muy reconocibles. ¿Cuál le resultó más verdadero? ¿Cuál más injusto?

Las pesadillas de Ofelia son siempre matrimonios desastrosos, nunca soledades insoportables. ¿Qué dice eso sobre lo que ella realmente teme?

La novela no termina con Ofelia encontrando pareja. ¿Es eso un final feliz, un final realista, o ambas cosas?

¿Tiene la soltería a los cincuenta el mismo peso social para un hombre que para una mujer en el contexto mexicano que describe la novela? ¿Debería?

Ofelia es descrita como una mujer que "sabe demasiado." ¿Es esa lucidez un privilegio o una condena?

CÓMO CITAR ESTA OBRA

APA: Rangel Abud, S. (2026). *Las pesadillas de Ofelia*. Internet Archive. https://archive.org

MLA: Rangel Abud, Salvador. *Las pesadillas de Ofelia*. Internet Archive, 2026.

Chicago: Rangel Abud, Salvador. *Las pesadillas de Ofelia*. Internet Archive, 2026.

CONTACTO Y OTRAS OBRAS

Correo electrónico: wrangel.1352@gmail.com

Salvador Rangel Abud es autor de más de cincuenta novelas publicadas. Su obra abarca el thriller científico, la novela de neurodiversidad, la comedia negra, la ficción especulativa, la sátira política y la crónica costumbrista. Todas sus obras de acceso abierto se encuentran disponibles en Internet Archive bajo licencia CC BY-NC-ND 4.0.

Para solicitudes de reseña, colaboración editorial o derechos de traducción, contactar directamente al autor por correo electrónico.

MENSAJE FINAL

Hay un momento en la novela en que Ofelia deja de preguntarse por qué los hombres no se quedan y empieza a preguntarse qué haría si uno lo hiciera. Es un momento pequeño, casi imperceptible, pero es el corazón de toda la historia.

Las pesadillas de Ofelia no es una novela sobre el amor romántico. Es una novela sobre el momento en que una mujer inteligente, cansada de esperar que el mundo la confirme, decide confirmarse a sí misma. Sin retiro espiritual en la montaña. Sin viaje de autodescubrimiento a la India. Sin terapeuta que cobra por minuto. Solo a través de pesadillas que, vista con suficiente distancia y sentido del humor, resultan ser el mejor mapa que el inconsciente podía ofrecerle.

El cajón de los calcetines siempre estuvo vacío. No porque nadie llegara a llenarlo, sino porque Ofelia, sin saberlo, lo estaba guardando para ella.

Brindemos por eso — con vino tinto, que el blanco es para celebraciones falsas.

© 2026 Salvador Rangel Abud · CC BY-NC-ND 4.0 · wrangel.1352@gmail.com · Internet Archive

INDICE

Prólogo. A los 50, la soltería ya no es sospechosa... es diagnóstico
Capítulo 1. Currículum sentimental de una solterona sin experiencia
Capítulo 2. El club de las exnovias eternamente potenciales
Capítulo 3. Mamá tenía razón, y por eso se quedó sola
Capítulo 4. Tinder, el infierno en tu bolsillo
Capítulo 5. Un pretendiente con pezuñas y doctorado
Capítulo 6. El que se fue sin despedirse y regresó para pedir prestado
Capítulo 7. Amores enlatados: viudos, divorciados y reciclados
Capítulo 8. El hombre ideal sí existe... pero es alérgico al compromiso
Capítulo 9. El perro del vecino y otros vínculos más estables

Capítulo 10. Una boda ajena y un vestido que no cierra
Capítulo 11. La renuncia más elegante
Capítulo 12. Los hombres que no fueron (y la mujer que sí es)
Epílogo. La vida no se casa con nadie

Prólogo

A los 50, la soltería ya no es sospechosa… es diagnóstico

Ofelia Vargas de la Vega no es una mujer infeliz. Tampoco es una mujer feliz. Es, más bien, una mujer que ha alcanzado ese estado zen de la medianía emocional que solo se consigue después de décadas de esperar llamadas que no llegan, mensajes que no se envían, y citas que terminan con la frase: "mejor seamos amigos" —esa sentencia de muerte social que es el equivalente romántico de "no es usted, es la empresa."

Ha llegado a los cincuenta años con la convicción firme —y educadamente negada— de que el amor verdadero existe, pero solo en los artículos de fondo de las revistas dominicales, justo entre las recetas de quiche sin culpa y los consejos para eliminar la celulitis con gratitud y aceite de coco. Ese amor que prometen los horóscopos cada lunes, que anuncia el tarot de la esquina, y que Netflix sugiere en sus algoritmos románticos, diseñados por programadores que probablemente tampoco han conocido el amor verdadero, pero sí saben mucho sobre patrones de comportamiento y cookies.

Nunca ha estado casada. Lo cual, en su círculo social —un ecosistema de señoras que miden el éxito vital por el número de divorcios sobrevividos y la calidad de los arreglos florales en las bodas ajenas—, es casi lo mismo que haber sido monja, pero sin los beneficios espirituales ni el respeto que otorga el celibato por vocación. Durante años fue considerada "la soltera elegante", esa que todavía podía "dar el brinco" si se lo proponía y si el destino cooperaba con un candidato decente. Luego, con el paso de los años y el inevitable

deterioro de las ilusiones, pasó a ser "la exigente" —como si tener estándares mínimos fuera una enfermedad de transmisión social.

Después evolucionó a "la de las manías", porque aparentemente esperar que un hombre sepa la diferencia entre "haber" y "a ver" es una excentricidad digna de estudio antropológico. Y últimamente, con la resignación cruel de los calendarios que no mienten, se ha convertido en "la tía Ofelia" —aunque no tiene sobrinos, ni hermanos, ni siquiera una mascota que pueda fingir parentesco emocional.

Cada semana, sin excepción y con la disciplina de un monje budista dedicado a la meditación del sufrimiento, Ofelia asiste a una clase de pilates donde finge que le importa tonificar músculos que ya nadie va a admirar en la intimidad; dos reuniones sociales completamente innecesarias pero socialmente obligatorias, donde las conversaciones giran en torno a los nietos ajenos y los achaques propios; tres intentos de cita que fallan casi por deporte —como si hubiera una fuerza cósmica dedicada exclusivamente a sabotear sus encuentros románticos—; y cuatro conversaciones imaginarias con el hombre ideal que aún no aparece, pero al que ya le tiene preparado un cajón exclusivo para sus calcetines y una toalla facial que nadie más puede usar.

Porque Ofelia no ha renunciado al amor. Ha *pospuesto* el amor. Como quien guarda un vestido caro para una boda que no llega, sabiendo que cuando llegue probablemente ya no le quede, pero negándose a admitir que el tiempo es un sastre cruel que no acepta devoluciones. Como quien guarda un pastel en el refrigerador sabiendo que se va a secar, que se va a poner feo, que va a perder todo su sabor, pero negándose a tirarlo porque tirarlo sería aceptar que la celebración nunca va a llegar.

Su departamento es un museo de esperanzas diferidas: velas aromáticas que nunca se encienden porque "son para una ocasión especial", vajilla fina que se empolva porque nadie suficientemente importante ha venido a cenar, y una botella de champán que lleva cinco años esperando un brindis que valga la pena. Incluso tiene un pijama de seda guardado en el armario, etiquetado mentalmente como "para cuando él se quede a dormir." Él, ese pronombre sin rostro que ocupa más espacio mental que cualquier hombre real que haya conocido.

Esta novela no trata sobre cómo Ofelia encuentra al amor de su vida —porque eso sería una mentira tan grande como las dietas que prometen perder diez kilos en una semana comiendo solo piña. Tampoco trata sobre cómo aprende a vivir sin él —porque eso sería una hipocresía: ella ya sabe vivir sin él, lo hace todos los días con una eficiencia que la alarma.

No, esta novela trata de algo mucho más inverosímil y, por lo tanto, más interesante: cómo una mujer que soñó toda su vida con un compañero perfecto empieza a sospechar que, tal vez, lo más parecido a ese ideal romántico... es ella misma. Y como es natural —porque la vida tiene un sentido del humor más retorcido que el de un guionista de telenovelas—, ese descubrimiento no se da

en un retiro espiritual en la montaña, ni en un viaje de autodescubrimiento a la India, ni siquiera en una terapia cara con un psicólogo que cobra por minuto.

No. Se da en una serie de pesadillas recurrentes donde se casa con hombres que mascan con la boca abierta mientras le critican la albahaca del espagueti, que le explican cómo debería haber cortado la cebolla, y que roncan con la intensidad de un motor de lancha durante toda la ceremonia religiosa.

Porque las pesadillas de Ofelia no son monstruos con garras saliendo de debajo de la cama, ni persecuciones nocturnas por pasillos infinitos, ni siquiera exámenes finales para los que no estudió. Sus pesadillas son mucho más sofisticadas y, por lo tanto, más aterradoras: son cenas con hombres que no entienden la diferencia entre "ser reservado" y "ser emocionalmente inerte como una piedra de río"; son mañanas de domingo en pareja viendo programas de televisión que ni siquiera un adolescente con daño cerebral encontraría entretenidos; son domingos sin pareja, comiendo sola frente al microondas mientras escucha a los vecinos discutir sobre quién olvidó comprar leche.

Pero sobre todo, son las miradas condescendientes de las mujeres casadas que creen que el estado civil imprime madurez emocional de la misma manera que el pasaporte imprime nacionalidad: automáticamente, sin mérito personal, solo por el hecho de haber completado el trámite burocrático correspondiente.

Aquí comienza, pues, este desfile tragicómico de desilusiones perfectamente organizadas, esperanzas con fecha de caducidad, listas de requisitos que se actualizan con la frecuencia de un software antivirus, tías metiches que opinan sobre su vida amorosa como si fuera un programa de reality show, hombres inviables que aparecen en su vida como ofertas de telemarketing —insistentes, inoportunos, y siempre prometiendo algo que no pueden cumplir—, y sueños que terminan, casi siempre, con Ofelia despertando sola en su cama de matrimonio que nunca conoció matrimonio, pero no vacía, nunca vacía, porque la soledad de Ofelia tiene una densidad específica, un peso propio, una presencia que ocupa espacio.

Y si usted, estimado lector o lectora —porque en estos tiempos hay que ser inclusivo hasta en los prólogos—, ha llegado hasta aquí con el ceño fruncido pensando "ah, otra historia de una mujer sola que se busca a sí misma entre yoga y libros de autoayuda", le ruego un poco de paciencia. La paciencia que Ofelia nunca tuvo con los hombres que la buscaron sin saber qué hacer con ella cuando la encontraron.

Esta no es una historia de autoayuda —porque la autoayuda es para gente que cree que los problemas se resuelven con frases motivacionales y rutinas matutinas. Es una historia de autoconciencia, que no es lo mismo, aunque a veces sirve igual. Es la diferencia entre comprarse un libro que promete "Cómo encontrar el amor en 30 días" y darse cuenta de que tal vez el amor no es algo que se encuentra, sino algo que se construye, se cultiva, se cuida... y que a veces, el mejor lugar para empezar esa construcción es con la única persona que va a estar contigo toda la vida: tú mismo.

Así que brindemos por Ofelia —con una copa de vino tinto, porque el blanco es para celebraciones falsas y ella ya tuvo suficientes. Brindemos por todos los amores que no llegaron porque intuían, con esa sabiduría primitiva que tienen las cosas que no suceden, que no estaban a su altura. Brindemos por las pesadillas que se convierten en revelaciones, por las soledades que se transforman en compañías, y por todas las mujeres que descubren, después de los cincuenta, que el amor de su vida ha estado esperándolas frente al espejo todo este tiempo.

Porque al final, querido lector, la vida no se casa con nadie. Pero sí puede tener una relación muy satisfactoria consigo misma.

Capítulo 1

Currículum sentimental de una solterona sin experiencia

Ofelia Vargas de la Vega llevaba su soltería con la misma dignidad con la que otros llevan una hernia: no se ve a simple vista, pero pesa constantemente, y de vez en cuando produce un dolor punzante que la hace detenerse en medio de la calle como si acabara de recordar algo importante que olvidó hacer. A los cincuenta años, tenía la costumbre de afeitarse las piernas todos los domingos —religiosamente, con la devoción de una feligresa esperando el milagro— por si el destino decidía mandarle un pretendiente decente disfrazado de repartidor de agua, técnicamente competente, neumático y educado.

Nunca llegó. Pero ella insistía con la terquedad de quien sigue comprando billetes de lotería con los mismos números desde 1987, convencida de que la persistencia es una virtud que el universo recompensa, aunque todas las evidencias sugieran lo contrario. Porque en el fondo, más allá de las capas de pragmatismo que había ido acumulando como quien se pone suéteres en invierno, Ofelia era una mujer de fe. Una fe absurda, persistente y completamente fuera de moda, como creer en el socialismo o en que las películas de Hollywood van a mejorar.

Vivía sola en un departamento con vista a un muro gris que, según el agente inmobiliario, era "una pared con mucho potencial," y una jauja de pericos ajenos que chillaban cada mañana a las 6:47 AM como si anunciaran el Juicio Final, pero con más entusiasmo y menos preparación teológica. Su decoración era el resultado de una guerra civil estética: muebles heredados de su madre, una mujer con gusto por lo barroco que consideraba que cualquier superficie sin dorados era una oportunidad perdida, y toques escandinavos que había adquirido en un intento desesperado de parecer moderna sin perder la compostura.

El resultado era una casa que parecía decorada por una monja sueca en exilio voluntario, con crisis de identidad y acceso a revistas de decoración. Había candelabros dorados compitiendo por espacio con muebles de líneas rectas y colores neutros, como si María Antonieta hubiera tenido que compartir departamento con un diseñador de IKEA. Sus visitas nunca sabían si sentirse

en un museo o en una tienda de muebles, y optaban por no comentar nada, que es la estrategia social más segura cuando uno no entiende el concepto.

Ofelia no estaba amargada —o al menos no más de lo que estaría cualquier persona razonable después de décadas de citas fallidas y promesas incumplidas. Simplemente se había convertido en una mujer que sabía demasiado. Y ese conocimiento, como el de una sommelier que ya no puede disfrutar el vino barato, era su gran problema existencial.

Sabía, por ejemplo, que la frase "ya te tocará" es una manera elegante de decir "nadie sabe qué hacer contigo, pero es grosero admitirlo." También sabía que los hombres de su edad estaban divididos en tres categorías perfectamente definidas: los casados que habían claudicado ante la presión social y ahora vivían en un estado de resignación doméstica; los divorciados, que llegaban a las citas con más equipaje emocional que un refugiado de guerra; y los solteros perpetuos, que estaban convencidos de que eran demasiado jóvenes para salir con una mujer de su misma generación, como si la edad fuera una enfermedad contagiosa que se transmitiera por proximidad.

Por eso, en vez de citas que condujeran a algo tangible, Ofelia acumulaba anécdotas que podía contar en reuniones sociales para parecer ocupada sentimentalmente. Y en vez de besos que la mantuvieran despierta recordándolos, tenía listas. Listas organizadas, categorizadas, y actualizadas con la frecuencia de un inventario comercial. Su lista de ex pretendientes era tan breve como su lista de alergias alimentarias, pero ambas habían sido cuidadosamente documentadas en una libreta azul con el título manuscrito: "Currículum Sentimental" —porque si algo había aprendido en su vida profesional era que la documentación adecuada es la clave del éxito, incluso cuando el éxito se mide en fracasos catalogados.

Edgar - 1988 - Becario del INAH, especialista en civilizaciones perdidas y oportunidades desperdiciadas.

Guapo de esa manera que tienen los hombres que han leído demasiado y dormido poco, culto hasta el punto de resultar intimidante en reuniones casuales, y medio hipocondríaco con tendencia a diagnosticarse enfermedades raras después de leer artículos médicos en internet. Se conocieron en una visita guiada al Templo Mayor, donde él corrigió al guía oficial tres veces y ella fingió que le parecía encantador en lugar de pedante.

A la primera semana la invitó a su casa —un estudio atestado de libros de arqueología y reproducciones de códices— para ver grabados de Posada y discutir sobre la cosmovisión mesoamericana como si fuera un tema de conversación normal para un sábado en la noche. A la segunda semana, después de una cena donde él ordenó comida prehispánica para "conectar con nuestras raíces," le confesó que sentía "una conexión espiritual profunda con Tláloc" y que a veces soñaba en náhuatl.

Ofelia huyó definitivamente cuando lo encontró una mañana haciendo ofrendas a una reproducción de jade en su sala, vestido con sandalias de cuero y calcetines blancos de deportista. La combinación de fervor religioso ancestral

con falta de sentido de la moda fue demasiado para sus nervios. Años después se enteró de que Edgar había abierto una tienda de artesanías "místicas" en Coyoacán y que seguía soltero, probablemente esperando a una mujer que compartiera su devoción por los dioses de la lluvia.

Jaime - 1993 - Licenciado en Derecho Familiar, especializado en nudos emocionales y evasivas legales.

Decía estar en "proceso de sanar su corazón" tras una separación tumultuosa con su exnovia, una frase que repetía como mantra en cada conversación, como si el proceso de sanación fuera una carrera universitaria que requiriera mencionar constantemente el progreso académico. El proceso, aparentemente, consistía en hablar de ella durante dos horas por cada cena que compartían, con la precisión de un contador público revisando facturas.

Ofelia se convirtió en una especie de terapeuta no remunerada que fingía interés mientras él desglosaba, con detalle forense, cada pelea, cada reconciliación, cada momento de "conexión verdadera" que había vivido con la mujer que lo había dejado por "razones que aun no comprendo completamente." La ex se llamaba Mónica, tenía ojos verdes, estudiaba psicología, y según el relato obsesivo de Jaime, era simultáneamente "la mujer más inteligente que he conocido" y "completamente incapaz de entender mis necesidades emocionales."

Terminó diciéndole a Ofelia que era "como una hermana para él" —la sentencia de muerte romántica más cruel que existe, equivalente a decirle a un chef que su comida sabe a medicina, pero nutritiva. Ofelia lo bloqueó de su vida y de su agenda telefónica con la eficiencia de un editor eliminando párrafos innecesarios, aunque a veces, durante noches de insomnio, se preguntaba si él la recordaba con culpa, con alivio, o si simplemente había encontrado otra terapeuta gratuita dispuesta a escuchar las aventuras de Mónica, la de los ojos verdes.

Armando - 2004 - Viudo, padre de dos hijos ya adultos, y con una extraña fascinación por los crucigramas del periódico.

La primera cita fue prometedora: un hombre maduro, conversador, con esa elegancia que da la experiencia de haber amado sin cinismo. Habló de su trabajo como contador público con la pasión de alguien que ha encontrado poesía en los números, y de sus hijos con el orgullo discreto de quien ha logrado que dos seres humanos lleguen a la edad adulta sin traumas evidentes.

La segunda cita fue reveladora: comenzó a hablar con su difunta esposa en voz alta durante la cena, pidiendo consejos sobre el vino como si ella estuviera sentada en la mesa contigua.

—¿Qué opinas, Rosario? ¿El tinto o el blanco?

Y luego, tras una pausa teatral:

—Tienes razón, como siempre.

Ofelia intentó convencerse de que era una excentricidad encantadora, una muestra de amor eterno que hablaba bien de su capacidad de compromiso.

La tercera cita nunca sucedió porque Ofelia tuvo una pesadilla esa noche: se casaba con él en una ceremonia donde la esposa muerta aparecía en todos los espejos para corregirle el peinado, criticarle el vestido, y darle consejos sobre cómo manejar a "su Armando" como si fuera una herencia familiar que venía con manual de instrucciones. Despertó con la certeza de que no estaba preparada para una relación amorosa triangular que incluía a una mujer enterrada en el Panteón Francés.

Roberto - 2008 - Ingeniero industrial, divorciado, con una hija adolescente y una obsesión enfermiza por el estado del tráfico.

Su primera conversación telefónica duró dos horas, de las cuales una hora y cuarenta minutos fueron dedicados a una descripción detallada de su ruta diaria al trabajo, incluyendo análisis de flujo vehicular, semáforos deficientes, y conductores que "no entienden la lógica básica del tránsito urbano." Ofelia inicialmente pensó que era una muestra de personalidad meticulosa, una virtud en un mundo lleno de improvisación irresponsable.

Durante su única cita, en un restaurante de comida italiana que él había elegido "por su ubicación estratégica, equidistante de ambos domicilios," Roberto interrumpió la conversación cada quince minutos para revisar una aplicación de tráfico en su teléfono y comentar sobre las condiciones viales en tiempo real. "Insurgentes está imposible, como siempre a esta hora," decía mientras cortaba sus ravioles con precisión geométrica.

La relación terminó cuando él le propuso que sus futuras citas fueran programadas considerando los horarios de menor tráfico, sugiriendo encuentros a las 10:30 AM o después de las 9:00 PM para "optimizar los tiempos de traslado." Ofelia se dio cuenta de que estaba siendo incluida en su sistema de eficiencia urbana, como una parada más en su ruta diaria perfectamente planificada.

Y así seguía la lista, cada nombre con su respectiva nota al pie, su sabor agridulce, y su lección innecesaria sobre la naturaleza humana. No era una lista larga —Ofelia había sido selectiva, incluso en sus fracasos— pero cada entrada representaba semanas o meses de esperanza convertida en material de archivo.

Ofelia no era exigente, o al menos no más de lo que cualquier mujer razonable debería ser. Solo pedía cosas que, en un mundo sensato, deberían considerarse requisitos básicos de humanidad: que no fuera un neandertal emocional, que supiera leer sin mover los labios como si estuviera descifrando jeroglíficos, que no tuviera una madre dominante que lo llamara durante las citas para preguntarle si había cenado, y si la tenía, que viviera en otra ciudad o, preferiblemente, en otro país.

En algún punto de su vida, había dejado de buscar a un alma gemela —concepto que ahora le parecía tan fantasioso como los unicornios o la televisión educativa— y se conformaba con encontrar un alma que supiera usar

desodorante consistentemente, que pronunciara correctamente "quínoa" sin que sonara a enfermedad tropical, y que entendiera que el silencio durante una cena no era un problema que requiriera solución inmediata.

Cada noche, antes de dormir, le hablaba a un Dios en el que no creía del todo, pero con quien mantenía una relación cordial y profesional, como la que se tiene con un vecino que nunca molesta pero tampoco ayuda. Le pedía cosas específicas y razonables: "¿Podrías no mandarme otro hombre que tenga tatuada la palabra 'libertad' en la espalda? O si me lo mandas, que al menos esté bien escrita. Gracias." Dios nunca respondía directamente, pero a veces, en sus sueños, Ofelia lo veía disfrazado de mesero en un restaurante cósmico, sirviéndole un plato de sopa fría con una nota que decía: "Es lo que hay, señora. La cocina cierra a las nueve."

Su primera pesadilla formal —porque hasta ese momento sus sueños habían sido más bien decepcionantes que terroríficos— comenzó una noche cualquiera, después de una cena particularmente desastrosa con un médico gastroenterólogo que había pasado toda la velada describiendo procedimientos colonoscópicos como si fueran excursiones turísticas a lugares exóticos. "Y entonces, cuando llegamos al colon ascendente, la vista es realmente espectacular," había dicho mientras cortaba su salmón con el entusiasmo de un guía de turismo especializado en destinos intestinales.

En el sueño, Ofelia caminaba hacia el altar vestida con un traje de novia clásico que había visto en el aparador de una boutique desde 1996, pero que nunca se atrevió a probarse porque "comprar un vestido de novia sin novio es como comprar un coche sin licencia de manejo." Su futuro esposo era un hombre alto, impecablemente vestido, pero con cara borrosa, como si hubiera sido dibujado por alguien que nunca había visto una cara humana real.

Mientras el sacerdote —que por alguna razón se parecía a su dentista— decía "hasta que la muerte los separe," el hombre le susurraba al oído con voz conocida pero imposible de identificar: "Pero no me mires así, Ofelia. Esto es solo una etapa de mi proceso de crecimiento personal. Sigo viendo a mi terapeuta emocional los martes y jueves."

Cuando despertó, su primera reacción fue revisar su celular, como si hubiera una llamada perdida del destino o un mensaje de texto del universo explicándole el significado de la pesadilla. No había nada. Solo un mensaje de WhatsApp de su prima Amalia, casada tres veces y especialista en fracasos matrimoniales, que decía: "Soñé contigo anoche. Estabas muy feliz con un veterinario italiano que hablaba español con acento argentino. Muy raro todo."

Ofelia respondió con un emoticono de cara neutra —el más honesto de todos los emoticones— y se preparó un café mientras reflexionaba sobre el hecho de que incluso en los sueños ajenos, sus relaciones románticas tenían fallas técnicas evidentes.

En los días siguientes, las pesadillas continuaron con la regularidad de un programa de televisión. Una noche se casaba con un ex seminarista que le recitaba salmos en lugar de decirle palabras de amor, transformando cada

conversación íntima en una clase de catecismo para adultos. Otra noche participaba en una boda colectiva organizada por alguna institución gubernamental donde todos los novios llevaban el mismo traje gris y se confundían de esposa a mitad del brindis, como si el matrimonio fuera un trámite burocrático que podía resolverse en serie.

Lo más inquietante era que en todos los sueños ella decía que sí. No por amor, ni por pasión, ni siquiera por conveniencia práctica. Sino por costumbre. Como quien acepta una tarjeta de puntos de una tienda aunque sepa que jamás va a volver a comprar ahí, pero se siente grosero rechazar la oferta del cajero.

Fue entonces, entre café y pesadilla, que decidió formalizar su desesperanza con una nueva lista: "Requisitos mínimos e indispensables para un futuro esposo (actualizada febrero 2025)." La escribió con tinta azul, en una servilleta del café de la esquina, mientras una pareja de veinteañeros se besaba en la mesa contigua con la intensidad de quien acaba de descubrir que los labios existen: Que no sea poeta frustrado ni músico incomprendido, Que sepa cocinar al menos una cosa que no sea huevo estrellado, Que no coleccione figuras de Star Wars, estampitas de fútbol, o recuerdos de ex novias, Que no viva con su madre (ni con su exesposa, ni con su "mejor amiga"), Que no diga "yo no soy machista, pero..." seguido de cualquier oración, Que entienda que "no tengo hambre" no significa "convénceme de que sí tengo hambre", Que no use la frase "las mujeres de antes" como si fuera un elogio y Que tenga al menos un libro en su casa que no sea manual de instrucciones.

Al releer la lista, sintió un escalofrío existencial: estaba pidiendo cosas que, en un mundo funcional, deberían ser límites básicos de humanidad civilizada, como saber usar un tenedor o no escupir en la calle.

Ofelia cerró la libreta, se sirvió un segundo café —porque si algo había aprendido era que las crisis existenciales requieren cafeína adecuada— y se recostó en su sillón favorito, una herencia de su madre que combinaba comodidad con reproches silenciosos. Encendió la televisión para distraerse de sus propios pensamientos.

En la pantalla, una mujer rubia con pestañas falsas lloraba mientras le gritaba a un hombre que parecía haber sido elegido por su capacidad de parecer confundido: "¡No puedo vivir sin ti! ¡Eres mi vida entera!" La cámara se acercaba a su cara como si el sufrimiento fuera más dramático en primer plano.

Ofelia la miró con la sorna de quien ha superado la fase de creer que el amor es cuestión de vida o muerte, apagó el televisor con el control remoto como si fuera un arma, y murmuró:

—Pues inténtalo, reina. Se puede vivir sin ellos. Mira.

Y señaló hacia su propia existencia, como si fuera una exposición de arte contemporáneo titulado "Mujer sola pero funcional."

Esa noche no soñó nada. Ni pesadillas matrimoniales, ni hombres borrosos, ni ceremonias absurdas. Solo el vacío negro y reparador del sueño sin contenido.

Lo cual le pareció un milagro pequeño pero significativo, aunque sospechó que tal vez sus sueños también estaban empezando a cansarse de ella, como todos los hombres que había conocido.

Y así comenzó la verdadera historia de las pesadillas de Ofelia: no con una historia de amor que promete finales felices, sino con un bostezo. El bostezo largo y silencioso de alguien que, tras cincuenta años esperando al hombre ideal, comienza a sospechar que su cita más importante, más interesante, y posiblemente más satisfactoria, podría ser consigo misma.

Pero eso, como todo descubrimiento que vale la pena, iba a tomarle tiempo. Mucho tiempo. Y varias pesadillas más.

Capítulo 2

El club de las exnovias eternamente potenciales

Si algo había aprendido Ofelia Vargas de la Vega en sus cincuenta años de vida —además de que el café instantáneo es una ofensa personal y que los hombres que usan sandalias con calcetines han perdido toda esperanza de redención—, era que las amigas son el único género de relación humana que mejora con el tiempo, como el whisky o el queso roquefort. A diferencia de los hombres, que tienden a descomponerse emocionalmente después de los cuarenta como la leche que se olvida fuera del refrigerador.

Por eso, cada tercer jueves de mes, se reunía religiosamente con tres amigas del colegio en el departamento de Rebeca para llevar a cabo lo que oficialmente llamaban "cena de amigas" pero que en realidad era una sesión de terapia colectiva no autorizada, donde cuatro mujeres inteligentes fingían que hablaban de trabajo, viajes y hobbies, cuando en realidad estaban documentando meticulosamente el colapso sistemático de la masculinidad moderna.

Allí estaban: Rebeca, psicóloga clínica con título oficial y cara de terapeuta hasta dormida, capaz de diagnosticar traumas infantiles con solo ver cómo alguien corta el queso; Amalia, agente de viajes que organizaba vacaciones exóticas para otros pero jamás salía de un radio de veinte kilómetros de su casa, como si fuera una prisionera domiciliaria voluntaria con acceso a folletos de playas paradisíacas; y Lulú, organizadora de bodas divorciada dos veces, especialista en identificar novios con cara de arrepentimiento futuro y experta en calcular la probabilidad de divorcio basándose únicamente en la elección del menú nupcial.

Las cuatro conformaban una sociedad informal pero perfectamente estructurada, con sus reglas tácitas más sólidas que la constitución de cualquier país: vino tinto obligatorio (el blanco es para celebraciones falsas), anécdotas sin filtro editorial, y nunca —nunca— repetir al mismo imbécil en más de dos sesiones consecutivas, porque la repetición es el principio de la obsesión, y la obsesión es el principio del fin de la dignidad personal.

—Nosotras no somos solteras —declaró Rebeca aquella noche, sirviendo el vino con un movimiento de muñeca que Ofelia siempre envidió por su elegancia resignada, como si fuera una monja francesa que hubiera encontrado la gracia divina en el alcoholismo funcional—. Somos exnovias potenciales. Todos los hombres que nos conocen creen que en otra vida hubiéramos sido perfectas... para otro. Como si fuéramos vestidos bonitos en la talla equivocada.

—Yo prefiero decir que somos mujeres en condición de espera racional —añadió Amalia, desenvolviéndose en su sillón favorito como si fuera un trono de terciopelo—. Esperamos pacientemente que nos dejen de gustar los patanes. Es como una dieta emocional: sabemos que los dulces nos hacen daño, pero seguimos comprando chocolates con forma de hombres problemáticos.

Ofelia no dijo nada inmediatamente. Solo alzó la copa y brindó con el aire, como si hubiera un fantasma invisible que entendiera perfectamente su situación. Ese día venía emocionalmente delicada: su madre le había vuelto a preguntar por WhatsApp si ya había considerado "bajar un poco tus estándares, mi amor, porque a nuestra edad no se puede ser tan selectiva." Y aunque ella respondió con un simple "jajaja" acompañado de tres emojis de caritas sonrientes, por dentro sintió ese temblor interno que precede a las grandes catástrofes existenciales, como cuando sabes que va a temblar pero aún no suena la alarma sísmica y te quedas en esa zona de pánico preventivo.

—El problema —continuó Rebeca con voz profesional— es que nosotras fuimos educadas para ser complementos, no para ser completas. Entonces llegamos a los cincuenta buscando una mitad que complete nuestra mitad, cuando en realidad somos enteras. Somos círculos perfectos pretendiendo ser medias lunas.

Lulú, siempre la más práctica del grupo, puso sobre la mesa su nuevo concepto filosófico desarrollado entre boda y boda:

—Lo estuve pensando durante la ceremonia del sábado —una pareja de veinticinco años que pidió mariachis y hielo seco, como si fuera un cumpleaños de quinceañera con presupuesto de adulto— y llegué a la conclusión de que fuimos diseñadas para ser etapas, no destinos. Somos el entrenamiento emocional antes del partido oficial. Como las prácticas antes del examen final.

—Como entrenadoras sentimentales —dijo Rebeca, adoptando ese tono de descubrimiento científico que usaba cuando encontraba patrones psicológicos en la vida cotidiana—. Hacemos mejores a los hombres para que otra los disfrute. Somos como escuelas de manejo emocional: les enseñamos a manejar sentimientos, pero el coche se lo llevan a pasear con otra.

—O peor: somos los exámenes finales que ellos reprueban —añadió Ofelia, con una sonrisa débil que no llegaba a sus ojos—. Y en lugar de estudiar más, cambian de materia. Desertan de la carrera de —Relaciones Serias" y se inscriben en "Diversión Sin Compromiso, que aparentemente es más fácil y no requiere libros de texto.

Aquella noche, entre sorbos de vino y confesiones que solo se pueden hacer después de los cuarenta, recopilaron las mejores frases que los hombres les habían dicho justo antes de desaparecer. Las escribieron en una servilleta con letra apretada, como si fuera un testamento emocional:

"No sé lo que quiero, pero sé que me asustas." "Me recuerdas a mi madre, pero en el buen sentido." "Eres increíble, pero yo no estoy en mi mejor momento." "No eres tú, soy yo... que aún no supero a Mariana/Sofía/Carla." "Estoy en un viaje de autoconocimiento. Solo que sin ti." "Necesito tiempo para encontrarme a mí mismo, pero podemos ser amigos." "Mereces algo mejor que yo." "No quiero lastimarte." —Mejor mantengamos la magia de lo que vivimos.

—Si hiciera una tesis doctoral —dijo Rebeca, con esa voz de académica frustrada que sale después del tercer vino— la titularía "El narcisismo emocional como epidemia de hombres posmodernos: estudio de campo desde Tinder hasta la terapia de grupo." Subtítulo: "Cómo una generación completa confundió introspección con egoísmo."

Ofelia propuso que, en vez de seguir buscando pareja como quien busca un lugar de estacionamiento en el centro un sábado por la tarde, fundaran un club oficial: El Club de las Exnovias Eternamente Potenciales. Una sociedad secreta pero no tanto, con reuniones formales y estatutos escritos.

Lulú, con su experiencia en eventos, diseñó el logo mentalmente: una silueta de mujer elegante, con una maleta en una mano y un ramo de flores marchitas en la otra, parada en una estación de tren donde nunca llega el tren que esperaba.

Amalia sugirió los lemas oficiales: "Siempre a punto de ser, nunca confirmadas." "Fuimos la prueba beta, la versión demo, la opción sensata que da flojera." "A un tris del amor, a un paso del olvido." —Exnovias potenciales: especializadas en casi.

—Nuestro himno —propuso Rebeca— podría ser "Volveré" de los Tigres del Norte, pero cantado en tono de amenaza, no de promesa.

—Y nuestro uniforme —añadió Lulú— vestidos bonitos con zapatos cómodos. Porque ya pasamos la edad de sufrir por la belleza.

—El único requisito para ser miembro —concluyó Ofelia— es haber escuchado más de tres veces la frase "En otra vida hubiéramos sido perfectos juntos." Esa es nuestra credencial de experiencia.

Cuando terminó la noche, Ofelia regresó a casa con el alma tan cargada de complicidad femenina que casi se le olvidó la pesadez crónica de su soledad. Se preparó un té de manzanilla —porque después de cierta edad, el cuerpo exige rituales de paz— y, como cada noche, intentó no revisar el celular buscando un mensaje que no iba a llegar. Pero lo revisó igual, porque la esperanza es un vicio más difícil de dejar que el cigarrillo.

Esa madrugada soñó algo diferente a sus pesadillas matrimoniales habituales. Soñó que estaba en un hotel con salas de espera temáticas: "Espera para que madure emocionalmente," "Espera para que se decida," "Espera para que

supere a su ex," "Espera para que deje de vivir con su madre." Todas estaban llenas de mujeres con vestidos bonitos y mirada ausente, hojeando revistas viejas como si fueran pacientes en una consulta médica que nunca las va a atender.

Al fondo del vestíbulo, una puerta dorada con la leyenda: "Pasaje al compromiso real." Ofelia se acercó con curiosidad, pero al tocar la perilla, se deshizo en polvo dorado que se llevó el viento del aire acondicionado.

Despertó con un mal sabor de boca y el pelo revuelto como si hubiera peleado con su almohada durante ocho rounds. Encendió la lámpara y anotó una frase en su libreta azul:

"Soy como un buen abrigo que los hombres usan durante el invierno emocional, pero olvidan en primavera cuando ya no necesitan calor."

Al día siguiente, Amalia le envió una nota de voz mientras desayunaba tostadas sin mantequilla:

—Ofelia, soñé contigo otra vez. Estabas vestida de novia en una estación de tren que parecía de película antigua. Pero nunca llegaba el tren, y tú tampoco te ibas. Te quedabas ahí, repitiendo: 'Seguro viene en la siguiente hora, siempre viene en la siguiente hora.' Era rarísimo. ¿Estás bien? ¿O necesitas que vayamos por tacos y tequila?

Ofelia no respondió inmediatamente. En lugar de eso, buscó en Google: "Qué tan tarde es demasiado tarde para conocer a alguien decente sin desesperarse como quinceañera." El buscador no supo qué contestar. Pero la miró, desde la pantalla, con esa indiferencia de los algoritmos que jamás han amado ni han sido amados.

Después de un desayuno sin inspiración, decidió organizar su armario. Era su terapia favorita: doblar ropa mientras imaginaba cómo sería su vida si hubiera dicho que sí a Ernesto, el de contabilidad que tenía manos suaves y la miraba como si fuera un problema matemático hermoso, o que no a Ramiro, el existencialista que siempre olía a clavo de olor y citaba a Sartre en momentos románticos.

Al fondo del cajón encontró una carta nunca enviada, escrita a mano, con tinta azul. Era para alguien llamado Diego. Ni siquiera recordaba el año, pero la letra era suya, más joven, más esperanzada. La releyó como si leyera una novela ajena: "Contigo me sentía vista, aunque solo me miraras de reojo. Contigo me sentía posible."

Suspiró. Y en lugar de romperla, la guardó en el cajón de nuevo. Porque incluso los recuerdos que duelen ocupan su sitio en el museo personal que todos llevamos dentro.

Esa noche, en lugar de sueño, tuvo una epifanía que llegó como llegan las mejores ideas: sin avisar, mientras se cepillaba los dientes. Si ella era la constante y los otros eran la variable, tal vez la ecuación estaba mal planteada desde el principio. Tal vez no se trataba de encontrar un hombre que la

completara, sino de dejar de buscarlos como quien busca una pieza perdida de rompecabezas en una caja equivocada.

Se dijo a sí misma, con voz clara frente al espejo del baño:

—No soy la mujer que los hombres no eligen. Soy la mujer que ellos no saben cómo sostener. Y tal vez, solo tal vez, eso no es mi problema.

Y por primera vez en mucho tiempo, le gustó la frase. Casi tanto como el silencio que vino después. Un silencio que no se sentía vacío, sino lleno de posibilidades que aún no tenían nombre.

Brindó con una copa de vino tinto y, en lugar de soñar con trenes que no llegan, recepcionistas cósmicas o novios sin rostro, soñó con una terraza tranquila, una taza de café, un libro abierto, y ella misma... sonriendo. No esperando a nadie, no esperando nada. Solo siendo.

Al despertar, escribió en su libreta azul: "Hoy empiezo a ser mi propia cita pendiente."

Capítulo 3

Mamá tenía razón, y por eso se quedó sola

La señora Esperanza Vargas de la Vega —porque sí, se llamaba Esperanza, con la ironía cósmica de quien nombra a un huracán "Brisa Suave"— había ejercido el escepticismo romántico durante setenta y cinco años con la dedicación de una monja franciscana y la precisión de un cirujano cardíaco. Su especialidad era destruir ilusiones amorosas ajenas con el mismo entusiasmo con que otros coleccionan estampitas o resuelven crucigramas.

Desde que Ofelia tenía memoria, su madre había convertido el desayuno en una cátedra de realismo sentimental. Mientras untaba mermelada de fresa en pan tostado —siempre en diagonal, jamás en cuadros, porque "eso es de personas sin educación"—, impartía lecciones sobre la naturaleza masculina con el tono de quien ha descifrado los secretos del universo después de décadas de investigación de campo.

—Los hombres se enamoran como los niños compran juguetes —declaraba mientras revolvía su café con leche en sentido contrario a las manecillas del reloj, por alguna razón que nunca explicó—. Con mucha emoción al principio, se aburren en dos semanas, y después lo abandonan en un rincón para ir a buscar algo nuevo que les llame la atención.

Estas máximas habían sido el alimento filosófico de cada mañana en la infancia de Ofelia. Y, como todo sermón repetido hasta el agotamiento, le habían generado una alergia intelectual que la llevó a prometerse, con el fervor ingenuo de los catorce años, que su vida amorosa sería diferente. Que sus besos serían épicos como los de las películas francesas, sus peleas apasionadas como las de los novelistas rusos, y su final feliz tan eterno como las garantías de los electrodomésticos alemanes.

Lo que tuvo, en cambio, fueron besos tibios que sabían a chicle masticado, mensajes de WhatsApp leídos pero no respondidos, y hombres que parecían más interesados en sus propias crisis existenciales que en cualquier relación que requiriera aparecer dos días consecutivos en el mismo lugar.

La señora Esperanza —que nunca se casó pero mantuvo una envidiable colección de pretendientes frustrados, como quien colecciona mariposas muertas en cajas de terciopelo— desarrolló un sistema de clasificación masculina que aplicaba con rigor científico a cada espécimen que se atrevía a rondar a su hija:

Categoría A: Los Inmaturos Permanentes "Esos que a los cuarenta siguen viviendo como si tuvieran veinte, pero sin el físico ni la flexibilidad para justificarlo."

Categoría B: Los Emocionalmente Constipados "Que hablan de sus sentimientos como si fueran documentos clasificados del gobierno."

Categoría C: Los Eternos Buscadores "Que están 'encontrándose a sí mismos' pero nunca encuentran nada, como quien busca las llaves en una casa ajena."

Categoría D: Los Comprometidos con el Compromiso "Que prometen formalizar la relación desde la primera cita, pero desaparecen cuando tienen que elegir el color de las cortinas."

Ofelia replicaba en su mente, nunca en voz alta, porque su madre era como esas estatuas de museo: se admiran, se respetan, pero nadie se atreve a discutir con ellas sin sentirse como un turista ignorante argumentando con la Gioconda.

Solo con el tiempo, cuando la juventud empezó a hacer maletas emocionales y mudarse a otro barrio de la vida, Ofelia comprendió que muchas de las advertencias maternas eran, dolorosamente, precisas. Como esas predicciones del clima que nadie quiere escuchar pero que terminan siendo exactas hasta en los detalles más insignificantes.

—Ese te va a prometer que cambiará, y no va a cambiar —le había dicho tras conocer a Edgar, el arqueólogo místico. Y efectivamente, Edgar siguió haciendo ofrendas a Tláloc hasta que abrió su tienda de cristales sanadores en Coyoacán.

—Ese otro va a llorar por su ex en tu regazo —y así fue, literal, durante una noche de vino tinto y pañuelos desechables con Jaime, el abogado con corazón roto permanente.

—Y ese de allá —señaló discretamente a Roberto, el ingeniero obsesionado con el tráfico— va a convertir el amor en un problema de logística urbana.

Ofelia aprendió que algunas madres no necesitan espiar el WhatsApp de sus hijas para saber lo que está pasando. Basta un "¿cómo estás, mi amor?" pronunciado con el tono exacto, y descifran toda la historia completa entre líneas, emojis y corazones partidos como si fueran criptógrafas especializadas en desastres sentimentales.

—No es que sea vidente —aclaraba la señora Esperanza con modestia falsa—. Es que los hombres son como los programas de televisión: después de ver varios, ya sabes cómo terminan antes de que aparezcan los créditos.

Una tarde particularmente gris, después de una cita que podría catalogarse como "desastre natural menor" —un contador que había pasado dos horas explicándole la diferencia entre "gasto" y "inversión" aplicada al amor, como si las relaciones humanas fueran una declaración de impuestos—, Ofelia llamó a su madre. No para contarle los detalles, ni para escuchar su clásico "te lo dije". Solo para oírla respirar al otro lado de la línea. Porque había días en que su juicio lapidario se sentía menos punzante que el vacío.

—¿Qué pasó ahora? —preguntó la señora Esperanza, como quien ya conoce el desenlace de una película pero espera que al menos la actuación sea decente.

—Nada grave. Solo un imbécil más en la colección —respondió Ofelia, mientras se servía un mezcal con rodaja de naranja, como quien se prepara una curación espiritual después de una cirugía emocional.

—Bueno —dijo su madre con tono práctico—. Que no se diga que no tienes variedad. Podrías abrir un museo: "Cincuenta años de especímenes masculinos defectuosos." Sección especial: "Los que dijeron 'no eres tú, soy yo' pero resultó que sí era yo."

Esa noche, Ofelia soñó con una galería de arte contemporáneo. En cada cuadro, un retrato de sus ex-casi-algo: Edgar vestido de sacerdote azteca sosteniendo un manual de IKEA, Jaime llorando lágrimas que formaban la palabra "Mónica" en el piso, Roberto con un mapa del Distrito Federal tatuado en el pecho. Al fondo, el retrato de su madre, sentada en un sillón de terciopelo rojo, con la leyenda dorada: —Advertencia no atendida. Garantía vencida.

Despertó entre risas nerviosas y, por primera vez, no la molestó tanto que su madre tuviera razón. Porque comprendió algo fundamental: la señora Esperanza no había renunciado al amor. Solo había renunciado a perseguirlo como si fuera un boleto dorado en una fábrica de chocolate administrada por psicópatas.

Había amado a sus amigas con lealtad feroz, a sus libros con devoción católica, a su independencia con orgullo republicano, a su vajilla inglesa con respeto monárquico. Se había amado a sí misma, incluso con sus rarezas y sus máximas pesimistas. Y eso, pensó Ofelia, era un amor bastante más respetable que andar rogando afecto a hombres que confundían "madurez emocional" con "tener Netflix y saber usar el lavavajillas."

La diferencia entre ellas no era generacional. Era filosófica, casi teológica.

Ofelia había crecido creyendo en los amores improbables, en las coincidencias mágicas, en los besos bajo la lluvia que saben a película europea. Su madre creía en el Tupperware bien organizado, en no mezclar afecto con expectativas, y en que el amor romántico era una distracción comercial inventada por la industria del chocolate y las flores.

—El amor romántico —sentenció una tarde de otoño mientras regaba sus geranios con la solemnidad de una vidente leyendo las cartas del tarot— es como la televisión por cable: parece que necesitas cincuenta canales para ser feliz, pero al final siempre terminas viendo los mismos tres programas.

Más tarde, al visitar a su madre ese domingo —porque los domingos eran sagrados en la casa Vargas de la Vega, como el día de descanso pero con obligaciones sociales—, esta le sirvió té en la vajilla de siempre y preguntó sin mirarla:

—¿Ya te aburriste de buscar al indicado?

—Me aburrí de creer que estaba escondido —respondió Ofelia—. Tal vez nunca existió. O tal vez pasó y no lo vi por estar mirando otra cosa. Como cuando buscas las llaves y las traes en la mano.

Su madre no dijo nada inmediatamente. Solo le ofreció una galleta de nuez y murmuró:

—Las llaves siempre las traes en la mano, hija. El problema es que andas buscando una puerta que no existe.

Y en ese gesto, tan seco y tan suyo, Ofelia encontró algo parecido a la ternura. O por lo menos, a su versión más posible: ternura práctica, sin azúcar añadida, como el café que su madre preparaba desde que tenía memoria.

Esa tarde compartieron el silencio como quien comparte una herencia: sin romanticismos, pero con un respeto ancestral. Y Ofelia, al despedirse, la abrazó sin avisar. Porque aunque la señora Esperanza no era de demostraciones afectivas —las consideraba "exhibicionismo emocional"—, en el fondo sabía que su hija necesitaba ese gesto, y que el mundo, con sus algoritmos de citas y sus aplicaciones para conocer "almas gemelas", no se lo daría.

—No te acostumbres —murmuró su madre, pero sin apartarse del abrazo—. Sigo pensando que los abrazos son para los perros y los niños menores de cinco años.

Cuando llegó a casa, Ofelia escribió en su libreta azul:

"Mi madre no se quedó sola. Se eligió a sí misma. Eso no es resignación. Es poder. Y tal vez, después de cincuenta años, entendí que poder elegirse a una misma no es conformismo. Es la única rebeldía que vale la pena."

Y lo subrayó tres veces, como si fuera una frase que algún día necesitaría recordarse. Quizás justo cuando comenzara a parecerse más a ella.

Esa noche, por impulso o por cansancio, Ofelia revisó su vieja caja de recuerdos. Dentro había postales de ciudades donde nunca estuvo, cartas de amor sin remitente, y una nota de su madre, doblada en cuatro como un origami de sabiduría maternal. Decía, con su letra firme:

"Hija: amar es hermoso, pero no obligatorio. Lo obligatorio es respetarte. Lo demás es decorado. PD: Si algún día encuentras a alguien que valga la pena, me avisas. Quiero conocer a ese unicornio."

Ofelia la guardó en su libreta azul, al lado de su lista de ex pretendientes y sus requisitos mínimos actualizados. Y durmió, por primera vez en semanas, sin soñar con nadie más que consigo misma.

En el sueño, estaba en una biblioteca enorme, llena de libros que nunca había leído, con tiempo infinito para leerlos. Y su madre estaba ahí, en una silla de terciopelo, leyendo una novela romántica con expresión de profundo disgusto.

—¿Está buena? —le preguntó Ofelia en el sueño.

—Horrible —respondió su madre—. Pero entretenida. Como los hombres que te gustaban antes.

Y las dos se echaron a reír, con la risa cómplice de quien finalmente entiende el chiste.

Al despertar, Ofelia pensó que tal vez, después de todo, su madre había tenido razón en algo más importante que las predicciones sobre hombres problemáticos: que estar sola no era una condena. Era una oportunidad de conocerse sin interrupciones, sin tener que explicar por qué le gustaba desayunar helado o por qué coleccionaba servilletas de restaurantes donde había sido medianamente feliz.

Y por primera vez en mucho tiempo, la idea no le dio miedo. Le dio curiosidad.

Curiosidad de saber quién era Ofelia Vargas de la Vega cuando no estaba tratando de ser la versión de sí misma que podría gustarle a otro.

Tal vez, pensó mientras se preparaba café, esa mujer sería más interesante que cualquier hombre que hubiera conocido.

O tal vez no.

Pero al menos, sería suya.

Capítulo 4

Tinder, el infierno en tu bolsillo

Fue Lulú quien tuvo la idea —porque las peores ideas siempre vienen de las amigas con las mejores intenciones, como los regalos de Navidad que nadie pidió pero que hay que agradecer con sonrisa falsa—. Durante una de sus cenas de terapia colectiva no autorizada, después del segundo vino tinto y mientras Rebeca explicaba las etapas del duelo aplicadas a los hombres que desaparecen sin explicación, Lulú soltó la bomba con la naturalidad de quien sugiere cambiar de canal:

—¿Has probado Tinder?

La pregunta flotó en el aire como una blasfemia en misa de domingo. Ofelia la miró con la misma expresión que pondría si le hubieran sugerido adoptar una serpiente pitón o mudarse a vivir a un volcán activo.

—¿Tinder? —repitió, como si la palabra fuera un diagnóstico médico terminal—. ¿La aplicación donde los hombres compran mujeres como si fueran productos de supermercado?

—No compran —aclaró Lulú con tono didáctico—. Seleccionan. Como cuando eliges melones en el mercado: revisas, tocas, y si no te convence, buscas otro. Pero más eficiente.

Amalia, desde su sillón de terciopelo, añadió su experiencia de campo:

—Mi sobrina conoció a su esposo en Tinder. Ahora tienen dos hijos y un perro golden retriever. Viven en una casa con jardín y publican fotos desayunando en pijama los domingos. Es asquerosamente perfecto.

—Una golondrina no hace verano —replicó Ofelia con la sabiduría de quien ha aprendido a desconfiar de las estadísticas felices—. Y una pareja funcional no justifica exponer mi dignidad al mercado persa de la desesperación contemporánea.

Pero Rebeca, con su instinto profesional para detectar resistencias psicológicas, la miró con esa sonrisa que usaba cuando había diagnosticado un trauma específico:

—¿Sabes qué? Creo que deberías probarlo. No para encontrar marido, sino para confirmar que el mundo masculino es tan desastroso como sospechamos. Será como investigación antropológica. Etnografía digital de la masculinidad en crisis.

Y así, con la solemnidad de quien acepta una condena pero la disfraza de experimento científico, Ofelia se descargó la aplicación que prometía revolucionar su vida amorosa pero que, en realidad, iba a convertir su teléfono en una máquina expendedora de desilusiones con interfaz colorida.

La creación del perfil fue una operación quirúrgica que duró tres horas y requirió la consulta de sus tres amigas por videollamada. Cada foto fue seleccionada, analizada, debatida y votada como si fuera una elección presidencial donde el futuro de la humanidad dependiera de si se veía mejor con el vestido azul o con la blusa estampada.

—Esta foto te hace ver muy intelectual —dictaminó Amalia—. Bájala al tercer lugar. Los hombres se asustan si creen que lees más de dos libros al año.

—Esta otra es muy sensual —añadió Lulú—. Pero no tanto como para que piensen que eres "fácil". Porque los hombres quieren sensualidad, pero no demasiada, y definitivamente no antes de la cuarta cita.

—Y esta te hace ver muy joven —concluyó Rebeca—. Póngala de primera. Los hombres de nuestra edad buscan versiones mejoradas de sus ex esposas, pero veinte años más jóvenes y sin las complicaciones de la experiencia.

La biografía fue aún más compleja. Tenía que sonar independiente pero no intimidante, intelectual pero no pedante, divertida pero no histérica, madura pero no aburrida. Era como escribir un currículum vitae para un trabajo que no existía, dirigido a jefes que no sabían lo que querían.

Al final, después de quince borradores, optó por algo que consideró elegante en su simplicidad: "Psicóloga. Amo los libros, los viajes y las conversaciones interesantes. Busco a alguien que sepa reírse de sí mismo y que entienda que el café sin azúcar es una forma de vida."

—Perfecto —aprobó Rebeca—. Suena como si fueras una mujer completa que podría vivir sin hombres, pero que generosamente está dispuesta a considerar la posibilidad de compartir su fabulosa existencia con el espécimen correcto.

El primer día de actividad en Tinder fue una experiencia que podría catalogarse como "apocalipsis digital con musiquita alegre de fondo." En cuatro horas había recibido setenta y tres "matches" —que sonaba impresionante hasta que empezó a leer los mensajes—.

El repertorio de frases de apertura masculina era tan predecible que Ofelia comenzó a clasificarlos por categorías, como si fuera una científica estudiando especímenes en su hábitat natural:

Categoría A: Los Creativos del Copiar y Pegar

- "Hola, guapa. ¿Cómo estás?"
- "Hola, preciosa. ¿Qué haces?"
- "Hola, hermosa. ¿Cómo te va?"

Categoría B: Los Poetas del Romanticismo Barato

- "Tus ojos son como estrellas en el cielo de mi soledad."
- "Eres como un ángel que bajó del cielo para iluminar mi vida."
- "Si la belleza fuera delito, tú estarías en la cárcel perpetua."

Categoría C: Los Filósofos de la Profundidad Instantánea

- "¿Crees en el destino? Porque creo que estábamos destinados a conocernos."
- "¿Qué es lo que más te gusta de la vida? Yo creo que acabo de encontrarlo."
- "¿Crees que dos almas pueden conectar a través de una pantalla?"

Categoría D: Los Prácticos del Pragmatismo Sexual

- "¿Vienes aquí seguido?" (Como si Tinder fuera un bar físico)
- "¿Te gustaría que nos conozcamos mejor?"
- "¿Qué opinas de los encuentros casuales?"

Y su favorita, la Categoría E: Los Existencialistas del Absurdo

- "¿Alguna vez has sentido que naciste en la época equivocada?"
- "¿Crees que el amor verdadero existe o es solo una construcción social?"
- "¿Qué harías si hoy fuera tu último día en la Tierra?"

Carlos, 47 años, ingeniero industrial, padre de dos hijos, le escribió: "Hola, me gustó tu perfil. Soy una persona seria, busco algo serio con alguien seria. ¿Eres seria?" Ofelia respondió: "Tan seria que hasta mi risa necesita cita previa." Nunca más supo de Carlos.

Miguel, 52 años, divorciado, "amante de los viajes y la buena vida," le envió una foto de su desayuno con el mensaje: "Mira lo que desayuné hoy. ¿Te gusta el salmón ahumado?" Ofelia, que detestaba el salmón ahumado pero que

estaba intentando ser social, respondió: "Prefiero el café negro y la tostada simple." Miguel replicó: "Ah, eres de gustos sencillos. Yo soy más sofisticado." Ofelia lo bloqueó con la eficiencia de una secretaria ejecutiva eliminando spam.

Pero el verdadero festival de la rareza masculina comenzó cuando decidió aceptar algunas citas. Porque una cosa es rechazar hombres en teoría, y otra muy diferente es rechazarlos después de haberlos visto masticar pizza con la boca abierta mientras explican por qué las mujeres "ya no saben ser femeninas como antes."

Primera cita: Rodrigo, el Minotauro del Gimnasio

Rodrigo tenía 45 años, pero su foto de perfil era claramente de cuando tenía 35. En persona parecía el hermano mayor y ligeramente derrotado de su versión digital. Llegó al restaurante con una playera tan ajustada que sus músculos parecían estar pidiendo auxilio por claustrofobia.

Ordenó ensalada de pollo sin aderezo y pasó los primeros quince minutos explicando su rutina de ejercicios con el detalle de un manual de instrucciones. Después describió su dieta con la precisión de un químico explicando la tabla periódica, y concluyó invitándola a acompañarlo al gimnasio el domingo a las 6:00 AM porque "el ejercicio es la mejor forma de conocer realmente a una persona."

Ofelia, que consideraba que caminar hasta el buzón era ejercicio suficiente, fingió una emergencia familiar y huyó con la dignidad de una diplomática abandonando un país en guerra.

Segunda cita: Fernando, el Centauro del Éxito Empresarial

Fernando manejaba un BMW que parecía más importante que él mismo. Llegó hablando por teléfono con alguien llamado "Licenciado" sobre "el cierre del trimestre" y "las proyecciones del siguiente ciclo." Colgó disculpándose: "El trabajo nunca descansa cuando eres exitoso."

Durante dos horas habló exclusivamente de sí mismo: sus logros profesionales, sus inversiones, su departamento en Santa Fe, su casa en Cuernavaca, sus planes de expansión empresarial. Ofelia fue reducida a una audiencia de una sola persona en el espectáculo unipersonal de la grandeza de Fernando.

Cuando ella mencionó que trabajaba como psicóloga, él respondió: "Ah, qué interesante. Yo nunca he necesitado terapia. Soy muy estable emocionalmente. Pero imagino que debe ser lindo ayudar a las personas que no pueden resolver sus problemas solos."

La cita terminó cuando él sugirió que ella podría "ayudarle a decorar su departamento" porque "las mujeres tienen mejor gusto para estas cosas." Ofelia pagó su cuenta, le deseó buena suerte encontrando una decoradora, y se fue con la serenidad de quien acaba de esquivar una bala.

Tercera cita: Andrés, el Unicornio que Resultó Ser Casado

Andrés parecía demasiado bueno para ser verdad, lo cual debería haber sido la primera alarma roja. Viudo, padre de una hija adolescente, chef de profesión, leía novelas de García Márquez y citaba a Benedetti como si fuera un amigo

personal. Su perfil era tan perfecto que parecía diseñado por un comité de mujeres frustradas.

La primera cita fue en una librería-café que él conocía porque "apoyaba a los comercios locales." Hablaron de libros, viajes, la importancia de la educación emocional en los hijos. Él pagó la cuenta sin hacer drama, la acompañó a su auto como un caballero de película antigua, y se despidió con un beso en la mejilla que no fue invasivo ni tampoco completamente aséptico.

Ofelia llegó a casa con la sensación peligrosa de que tal vez, después de todo, los hombres decentes no eran una especie extinta. Le contó a sus amigas por WhatsApp: "Creo que encontré a alguien normal. Está demasiado bueno para ser real, pero parece real."

La segunda cita fue en un restaurante que él eligió porque "conocía al chef." Siguió siendo encantador, interesante, atento. Pero había algo extraño en la manera como revisaba su teléfono cada diez minutos, como si estuviera esperando un mensaje urgente que no llegaba.

La tercera cita nunca sucedió. Porque mientras esperaba su llamada, Ofelia recibió un mensaje de una mujer desconocida: "Hola. Soy la esposa de Andrés. Sé que están saliendo. Solo quería decirte que él no es viudo. Estamos separados pero aún casados. Pensé que deberías saberlo. Buena suerte."

Ofelia leyó el mensaje tres veces antes de procesarlo completamente. Después marcó el número de Andrés con la furia controlada de una jueza dictando sentencia.

—¿Esposa? —preguntó sin preámbulos cuando él contestó.

—Ah... —la pausa fue larga como un comercial de televisión—. Puedo explicarte...

—No necesitas explicar nada —respondió Ofelia con una calma que era más aterradora que cualquier grito—. Solo necesitas desaparecer de mi vida con la misma elegancia con la que apareciste.

Y colgó con la satisfacción de quien acaba de cerrar un capítulo que nunca debió escribirse.

Esa noche, mientras se preparaba un té de manzanilla para calmar sus nervios traicionados, Ofelia tuvo una epifanía que llegó con la claridad de un anuncio de televisión: Tinder no era una aplicación para encontrar el amor. Era un videojuego sádico donde los hombres coleccionaban mujeres como si fueran monedas digitales, y las mujeres coleccionaban desilusiones como si fueran estampitas de un álbum que nadie quería completar.

Borró la aplicación con la ceremonia de quien entierra una mascota que murió por causas misteriosas. Y después escribió en su libreta azul:

"Nota para el futuro: el amor no se encuentra. Se reconoce. Y definitivamente no se reconoce a través de una pantalla donde los hombres mienten sobre su edad, su estado civil, y su capacidad básica de comportarse como seres humanos civilizados."

Esa madrugada soñó que estaba en una cena gigantesca donde todos sus matches de Tinder estaban sentados a la misma mesa, discutiendo entre ellos sobre quién era más exitoso, más interesante, más merecedor de su atención. Al fondo, como un coro griego de la ironía, estaban todos sus exnovios reales, aplaudiendo y gritando: "¡Nosotros te lo dijimos! ¡Los hombres somos terribles! ¡Pero al menos éramos terribles en persona!"

Despertó riéndose, lo cual era una mejora considerable respecto a las pesadillas matrimoniales de semanas anteriores. Porque había descubierto algo fundamental: era mejor estar sola que mal acompañada digitalmente.

Y por primera vez en mucho tiempo, la soledad no se sintió como una condena, sino como una elección inteligente. Como preferir caminar a pie antes que subirse a un auto sin frenos manejado por un chofer con los ojos vendados.

Al día siguiente, durante la reunión del Club de las Exnovias Eternamente Potenciales, Ofelia llegó con una botella de vino tinto y una sonrisa que sus amigas no habían visto en años.

—¿Cómo te fue con Tinder? —preguntó Lulú con la curiosidad de quien envía a alguien a explorar territorio desconocido.

—Fue perfecto —respondió Ofelia sirviendo vino con elegancia—. Confirmé que prefiero estar sola que acompañada por especímenes que consideran que "¿Cómo estás?" es una obra maestra de la comunicación humana.

—¿Borraste la aplicación?

—La borré, la denuncié, y después hice un ritual de purificación con salvia blanca. Mi teléfono se siente más limpio.

Y brindaron por la sabiduría de entender que algunas tecnologías, como algunos hombres, están sobrevaloradas.

Porque al final, pensó Ofelia, la mejor aplicación para encontrar el amor verdadero seguía siendo la paciencia, el autorrespeto, y la capacidad de reírse de los desastres antes de que se conviertan en tragedias.

Y si eso la condenaba a estar sola, al menos sería una soledad con dignidad, vino tinto, y amigas que entendían que algunas batallas se ganan no peleándolas.

Capítulo 5

Un pretendiente con pezuñas y doctorado

Julián Mendoza apareció en la vida de Ofelia con la sutileza de una nota al pie de página en un tratado de filosofía medieval: inevitable, meticulosamente detallado, y completamente innecesario para disfrutar la historia principal. Lo conoció en la presentación de un libro sobre "Psicología Existencial y Posmodernidad" —porque aparentemente su vida social había tocado fondo tan profundo que ahora consideraba las presentaciones de libros como actividades de entretenimiento—.

Él estaba en primera fila, tomando notas en un cuaderno Moleskine con la concentración de un monje transcribiendo manuscritos sagrados. Llevaba una camisa de cuadros pequeños, suéter de lana gris, y esos lentes de armazón grueso que gritaban "tengo tres posgrados y una opinión fundamentada sobre todo." Cuando el autor mencionó a Heidegger, Julián asintió como si fuera un viejo amigo personal del filósofo alemán.

Durante la sesión de preguntas y respuestas, levantó la mano con la elegancia de un estudiante ejemplar y preguntó algo tan elaborado que incluso el autor tuvo que pedirle que repitiera la pregunta. Empezó con "Doctor, considerando la dicotomía entre el ser-ahí y el ser-en-el-mundo en el marco de la angustia existencial contemporánea..." y siguió durante dos minutos con una fluidez que hizo que Ofelia lo mirara con una mezcla de admiración y terror.

Cuando terminó el evento, mientras ella esperaba el elevador con la sensación de haber asistido a una conferencia que le había dejado más preguntas que respuestas, él se acercó con la sonrisa tímida de quien acaba de dar una cátedra gratuita.

—Disculpe, ¿usted es psicóloga? —preguntó con una voz que sonaba como locutor de radio clásica—. La vi tomando notas durante la presentación. Muy pocas personas anotan las referencias bibliográficas completas.

Ofelia miró su libreta, donde efectivamente había apuntado títulos de libros que jamás leería, y asintió:

—Sí, soy psicóloga. Aunque después de esta conferencia siento que sé menos que cuando llegué.

—¡Exactamente! —exclamó con el entusiasmo de quien ha encontrado un alma gemela intelectual—. Esa es la belleza del conocimiento auténtico: mientras más aprendes, más consciente te vuelves de tu propia ignorancia. Como decía Sócrates: "Solo sé que no sé nada." Aunque técnicamente la frase es una interpretación moderna de la Apología de Platón, no una cita textual.

Y ahí debería haber terminado la conversación. Ofelia debería haberse despedido con cortesía, subido al elevador, y olvidado para siempre al profesor que citaba filósofos griegos como si fueran compañeros de universidad. Pero algo en su manera de hablar —quizás la combinación de pedantería con timidez genuina— despertó en ella esa curiosidad peligrosa que había aprendido a desconfiar.

—¿Usted enseña filosofía? —preguntó, sabiendo que estaba abriendo una puerta que probablemente no podría cerrar.

—Filosofía de la ciencia en la UNAM, y doy un seminario de epistemología en el posgrado —respondió con la modestia falsa de quien menciona casualmente que habla cinco idiomas—. Aunque mi verdadera pasión es la hermenéutica. Gadamer, principalmente, pero también trabajo con Ricoeur y...

—¿Le gustaría tomar un café? —lo interrumpió Ofelia, porque había aprendido que con los académicos la única manera de evitar que una conversación se convierta en una tesis doctoral es cambiar de escenario.

La cara de Julián se iluminó como si le hubieran ofrecido una primera edición de "El ser y el tiempo" firmada por Heidegger:

—¿En serio? ¡Excelente! Conozco una cafetería cerca de aquí que tiene un excelente café de Chiapas. Orgánico, comercio justo, tostado localmente. Además, tienen una sección de libros usados donde una vez encontré una edición de 1987 de "Verdad y método" en perfectas condiciones.

Y así, con la naturalidad de quien acepta una invitación a cenar con Hannibal Lecter, Ofelia se encontró caminando hacia la cafetería con el hombre que iba a convertir los siguientes dos meses de su vida en un seminario de filosofía aplicada a las relaciones humanas.

La cafetería era exactamente como Julián la había descrito: llena de estudiantes con laptops, paredes cubiertas de estantes con libros viejos, y ese ambiente pseudointelectual que hacía sentir a cualquiera como si debiera estar discutiendo la crisis de la modernidad mientras bebía café sin azúcar. Él pidió un americano —"sin azúcar, por favor, el azúcar enmascara las notas naturales del café"— y ella un capuchino con dos sobres de azúcar, porque después de los eventos de los últimos meses había decidido que la vida era demasiado corta para privarse de los pequeños placeres.

Durante la primera hora, Julián demostró que era capaz de convertir cualquier tema en una disertación académica. Cuando Ofelia mencionó que trabajaba con terapia de pareja, él respondió:

—Fascinante. Supongo que desde la perspectiva de Lacan, la pareja es siempre una construcción simbólica que refleja las carencias del sujeto. Aunque personalmente encuentro más útil el enfoque de Levinas sobre la alteridad. ¿Ha leído "Totalidad e infinito"?

—No —admitió Ofelia—. Pero he leído sobre las dificultades de comunicación en las relaciones, que imagino es más o menos lo mismo pero con menos palabras en alemán.

Julián rio con la risa de quien acaba de escuchar una broma que considera ingeniosa pero ligeramente inferior a su nivel intelectual:

—Tiene razón. A veces nosotros los académicos complicamos conceptos que en la práctica son bastante simples. Aunque, por supuesto, la simplicidad aparente puede ser engañosa. Como decía Wittgenstein: "Los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo."

—¿Siempre cita filósofos? —preguntó Ofelia con curiosidad genuina.

—¿Es muy obvio? —respondió con una sonrisa que por primera vez parecía completamente natural—. Mi ex novia decía que hablaba como un libro de texto. Pero es que cuando llevas veinte años estudiando filosofía, se vuelve tu marco de referencia natural. Es como si fuera mi idioma nativo.

Y ahí, en esa confesión involuntaria sobre su ex novia y su manera de hablar, Ofelia vio algo que le pareció entrañable: un hombre que había convertido su inseguridad social en erudición, que usaba las citas filosóficas como otros usan el humor para navegar situaciones incómodas.

Decidió darle una oportunidad.

Error número uno de muchos que estaban por venir.

La primera cita oficial fue en un museo de arte contemporáneo —porque por supuesto, Julián no era de los que sugieren ir al cine—. Él llegó con una carpeta que contenía información impresa sobre la exposición, biografías de los artistas, y un ensayo que había escrito sobre "La estética de la deconstrucción en el arte posmoderno" que pensaba que podría interesarle.

Recorrieron las salas mientras él explicaba cada obra con el detalle de un guía turístico especializado. Cuando se detuvieron frente a una pintura abstracta que parecía haber sido creada por alguien que había dejado caer pintura al azar sobre un lienzo, Julián se puso los lentes —porque aparentemente tenía lentes para ver de cerca y lentes para ver de lejos— y comenzó:

—Mira la tensión dialéctica entre el color y la forma. Claramente el artista está dialogando con Kandinsky, pero también hay una crítica implícita a la comercialización del arte. Fíjate cómo usa el rojo aquí: no es casual. Desde Bachelard sabemos que el rojo es el color de la violencia y la pasión, pero también de la transformación...

—¿No podría ser que le gustara el rojo? —interrumpió Ofelia con la inocencia de quien no ha leído los textos fundamentales de la teoría del color.

Julián la miró con la paciencia de un maestro explicando conceptos básicos a un estudiante prometedor pero aún no iluminado:

—Podría ser, mi querida Ofelia —y ahí estaba, ya la había bautizado como "mi querida Ofelia", como si fuera un personaje de novela victoriana—. Pero cuando analizamos arte, debemos ir más allá de las preferencias personales del artista. El arte es un lenguaje, y como cualquier lenguaje, tiene estructuras profundas que trascienden las intenciones conscientes del hablante.

—¿Mi querida Ofelia? —preguntó ella, entre divertida y ligeramente alarmada.

—Perdón, espero que no te moleste. Es que tu nombre me recuerda inevitablemente a la Ofelia de Shakespeare. Aunque por supuesto, tú eres mucho más equilibrada psicológicamente que el personaje de Hamlet. Al menos eso espero.

Y ahí estaba la primera bandera roja, ondeando con la elegancia de una señal de advertencia en un manual de tráfico: el hombre que acababa de conocer ya la había catalogado como personaje literario y había hecho una evaluación de su estabilidad mental basándose en una tragedia del siglo XVII.

Pero Ofelia, que había sobrevivido a Tinder y a tres décadas de hombres con problemas diversos, decidió que un académico pedante era probablemente mejor que un contador que hablaba de impuestos durante la cena o un ingeniero que explicaba el tráfico como si fuera un fenómeno meteorológico.

Error número dos.

El verdadero desafío comenzó cuando empezaron a comunicarse por WhatsApp. Julián escribía mensajes con la estructura de ensayos académicos:

introducción, desarrollo, conclusión, y referencias bibliográficas cuando era necesario. Sus mensajes nunca tenían faltas de ortografía, jamás usaba emojis —porque consideraba que "empobrecían el lenguaje"— y siempre terminaba con una pregunta filosófica que requería una respuesta meditada.

Un mensaje típico de buenos días de Julián:

"Buenos días, querida Ofelia. Espero que hayas tenido una noche de sueño reparador. Estuve pensando en nuestra conversación de ayer sobre la ansiedad contemporánea, y me parece que hay una conexión interesante con lo que Byung-Chul Han describe como la 'sociedad del cansancio.' ¿Has considerado que quizás lo que interpretamos como ansiedad individual es en realidad una respuesta natural a las contradicciones estructurales de la modernidad tardía? Te adjunto un artículo que escribí sobre el tema. Me encantaría conocer tu opinión profesional."

Ofelia, que normalmente respondía los buenos días con un simple "¡Hola! ¿Cómo amaneciste?", se encontró leyendo papers académicos antes del desayuno para poder mantener una conversación básica con el hombre que técnicamente era su pretendiente.

Pero lo que realmente la desarmó fue cuando él empezó a corregir su ortografía y gramática de manera sutil pero persistente. Si ella escribía "a ver si nos vemos mañana", él respondía: "Excelente, 'a ver' si coincidimos mañana." Si escribía "ay, qué día tan complicado", él contestaba: "Lamento que hayas tenido un día complicado. '¡Ay!' es efectivamente la interjección apropiada para expresar pesar."

Un día, después de que ella escribiera "a ver si entendí bien" en lugar de "a ver si entendí bien", recibió un mensaje que parecía extraído de un manual de gramática:

"Querida Ofelia, creo que hay una pequeña confusión en tu mensaje anterior. 'Haber' es un verbo auxiliar (como en 'debe haber llegado'), mientras que 'a ver' es una expresión que indica curiosidad o expectativa (como en 'a ver qué pasa'). Es un error muy común, no te preocupes. Incluso escritores experimentados cometen este tipo de deslices. ¿Te parece si repasamos algunas reglas básicas de ortografía? Podría ser divertido."

Ofelia leyó el mensaje tres veces antes de procesarlo completamente. Después marcó el número de Rebeca con la urgencia de quien necesita intervención psicológica inmediata.

—¿Rebeca? Creo que estoy saliendo con un corrector de estilo con complejo de superioridad disfrazado de novio.

—¿Qué pasó ahora?

—Me corrigió la ortografía por WhatsApp. Con referencias bibliográficas.

—¿En serio? ¿Y tú qué hiciste?

—Nada. Me quedé paralizada. Es como si me hubieran regresado a la primaria, pero con un maestro que cita a Wittgenstein.

—Ofelia, cariño, tienes que establecer límites. O terminarlo. Los hombres que corrigen tu ortografía antes de la tercera cita son como los que manejan tu auto sin preguntar: no respetan tu espacio personal.

Pero Ofelia, que había pasado los últimos meses navegando por el mar de la desesperación masculina contemporánea, decidió que quizás un hombre que al menos sabía escribir correctamente era un progreso, aunque fuera un progreso irritante.

Error número tres, cuatro, y cinco.

La verdadera prueba llegó cuando Julián la invitó a una cena "íntima" en su departamento. Ofelia llegó con una botella de vino tinto —porque había aprendido que las citas sin alcohol eran como las películas sin sonido: técnicamente posibles pero innecesariamente difíciles—

El departamento de Julián parecía una biblioteca que había decidido convertirse en casa. Había libros en todas las superficies disponibles: en las mesas, en el piso, en la cocina, en torres precarias que desafiaban las leyes de la física. Las paredes estaban cubiertas de diplomas, certificados, y fotografías de Julián con académicos famosos que Ofelia no reconocía pero que aparentemente eran importantes.

—Perdón por el desorden —dijo mientras apartaba una pila de libros sobre fenomenología para hacer espacio en el sofá—. Estoy preparando mi investigación sobre hermenéutica aplicada a la psicología clínica. ¿Te interesa el tema? Tengo algunos libros que podrían serte útiles.

La cena fue preparada con la precisión de un experimento científico. Julián había consultado recetas de cocina molecular, calculado las proporciones exactas de cada ingrediente, y preparado una mesa con tres tipos de cubiertos diferentes porque "cada plato requiere las herramientas apropiadas."

Mientras comían, él explicó el origen histórico de cada ingrediente, las técnicas de cocción empleadas, y la filosofía detrás de la gastronomía contemporánea. Cuando Ofelia comentó que la comida estaba deliciosa, él respondió:

—Gracias. Creo que la cocina es una forma de arte aplicado que refleja la cultura de una sociedad. Como decía Brillat-Savarin: "El destino de las naciones depende de cómo se alimentan." Aunque, por supuesto, hay que contextualizar la frase en el marco de la Francia del siglo XIX.

Después de la cena, mientras tomaban café —preparado en una cafetera italiana que Julián había comprado específicamente después de leer un ensayo sobre "La estética del café en la cultura mediterránea"—, él le preguntó:

—¿Te gustaría que leyéramos algo juntos? Tengo una edición bilingüe de "Ser y tiempo" que podríamos revisar. O si prefieres algo más ligero, podríamos empezar con "El arte de amar" de Fromm.

—¿Leer juntos? —preguntó Ofelia, como si él hubiera sugerido que construyeran una nave espacial.

—¡Sí! Es una actividad muy íntima. Compartir lecturas, discutir ideas, construir un diálogo intelectual. Muchas parejas ven Netflix juntas, pero nosotros podríamos leer filosofía. Sería como nuestro propio club de lectura privado.

Y ahí, en esa propuesta que sonaba como si fuera diseñada por alguien que había aprendido sobre el romance a través de manuales académicos, Ofelia tuvo una revelación que llegó con la claridad de un relámpago en noche despejada: estaba cenando con un hombre que había confundido la seducción con la educación superior.

—Julián —dijo con la gentileza de quien está a punto de explicar algo obvio a alguien muy inteligente—, creo que tenemos enfoques diferentes sobre lo que significa pasar tiempo juntos.

—¿Cómo así? —preguntó con genuina curiosidad.

—Tú quieres enseñarme cosas. Yo quiero conocerte como persona, no como profesor.

—Pero enseñar y aprender son formas de intimidad —respondió con la convicción de quien ha encontrado una verdad universal—. Cuando comparto conocimiento contigo, te estoy ofreciendo lo mejor de mí mismo. Como decía Paulo Freire: "Nadie educa a nadie, todos nos educamos juntos."

—¿Acabas de citar a Paulo Freire en una cita romántica?

—¿Es inapropiado? Pensé que siendo psicóloga te interesaría la pedagogía crítica.

Y ahí estaba el problema fundamental: Julián era un hombre encantador, inteligente, culto, gentil, que había convertido su pasión por el conocimiento en su única forma de relacionarse con el mundo. No sabía cómo ser novio sin ser maestro, no sabía cómo querer sin educar.

Esa noche, Ofelia se despidió con un beso en la mejilla que fue más educado que apasionado, y caminó hacia su auto con la sensación de haber asistido a una clase magistral sobre cómo la inteligencia superior puede ser una forma muy sofisticada de distancia emocional.

Esa madrugada tuvo el sueño más extraño de su vida. Soñó que se casaba con Julián en una ceremonia que parecía una defensa de tesis doctoral. En lugar de votos matrimoniales, él le recitaba pasajes de "El banquete" de Platón. El sacerdote era Kant, que los declaraba marido y mujer solo después de que ambos hubieran pasado un examen oral sobre la naturaleza del amor categórico.

La luna de miel transcurría en una biblioteca gigantesca donde cada conversación terminaba con una pregunta de comprensión de lectura. Cuando ella le decía "te amo", él respondía: "Define 'amar' en el contexto de la filosofía griega clásica, con referencias a Aristóteles y Platón. Tienes diez minutos."

Cuando peleaban —porque en el sueño peleaban con frecuencia, siempre sobre su incapacidad para citar correctamente a Nietzsche—, él le asignaba lecturas complementarias para resolver el conflicto. Sus hijos, cuando los

tuvieron, nacieron con pequeños diplomas en lugar de certificados de nacimiento.

Al final del sueño, Ofelia se encontraba en una oficina de divorcio donde el abogado le preguntaba los motivos de la separación. Ella respondía: "Incompatibilidad intelectual. Él quería una esposa que supiera alemán y yo solo hablaba español emocional."

Despertó con la certeza de que había encontrado al hombre perfecto para alguien que no era ella.

Al día siguiente, durante el desayuno, mientras revisaba los buenos días filosóficos de Julián —que esa mañana incluían una reflexión sobre Heidegger y el concepto de la angustia existencial—, Ofelia tomó una decisión que le pareció tan obvia como necesaria.

Le escribió un mensaje que, por primera vez en semanas, no requería consultar un diccionario de filosofía:

"Querido Julián, creo que eres una persona maravillosa y muy inteligente. Pero siento que buscas una estudiante, no una compañera. Te deseo lo mejor. Ofelia."

Y antes de que pudiera arrepentirse, o antes de que él pudiera responder con un ensayo sobre los malentendidos en las relaciones humanas según Habermas, bloqueó su número con la eficiencia de quien acaba de cerrar un libro que sabe que nunca terminará de leer.

Esa tarde, durante la reunión del Club de las Exnovias Eternamente Potenciales, Ofelia llegó con una botella de vino tinto y una sonrisa que sus amigas no habían visto en años.

—¿Cómo terminó lo del profesor? —preguntó Amalia con la curiosidad de quien ha apostado mentalmente por el fracaso.

—Terminé una relación que era básicamente un seminario de posgrado con besos ocasionales.

—¿Era muy malo? —preguntó Lulú.

—No era malo —respondió Ofelia sirviendo vino—. Era demasiado bueno. Tan bueno que me hizo sentir como si yo fuera una estudiante mediocre en el curso avanzado de cómo ser su novia perfecta.

—¿Y qué aprendiste?

—Que no quiero una relación donde tenga que estudiar para poder conversar. Quiero alguien que me quiera sin necesidad de mejorar mi currículum intelectual.

Y brindaron por la sabiduría de entender que el amor no es una materia que se puede aprobar con suficiente esfuerzo académico.

Porque al final, pensó Ofelia, el corazón no necesita referencias bibliográficas. Solo necesita honestidad, risas, y la capacidad de decir "te amo" sin tener que explicar primero qué entendía Aristóteles por amor.

Y si eso la convertía en una alumna reprobada de la universidad del romance intelectual, al menos sería una reprobada con dignidad, vino tinto, y amigas que entendían que algunas lecciones solo se aprenden desaprendiendo lo que otros quieren enseñarte.

Esa noche escribió en su libreta azul:

"Nota para el futuro: El amor no es una tesis que se defiende. Es una conversación que se disfruta. Y si alguien tiene que explicarme por qué debería quererlo, probablemente no debería quererlo."

Y durmió, por primera vez en semanas, sin soñar con exámenes finales ni defensas de tesis matrimoniales. Solo con una terraza tranquila, una taza de café, y la certeza de que la ignorancia compartida puede ser más íntima que la sabiduría solitaria.

Capítulo 6

El que se fue sin despedirse y regresó para pedir prestado

Darío Herrera tenía esa habilidad masculina tan particular de reaparecer en la vida de una mujer justo cuando ella había logrado convencerse de que el universo masculino no era completamente irreparable. Como una mala digestión o un programa de televisión que creías cancelado, llegó un martes por la tarde con un mensaje de WhatsApp que decía: "Hola, Ofe. ¿Cómo has estado? Tengo muchas ganas de verte."

Ofelia leyó el mensaje tres veces antes de recordar quién era Darío. Después de todo, habían sido apenas dos meses de lo que generosamente se podría llamar "algo" tres años atrás, antes de que él desapareciera con la elegancia de un fantasma que se olvida de despedirse. El problema con los hombres como Darío es que tienen la memoria selectiva de un político en campaña: recuerdan perfectamente todo lo bueno que hicieron y desarrollan amnesia conveniente sobre las razones por las que las cosas terminaron mal.

Darío había sido el tipo de hombre que las amigas de Ofelia describían como "interesante pero peligroso", como si fuera un experimento científico que podría explotar si se agitaba demasiado. Tenía esa combinación letal de carisma auténtico e irresponsabilidad crónica que lo hacía irresistible para mujeres que confundían el drama con la pasión. Era guapo de esa manera descuidada que sugería que se veía bien sin esfuerzo, aunque Ofelia sospechaba que se pasaba más tiempo frente al espejo que la mayoría de sus amigas.

Cuando se conocieron, él trabajaba como "consultor en marketing digital" —que en el idioma de los hombres de cuarenta años significa "hago trabajos esporádicos relacionados con redes sociales y vivo de mis ahorros"—. Tenía una sonrisa que parecía diseñada para vender seguros de vida y una manera de hablar que convertía cualquier conversación en un monólogo sobre sus proyectos futuros, que siempre estaban a punto de revolucionar alguna industria.

La primera vez que salieron, él llegó una hora tarde con una disculpa tan elaborada que incluía tráfico, una junta de último minuto, y una llamada urgente de un "socio potencial" que había terminado siendo más larga de lo esperado. Ofelia, que había llegado puntual y había terminado leyendo un libro completo en el café, lo recibió con la paciencia forzada de quien ya había decidido que esta sería también la última vez que salían.

Pero entonces él comenzó a hablar, y tenía esa habilidad especial de los hombres peligrosos para hacer que sus defectos sonaran como virtudes mal interpretadas. La impuntualidad se convertía en evidencia de su agenda ocupada y exitosa. La desorganización en su vida personal se transformaba en prueba de su naturaleza creativa y espontánea. Su incapacidad para mantener un trabajo estable se presentaba como la valentía de un emprendedor que se negaba a conformarse con la mediocridad corporativa.

—Sabes, Ofe —le había dicho esa primera noche, usando un diminutivo que nadie más usaba y que por alguna razón le parecía íntimo—, creo que las personas como nosotros estamos hechas para cosas más grandes que lo convencional. Tú con tu psicología, yo con mis proyectos... Somos almas libres en un mundo que quiere enjaularnos.

Y Ofelia, que en ese momento atravesaba una época de particular vulnerabilidad romántica, había interpretado esa frase como profundidad existencial en lugar de reconocerla como lo que realmente era: el manifiesto de un hombre que había convertido su inmadurez en filosofía de vida.

Los dos meses que siguieron fueron una montaña rusa emocional que Ofelia recordaba como si hubiera sido una fiebre muy alta: intenso, confuso, y ligeramente alucinatorio. Darío tenía la costumbre de desaparecer durante días sin explicación y luego reaparecer con flores y una historia dramática sobre crisis existenciales u oportunidades de negocio que habían requerido su atención inmediata.

Sus citas eran impredecibles. Un día la llevaba a un restaurante caro que "conocía por un amigo" y pagaba la cuenta con la generosidad de alguien que acababa de ganar la lotería. Al día siguiente sugerían una "cita casual" que terminaba siendo una caminata por el parque porque él estaba "esperando que le pagaran un proyecto." Era como salir con dos hombres diferentes: uno próspero y magnánimo, otro bohemio y cauteloso con el dinero.

El final llegó de la manera más típica de Darío: gradualmente, sin explicación, como si fuera desvaneciéndose en lugar de despedirse. Primero sus mensajes se volvieron más esporádicos. Después sus llamadas se espaciaron. Finalmente, simplemente dejó de responder, como si hubiera decidido que la relación era un experimento que había perdido su interés científico.

Ofelia esperó durante semanas una explicación, una disculpa, incluso una mentira creativa. Pero Darío había perfeccionado el arte de la desaparición sin confrontación, como si fuera un mago especializado en hacer desaparecer relaciones en lugar de conejos.

Y ahora, tres años después, había regresado con la confianza de quien cree que el tiempo borra las malas decisiones y que las mujeres guardan los buenos recuerdos como si fueran tesoros esperando ser redescubiertos.

Ofelia dejó el teléfono sobre la mesa y llamó a Rebeca con la urgencia de quien acaba de ver una aparición paranormal:

—¿Rebeca? Acaba de escribirme Darío.

—¿Darío? ¿El consultor fantasma? ¿El que desapareció como si hubiera entrado en un programa de protección de testigos?

—Ese mismo. Dice que tiene "muchas ganas de verme."

—¿Y tú qué le vas a responder?

—Esa es la pregunta del millón. Parte de mí tiene curiosidad por saber qué clase de hombre es ahora. Otra parte quiere bloquearlo antes de que mi cordura se vea comprometida.

—¿Cuál parte está ganando?

—La parte estúpida, me temo.

Y efectivamente, contra toda lógica y experiencia previa, Ofelia terminó respondiendo: "Hola, Darío. Bien, gracias. ¿Cómo has estado tú?"

La respuesta llegó inmediatamente, como si él hubiera estado esperando junto al teléfono:

"¡Excelente! He tenido unos años increíbles. Muchos proyectos, muchos cambios, mucho crecimiento personal. Me encantaría contarte todo. ¿Te gustaría que nos tomáramos un café mañana? Conozco un lugar nuevo que te va a encantar."

Y ahí estaba, exactamente igual que tres años atrás: la misma confianza, la misma presunción de que ella estaría disponible, la misma capacidad para hacer que una invitación sonara como si fuera un favor que él le estaba haciendo.

Pero Ofelia, que había sobrevivido a Tinder y a un profesor de filosofía con complejo de superioridad, decidió que merecía saber en qué se había convertido el hombre que una vez había considerado "interesante pero peligroso."

Se encontraron en una cafetería en la Roma Norte que definitivamente no era nueva, pero que Darío presentó como si fuera su descubrimiento personal. Él llegó quince minutos tarde —algunas cosas nunca cambian— con la misma sonrisa y el mismo aire de quien acaba de salir de una sesión de fotos para una revista de estilo de vida.

La diferencia fue evidente desde el momento en que se sentaron. Darío había envejecido de esa manera particular de los hombres que no han procesado completamente que ya no tienen treinta años: seguía usando la misma ropa juvenil, pero ahora le quedaba como un disfraz mal ajustado. Su cabello, que antes era espeso y rebelde, ahora era espeso y rebelde solo en las partes

donde decidía cooperar. Tenía arrugas que parecían sorprenderlo cada vez que sonreía, como si no hubiera autorizado al tiempo a hacer cambios en su cara.

Pero su personalidad permanecía intacta: la misma energía magnética, la misma manera de hablar como si cada frase fuera una revelación importante, la misma capacidad de hacer que una conversación sobre el clima sonara como si fuera una discusión sobre el sentido de la vida.

—Ofe, te ves increíble —dijo después de besarla en la mejilla con la familiaridad de alguien que había estado fuera del país por trabajo, no desaparecido sin explicación—. El tiempo ha sido muy generoso contigo.

—Gracias, Darío. Tú también te ves... —buscó la palabra apropiada— ...como siempre.

—¿Verdad? La gente me dice que no he cambiado nada. Supongo que es genética, pero también he estado muy enfocado en el bienestar integral. Yoga, meditación, una dieta muy específica. Es increíble lo que puede lograr el cuerpo cuando lo tratas como un templo.

Y ahí estaba, exactamente igual: la capacidad de convertir cualquier cumplido en una oportunidad para hablar de sí mismo, como si fuera un experto en la ciencia de ser Darío.

Durante la primera hora, él le contó sobre sus "años increíbles" con el detalle de alguien que había ensayado la historia múltiples veces. Había vivido en Playa del Carmen durante seis meses "explorando oportunidades en el turismo sustentable." Después había regresado a la ciudad para "desarrollar un proyecto revolucionario en el sector de la alimentación consciente." Había viajado a Colombia para "estudiar modelos de negocio innovadores en el sector agrícola." Todo sonaba impresionante hasta que te dabas cuenta de que no había mencionado ningún resultado concreto, ningún éxito específico, ninguna evidencia de que estos proyectos hubieran existido más allá de sus planes entusiastas.

—¿Y tú, Ofe? —preguntó finalmente, como si acabara de recordar que las conversaciones normalmente involucran a dos personas—. ¿Cómo has estado? Sé que sigues con tu consulta privada, ¿no?

—Sí, sigo con mi consulta. También doy talleres, y he estado escribiendo algunos artículos.

—¡Qué maravilloso! Siempre supe que ibas a hacer cosas importantes. Esa es una de las razones por las que quería verte. Creo que tenemos una conexión especial, ¿sabes? Una energía que trasciende el tiempo.

Y ahí estaba la primera señal de alarma: el hombre que había desaparecido sin explicación ahora hablaba de "conexiones especiales" y "energía que trasciende el tiempo" como si fuera un gurú espiritual en lugar de alguien que había demostrado una incapacidad notable para mantener conexiones básicas de cortesía.

—Darío —dijo Ofelia con la paciencia de quien ha aprendido a identificar las banderas rojas antes de que se conviertan en tempestades—, desapareciste sin despedirte hace tres años. No hubo conexión especial. Hubo abandono.

—¿Abandono? —respondió con genuina sorpresa, como si fuera la primera vez que consideraba esa interpretación—. Ofe, no fue abandono. Fue... una pausa necesaria. Estaba pasando por un momento muy intenso de crecimiento personal. Necesitaba espacio para encontrarme a mí mismo, para definir mis prioridades. No quería involucrarte en mi proceso hasta que tuviera claridad sobre lo que podía ofrecerte.

—¿Proceso? —preguntó Ofelia, fascinada por la capacidad masculina de convertir la cobardía en crecimiento espiritual—. ¿Tu proceso incluía no responder mensajes durante meses?

—Sé que pudo haber parecido brusco, pero créeme, fue lo mejor para ambos. Yo no estaba listo para el tipo de relación que tú merecías. Ahora sí lo estoy. He madurado, he evolucionado, he encontrado mi propósito.

Y ahí estaba, la frase mágica que los hombres de mediana edad usan cuando quieren que sus errores pasados suenen como sabiduría adquirida: —he encontrado mi propósito.

—¿Cuál es tu propósito, Darío?

—Cambiar el mundo a través del emprendimiento consciente —respondió con la convicción de quien ha estado practicando la frase frente al espejo—. Crear negocios que no solo generen ganancias, sino que impacten positivamente en la sociedad. Conectar con personas que compartan esta visión. Construir un legado que trascienda lo material.

—¿Y cómo piensas hacer eso exactamente?

—Bueno, ahí es donde tú podrías ser parte de algo increíble —dijo con una sonrisa que era mitad seducción, mitad presentación de ventas—. Estoy desarrollando un concepto completamente nuevo: una cadena de centros de bienestar integral que combine terapia psicológica, medicina alternativa, y productos orgánicos. Sería como un Starbucks del crecimiento personal.

—¿Un Starbucks del crecimiento personal?

—Exacto. Lugares donde las personas puedan venir a trabajar en su desarrollo interior mientras toman té de hierbas medicinales y compran cristales que potencien su energía. Es el futuro, Ofe. El mundo está despertando a la importancia de la salud holística.

Y ahí estaba, finalmente, la verdadera razón de la reunión: Darío no había vuelto porque hubiera extrañado su "conexión especial." Había vuelto porque necesitaba una psicóloga para su proyecto empresarial y había recordado que una vez había salido con una que podría estar interesada en "ser parte de algo increíble."

—Suena... ambicioso —respondió Ofelia, usando el tono que reservaba para clientes que le contaban sueños claramente delirantes—. ¿Ya tienes inversores?

—Estoy en proceso de consolidar el capital inicial. Tengo varios contactos muy interesados, pero necesito completar el equipo central antes de presentar el proyecto completo. Por eso pensé en ti. Serías perfecta como directora de desarrollo humano.

—¿Directora de desarrollo humano?

—Sí. Estarías a cargo de todo el aspecto terapéutico, pero también ayudarías a diseñar las experiencias de crecimiento personal para los clientes. Imagínate: sesiones de terapia grupal en espacios diseñados con geometría sagrada, mientras las personas pueden comprar productos que complementen su proceso de sanación.

—¿Y cuánto capital necesitas para este proyecto?

—Bueno, para empezar, necesitaríamos unos doscientos mil pesos para el prototipo. Solo para probar el concepto, hacer el marketing inicial, conseguir un local pequeño. Después, cuando veamos que funciona, podríamos buscar inversionistas más grandes.

Y ahí estaba, la pregunta que había estado esperando desde que él había mencionado su "propósito": no había vuelto por amor, nostalgia, o conexión especial. Había vuelto porque necesitaba dinero y recordaba que ella tenía ahorros.

—Darío —dijo Ofelia con la calma de quien acaba de resolver un rompecabezas —, ¿me estás pidiendo dinero?

—No te estoy pidiendo dinero —respondió con la dignidad herida de quien ha sido malinterpretado—. Te estoy ofreciendo una oportunidad de inversión en algo que podría cambiar nuestras vidas. Serías socia, no benefactora.

—¿Socia de qué exactamente? No tienes local, no tienes productos, no tienes clientes. Solo tienes una idea que suena como si hubieras mezclado Pinterest con un manual de autoayuda.

—¿Por qué eres tan negativa? —preguntó con la frustración de alguien que esperaba más entusiasmo por su genialidad—. Esta es exactamente la actitud que impide que las personas triunfen. Yo creí que tú entenderías la visión.

—Yo entiendo la visión, Darío. También entiendo que necesitas doscientos mil pesos y has decidido que la psicóloga con la que saliste hace tres años podría ser una fuente de financiamiento conveniente.

—¿Eso es lo que piensas de mí? ¿Que soy una especie de estafador emocional?

—Pienso que eres un hombre de cuarenta y cinco años que habla como si tuviera veinticinco, que desapareció sin explicación, y que ahora ha regresado con una propuesta de negocio que requiere mi dinero pero no mi participación real en las decisiones.

—Ofe, me duele que me veas así. Yo genuinamente pensé que podríamos reconectar. El proyecto es real, pero incluso si no te interesa, me encantaría que volviéramos a salir. Creo que podríamos tener algo hermoso juntos.

—¿Algo hermoso? —preguntó Ofelia, fascinada por la capacidad masculina de cambiar de estrategia cuando la primera no funciona—. ¿Como lo hermoso que tuvimos hace tres años, antes de que te evaporaras?

—Eso fue diferente. Yo era diferente. Ahora sé lo que quiero. Sé que tú eres especial. Sé que juntos podríamos crear algo increíble, tanto personal como profesionalmente.

Y ahí estaba la combinación letal: la propuesta romántica mezclada con la propuesta de negocio, como si fuera un paquete promocional donde el amor verdadero venía con descuento si también invertías en su startup.

Ofelia se quedó callada durante un momento, observando al hombre que había sido capaz de despertarle mariposas en el estómago tres años atrás y que ahora le inspiraba una mezcla de lástima y fascinación antropológica. Era como ver a un actor representando el mismo personaje décadas después, sin darse cuenta de que ya no tenía la edad para el papel.

—Darío —dijo finalmente—, creo que confundes la nostalgia con la oportunidad. Yo no soy la misma mujer que era hace tres años, y de manera clara tú eres exactamente el mismo hombre que eras entonces.

—¿Eso es malo?

—No es malo. Es irrelevante. Yo ya no estoy disponible para hombres que confunden el encanto con la responsabilidad, o que creen que las buenas ideas son lo mismo que los buenos planes.

—¿Entonces no hay ninguna posibilidad de que...?

—De que te preste dinero? No. De que volvamos a salir? Tampoco. De que sea tu socia en un negocio que no existe? Definitivamente no.

Darío la miró con la expresión de alguien que acaba de descubrir que las reglas del juego han cambiado mientras él seguía usando el mismo manual de estrategias.

—Está bien —dijo con la resignación de quien ha perdido una batalla que creía ya ganada—. Respeto tu decisión. Pero si cambias de opinión, ya sabes dónde encontrarme.

—¿Dónde exactamente? —preguntó Ofelia con curiosidad genuina—. Porque hace tres años no supe dónde encontrarte.

—Ja, ja. Tienes razón. Supongo que me lo merezco.

Y se despidieron con la cortesía incómoda de dos personas que han confirmado que el pasado debe quedarse exactamente donde está: en el pasado, como una anécdota que se cuenta en reuniones de amigas para recordar por qué algunas decisiones fueron correctas.

Esa noche, Ofelia tuvo el sueño más absurdo de su vida. Soñó que se casaba con Darío en una ceremonia que tenía lugar en una tienda de artículos esotéricos en Pachuca. Él llevaba un traje hecho completamente de cristales de cuarzo, y ella un vestido que cambiaba de color según su estado de ánimo. El sacerdote era un chamán que los casaba con sahumerios de copal y les daba

como anillos de matrimonio dos piedras de jade que "potenciarían su energía de pareja."

La luna de miel la pasaban inaugurando sucursales de su "Starbucks del crecimiento personal" en pueblos de la República Mexicana. Cada local tenía un área de terapia, un altar para meditación, y una sección de productos orgánicos que vendían desde tés milagrosos hasta amuletos para la prosperidad.

Ofelia se encontraba administrando el negocio mientras Darío viajaba constantemente "desarrollando nuevas oportunidades de expansión." Ella atendía a clientes que llegaban buscando iluminación espiritual pero que terminaban comprando velas aromáticas caras y libros de autoayuda que prometían cambiar sus vidas en 21 días.

El negocio funcionaba, pero Ofelia se daba cuenta de que se había convertido en la empleada de tiempo completo de los sueños de medio tiempo de su esposo. Él aparecía ocasionalmente con nuevas ideas que requerían más inversión, más trabajo, más fe en proyectos que sonaban revolucionarios en teoría pero que en la práctica significaban que ella trabajaba más horas para mantener a flote las fantasías empresariales de él.

Al final del sueño, Ofelia se encontraba sola en la tienda de Pachuca, vendiendo cristales a turistas que creían que las piedras tenían poderes mágicos, mientras Darío había desaparecido nuevamente, esta vez con una idea sobre "cafeterías de medicina ancestral" que requería "explorar oportunidades en Guatemala."

Cuando despertó, se rio con la clase de risa que viene después del alivio. Había esquivado una bala que ni siquiera había visto venir.

Durante el desayuno, mientras leía las noticias, recibió un mensaje de Darío: "Ofe, espero que no te haya molestado mi propuesta de ayer. Si no quieres invertir en el proyecto, ¿podrías prestarme algo para el enganche de un departamento? Solo unos cincuenta mil. Te pago con intereses."

Ofelia bloqueó el número sin responder. Después llamó a Rebeca:

—¿Rebeca? Acabo de confirmar que algunos hombres nunca cambian. Solo mejoran sus estrategias de manipulación.

—¿Qué pasó?

—Darío no había vuelto por mí. Había vuelto por mi cuenta de ahorros.

—¿Y qué hiciste?

—Lo mismo que debí haber hecho hace tres años: despedirme antes de que él pudiera desaparecer.

Y por primera vez en mucho tiempo, Ofelia sintió que había ganado una batalla que ni siquiera sabía que estaba peleando. Porque había descubierto que el mejor final para algunas historias es no dejar que empiecen de nuevo.

Esa tarde escribió en su libreta azul: "Nota para el futuro: cuando alguien regresa después de desaparecer, no está volviendo por ti. Está volviendo por lo

que cree que puedes darle. Y la mejor respuesta es recordar por qué se fue la primera vez."

Y durmió con la tranquilidad de quien ha cerrado una puerta que debió haberse cerrado hace años, pero que al menos ahora tenía la sabiduría de reconocer cuándo el pasado toca a la puerta disfrazado de oportunidad.

Capítulo 7

Amores enlatados: viudos, divorciados y reciclados

La idea de asistir a un evento de "citas rápidas para mayores de 50" llegó a la vida de Ofelia de la misma manera que llegan las malas decisiones: disfrazada de consejo sensato dado por una amiga bien intencionada con tres copas de vino encima.

—¡Es perfecto para ti! —había declarado Amalia durante la reunión semanal del Club de las Exnovias Eternamente Potenciales, agitando un folleto que parecía haber sido diseñado en 1987—. Hombres maduros, establecidos, que saben lo que quieren. Nada de niños de cuarenta que todavía están "encontrándose a sí mismos."

—¿Citas rápidas? —preguntó Ofelia, mirando el folleto como si fuera una convocatoria para un experimento psicológico cuestionable—. ¿En serio crees que voy a encontrar al amor de mi vida en siete minutos cronometrados?

—Mejor que en Tinder —respondió Lulú con la lógica aplastante de quien ha sobrevivido a suficientes desastres románticos como para considerar cualquier alternativa—. Al menos van a estar físicamente presentes. No pueden desaparecer en medio de la conversación.

—También —añadió Rebeca, siempre práctica— están todos en el mismo rango de edad. No vas a llegar y encontrarte con un niño de treinta que vive con su mamá y cree que la madurez emocional es algo que se compra en Amazon.

Y así, contra todo instinto de autopreservación, Ofelia se encontró una tarde de viernes registrándose en el Hotel Marquis Reforma para lo que el organizador había denominado pomposamente "Encuentros del Corazón Maduro: Donde la Experiencia se Encuentra con la Oportunidad."

El salón parecía el escenario de una convención de seguros de vida decorada por alguien que había confundido "romántico" con "funerario." Había mesas redondas pequeñas cubiertas con manteles rosa pálido, centros de mesa con flores artificiales que habían visto días mejores, y una iluminación tan tenue que parecía diseñada para ocultar arrugas y errores de juicio por igual.

Los participantes masculinos ya estaban distribuidos estratégicamente por el salón, cada uno sentado en su mesa asignada como productos en una tienda de descuento esperando ser evaluados.

Ofelia los observó con la fascinación horrorizada de un antropólogo estudiando una especie en peligro de extinción, e inmediatamente se dio cuenta de que había cometido un error de proporciones épicas.

El primer hombre de su rotación programada era Roberto, de 58 años, quien se presentó como "empresario del sector alimentario" con la misma solemnidad con que otros anuncian que han ganado el Premio Nobel.

Resultó ser dueño de una distribuidora de enlatados que había heredado de su padre, lo cual técnicamente lo convertía en empresario de la misma manera que heredar una casa te convierte en arquitecto.

—¿Sabes lo que más me gusta de las conservas? —preguntó Roberto con la pasión de quien ha encontrado su vocación cósmica—. Su estabilidad. No cambian, no se echan a perder, no te sorprenden con sabores inesperados. Compras una lata de duraznos en almíbar y sabes exactamente qué vas a encontrar cada vez que la abres.

—¿Y eso es... bueno? —preguntó Ofelia, genuinamente confundida sobre si él estaba hablando de comida o de filosofía de vida.

—¡Por supuesto! La consistencia es la base de cualquier relación exitosa. Mi esposa —que en paz descanse— siempre decía que yo era como sus conservas favoritas: confiable, duradero, y siempre disponible cuando me necesitaba.

La referencia a la esposa muerta llegó en el minuto tres de su conversación de siete minutos, lo cual Ofelia sospechó que era un récord personal de Roberto. Era como si llevara cronómetro interno para asegurar que el tema central de su identidad no se perdiera en trivialidades como conocer a la persona que tenía enfrente.

—¿Hace cuánto enviudó? —preguntó Ofelia con la delicadeza de quien ha aprendido que esta pregunta es obligatoria en citas con hombres mayores de 50.

—Hace dos años —respondió con la expresión de quien ha practicado esa respuesta en el espejo—. Fue muy difícil. Estuvimos casados treinta y dos años. Ella manejaba toda la parte administrativa del negocio, pero también era mi mejor amiga, mi compañera de vida, mi... bueno, mi todo.

Y ahí estaba el problema fundamental de los viudos recién liberados: seguían casados, solo que ahora con un fantasma que había alcanzado la perfección que solo la muerte puede otorgar. Roberto no buscaba una nueva esposa; buscaba una secretaria con beneficios emocionales que pudiera llenar el vacío administrativo que había dejado su santa esposa.

—¿Y qué busca ahora? —preguntó Ofelia, aunque ya sabía la respuesta.

—Alguien que me entienda —respondió con la convicción de quien ha reducido el amor a un concepto de servicio al cliente—. Alguien que aprecie la estabilidad, que no quiera cambiar las cosas solo por cambiarlas. Mi esposa siempre decía que yo era un hombre de costumbres, y ella respetaba eso.

El timbre sonó antes de que Ofelia pudiera preguntar si él había considerado la posibilidad de contratar una asistente personal en lugar de buscar novia.

El segundo hombre de la rotación era Guadalupe —que insistía en que le dijeran "Lupe" porque "Guadalupe es nombre de mujer"— de 52 años, quien había llegado al evento con la energía frenética de alguien que había bebido

tres expresos y leído un manual de autoayuda sobre cómo —reconstruir tu vida después del divorcio.

—¡Hola! —exclamó con el entusiasmo de un vendedor de tiempo compartido—. ¿Eres Ofelia? ¡Excelente! Yo soy Lupe, recién divorciado, listo para volver al mercado. ¿Tienes hijos? ¿Te gustan los hijos? Porque yo tengo tres, pero ya están grandes, ya no dan problemas. Bueno, uno está pasando por una situación complicada, pero nada que no se pueda resolver con terapia familiar.

En los primeros treinta segundos, Lupe había mencionado su divorcio, sus hijos problemáticos, y la terapia familiar, como si fuera un currículum romántico que incluía todas las complicaciones por adelantado.

—¿Hace cuánto se divorció? —preguntó Ofelia, fascinada por la manera en que él había convertido una presentación en una confesión.

—Seis meses —respondió con la sonrisa de quien ha descubierto que la soltería es como unas vacaciones permanentes—. Fue liberador. Después de veinticinco años de matrimonio, por fin puedo ser yo mismo. ¿Sabes lo que es vivir durante décadas tratando de complacer a alguien que nunca está satisfecho?

—¿Su ex esposa no estaba satisfecha?

—¡Nada le parecía! Que si llegaba tarde, que si no ayudaba con los niños, que si me quedaba viendo fútbol los fines de semana. Todo era un problema. Pero ahora puedo hacer lo que quiera, cuando quiera, como quiera.

Y ahí estaba la segunda categoría de hombres maduros: los divorciados recientes que habían confundido la libertad con la adolescencia tardía. Lupe había pasado de ser un esposo controlado a ser un soltero sin manual de instrucciones, y claramente no había procesado que quizás el problema no había sido exclusivamente de su ex esposa.

—¿Y qué busca ahora? —preguntó Ofelia, aunque empezaba a sospechar que la respuesta sería una variación del mismo tema.

—Alguien que me entienda —respondió Lupe con la originalidad de quien ha memorizado el mismo guión que todos los demás—. Alguien que no quiera cambiarme, que me acepte como soy. Ya no tengo edad para andar adaptándome a las expectativas de otra persona.

El tercer hombre de la rotación era Fernando, de 55 años, quien se presentó como "consultor en transición profesional" con la misma vaguedad con que otros se presentan como "influencers" o —emprendedores en el área de oportunidades.

Resultó ser un contador que había sido despedido de una empresa mediana seis meses atrás y que había decidido convertir su desempleo en una oportunidad de "reinvención personal."

Fernando tenía la energía nerviosa de alguien que está tratando de convencerse a sí mismo de que todo está saliendo según el plan, aunque claramente no hay plan. Había llegado al evento con una carpeta que contenía tarjetas de presentación recién impresas, un CV actualizado, y lo que parecía

ser un plan de negocios para un servicio de consultoría que aún no había definido completamente.

—¿Sabes lo que más me gusta de esta etapa de mi vida? —preguntó Fernando con el entusiasmo forzado de alguien que ha estado practicando esa frase—. La posibilidad de empezar de nuevo. Sin limitaciones, sin expectativas preconcebidas, sin la carga de errores pasados.

—¿Errores pasados? —preguntó Ofelia, intrigada por la manera en que él había convertido el desempleo en filosofía existencial.

—Bueno, no exactamente errores —se corrigió rápidamente—. Más bien... decisiones que en retrospectiva podrían haberse tomado de manera diferente. Por ejemplo, mi matrimonio anterior. Duró quince años, terminó hace tres. No fue culpa de nadie, simplemente crecimos en direcciones diferentes.

—¿Y ahora qué busca?

—Alguien que me entienda —respondió Fernando con la creatividad de un eco —. Alguien que comprenda que un hombre de mi edad necesita apoyo, no críticas. Alguien que vea el potencial en lugar de enfocarse en los obstáculos temporales.

Y ahí estaba la tercera categoría: los reciclados que habían confundido buscar pareja con buscar inversora emocional. Fernando no quería una compañera; quería una animadora personal que lo ayudara a sentirse mejor consigo mismo mientras él resolvía problemas que probablemente había estado evitando durante décadas.

La rotación continuó durante dos horas que se sintieron como una eternidad antropológica. Desfilaron frente a ella: Eduardo, el viudo de 59 años que había traído fotografías de su esposa muerta para mostrar "el tipo de mujer que admiraba"; Raúl, el divorciado de 51 años que había empezado cada respuesta con "mi ex esposa siempre decía que yo..."; y Sergio, el soltero perpetuo de 56 años que había desarrollado una teoría completa sobre por qué las mujeres de su edad eran "demasiado complicadas" para las relaciones modernas.

Cada conversación seguía el mismo patrón: presentación pomposa, explicación detallada de por qué su vida anterior no había funcionado, y la búsqueda de "alguien que los entendiera" sin ellos hacer el mínimo esfuerzo por entender a alguien más.

Al final del evento, mientras Ofelia esperaba el valet parking con la sensación de haber sobrevivido a un desastre natural, se acercó una mujer de aproximadamente su edad que había estado participando en la misma rotación.

—¿Cómo te fue? —preguntó la mujer con la solidaridad de quien ha compartido la misma experiencia traumática.

—Siento como si hubiera estado en un supermercado revisando productos enlatados —respondió Ofelia—. Todos con fecha de caducidad, todos con etiquetas que prometen más de lo que contienen.

—¿Notaste que todos buscan lo mismo? —preguntó la mujer con una sonrisa cómplice.

—Alguien que los entienda —respondieron al unísono, y se rieron con la risa de quien ha descubierto que la realidad es más absurda que la ficción.

Esa noche, Ofelia tuvo el sueño más surrealista de su vida. Soñó que estaba en un supermercado gigantesco donde todos los productos en los estantes eran literalmente latas con rostros de hombres mayores de 50.

Cada lata tenía una etiqueta que describía su contenido: "Viudo Premium: 100% natural, con recuerdos de esposa incluidos"; "Divorciado Light: Sin compromisos, pero con hijos ocasionales"; "Reciclado Orgánico: Producto de segunda mano, pero con potencial de mejora."

Ella caminaba por los pasillos con un carrito, leyendo las etiquetas con la misma atención con que normalmente revisaba los ingredientes de los alimentos. Cada lata tenía también una fecha de caducidad: algunas ya estaban vencidas, otras estaban próximas a vencer, y unas pocas tenían fechas tan lejanas que parecían sospechosas.

Cuando tomaba una lata para examinarla más de cerca, la lata empezaba a hablar: "¡Hola! ¿Buscas a alguien que necesite comprensión? ¡Soy perfecto para ti! Solo necesito una mujer que me entienda, que no me juzgue, y que esté dispuesta a adaptarse a mis necesidades específicas."

Otra lata gritaba desde el estante: "¡Oye! ¡Mírame! Soy recién divorciado, listo para volver al mercado. Solo busco alguien que me entienda y que no quiera cambiarme. ¡Tengo hijos, pero ya están grandes!"

Una lata de aspecto más sofisticado añadía: "Estimada señora, soy un viudo de calidad superior. Busco a alguien que comprenda que mi esposa anterior estableció estándares muy altos que espero que usted pueda mantener. ¿Le interesa conocer mis especificaciones técnicas?"

Ofelia intentaba encontrar una lata que fuera diferente, que no hablara exclusivamente de sus propias necesidades, que mostrara curiosidad por conocerla a ella. Pero cada lata que examinaba repetía variaciones del mismo discurso: "Búscame a alguien que me entienda, que no me complique la vida, que se adapte a lo que yo necesito."

Al final del sueño, Ofelia se encontraba en la caja registradora con el carrito vacío, explicándole a la cajera —que resultó ser Rebeca— que no había encontrado ningún producto que valiera la pena comprar.

—¿Ninguno? —preguntó Rebeca-cajera con curiosidad.

—Todos están dañados —respondió Ofelia-soñadora—. Algunos por el tiempo, otros por mal manejo, pero todos creen que el problema es que no he encontrado la manera correcta de abrirlos.

Cuando despertó, se rio con la clase de risa que viene después de una revelación absurda pero completamente cierta. Había entendido algo fundamental: la mayoría de los hombres "maduros" que buscaban pareja no

habían madurado realmente; simplemente habían acumulado más experiencias de las cuales culpar a otros por sus fracasos.

Durante el desayuno, mientras leía las noticias, recibió tres mensajes de participantes del evento de citas rápidas. Roberto le escribía: "¿Te gustaría conocer mi fábrica de conservas? Podrías ver cómo trabajo." Lupe le enviaba: "¡Hola! ¿Quieres salir el sábado? Podemos ir a almorzar, pero solo si no te molesta que mis hijos se unan si surge alguna emergencia." Y Fernando le mandaba: "Ofelia, creo que tenemos mucho potencial. ¿Te interesaría escuchar mi plan de negocios? Creo que podrías darme una perspectiva psicológica valiosa."

Ofelia borró los tres mensajes sin responder y llamó a Rebeca:

—¿Rebeca? Acabo de entender por qué algunos hombres mayores de 50 siguen solteros.

—¿Por qué?

—Porque buscan empleadas, no compañeras. Quieren alguien que los entienda, pero no están dispuestos a entender a nadie más.

—¿Y qué vas a hacer?

—Volver a confiar en que la paciencia es mejor estrategia que la desesperación. Y recordar que algunas latas están vencidas por una razón.

Y por primera vez en mucho tiempo, Ofelia sintió que había aprendido algo valioso de una experiencia terrible. Había descubierto que la madurez no es sinónimo de edad, y que algunos hombres simplemente se vuelven versiones más sofisticadas de sus problemas originales.

Esa tarde escribió en su libreta azul: "Nota para el futuro: cuando todos los productos del supermercado tienen la misma etiqueta, el problema no es tu capacidad para leer. Es que están mal etiquetados."

Y durmió con la tranquilidad de quien ha cerrado la puerta de un supermercado donde no vendían nada que valiera la pena comprar.

Capítulo 8

El hombre ideal sí existe... pero es alérgico al compromiso

Fernando Mendoza tenía esa cualidad extraordinaria de ser exactamente lo que Ofelia había estado buscando sin saberlo: un hombre que parecía haber salido de una lista de deseos románticos escrita por una mujer que había sobrevivido a suficientes desastres amorosos como para saber exactamente qué quería. Era culto sin ser pretencioso, limpio sin ser obsesivo, atento sin ser asfixiante, y tenía esa rara habilidad masculina de recordar conversaciones completas sin necesidad de tomar notas.

Se conocieron en la librería Rosario Castellanos, donde Ofelia había ido a buscar un libro sobre terapia narrativa y él estaba hojeando una biografía de Carl Jung con la concentración de alguien que lee por placer, no por obligación académica. Cuando accidentalmente chocaron en la sección de psicología —él

retrocediendo para alcanzar un libro del estante superior, ella avanzando para revisar uno del inferior— la disculpa mutua se convirtió en una conversación sobre la influencia de Jung en la psicología moderna, que se extendió por cuarenta minutos y terminó con una invitación a tomar café en la cafetería de la librería.

Fernando tenía 46 años, trabajaba como arquitecto en un despacho prestigioso, y había desarrollado una especialidad en restauración de edificios históricos que le permitía viajar por el país documentando y preservando estructuras coloniales. Era el tipo de hombre que había convertido su profesión en una pasión genuina, que podía hablar durante horas sobre la belleza de una viga de madera del siglo XVIII sin sonar como si estuviera recitando un manual técnico.

Físicamente, era lo que Ofelia había comenzado a pensar como "guapo para uso prolongado": no era el tipo de hombre que te quitaba el aliento al verlo, pero tenía esa clase de rostro que mejoraba con la familiaridad. Tenía ojos verdes inteligentes, cabello castaño con las primeras canas que le daban un aire de seriedad distinguida, y una sonrisa que parecía genuine incluso cuando hablaba de temas mundanos como el tráfico o el clima.

Pero la característica más notable de Fernando era su obsesión por la limpieza, que había perfeccionado hasta convertirla en un arte. No era el tipo de obsesión patológica que requiere terapia, sino más bien una versión elevada de la pulcritud que rayaba en lo admirable. Su departamento en la Condesa parecía sacado de una revista de arquitectura: líneas limpias, colores neutros, cada objeto en su lugar específico, y una ausencia total de desorden que era tan impresionante como ligeramente inquietante.

—¿Siempre has sido tan ordenado? —le preguntó Ofelia durante su segunda visita, mientras observaba cómo él limpiaba inmediatamente la mesa donde habían puesto las copas de vino.

—Es una deformación profesional —respondió con una sonrisa que sugería que se había hecho esa pregunta muchas veces—. Cuando trabajas restaurando edificios que tienen siglos de descuido, desarrollas una apreciación especial por los espacios que se mantienen en buen estado. Además, me relaja. Hay algo terapéutico en saber que cada cosa está donde debe estar.

Y efectivamente, parecía genuinamente relajado en su entorno controlado. Fernando se movía por su departamento con la gracia de alguien que conoce la ubicación exacta de cada objeto, que puede encontrar lo que busca en la oscuridad, que nunca pierde tiempo buscando llaves o documentos porque todo tiene su lugar asignado.

Las primeras semanas de cortejo fueron una revelación para Ofelia. Fernando era todo lo que los hombres anteriores no habían sido: puntual, consistente, genuinamente interesado en conocerla como persona en lugar de como audiencia para sus monólogos. Recordaba detalles de sus conversaciones, hacía preguntas inteligentes sobre su trabajo, y tenía esa rara cualidad

masculina de escuchar respuestas completas sin interrumpir para contar anécdotas relacionadas consigo mismo.

Sus citas seguían un patrón que a Ofelia le parecía encantadoramente civilizado: se encontraban en lugares que él había investigado previamente, llegaba siempre diez minutos antes de la hora acordada, y tenía la cortesía de preguntar por sus preferencias antes de hacer reservaciones. No era espontáneo, pero tampoco era aburrido. Era confiable de una manera que Ofelia había comenzado a valorar después de tantos hombres que confundían la impredecibilidad con la personalidad.

El primer indicio de que Fernando podría tener algunos problemas con la intimidad llegó durante su cuarta cita, cuando Ofelia sugirió que se quedara en su departamento para ver una película en lugar de ir al cine.

—¿En tu departamento? —preguntó con la expresión de alguien que acababa de ser invitado a escalar el Everest sin preparación.

—Sí, pensé que podríamos estar más cómodos. Tengo Netflix, buen vino, y un sofá que es perfecto para acurrucarse.

—¿Acurrucarse? —repitió como si fuera una palabra en un idioma extranjero.

—Sí, ya sabes, estar juntos, relajados, en un ambiente íntimo.

—Ah, íntimo —dijo con una sonrisa nerviosa—. Bueno, el problema es que tu departamento es... bueno, está muy habitado.

—¿Habitado? —preguntó Ofelia, genuinamente confundida—. ¿Esperabas que estuviera deshabitado?

—No, no me refiero a eso. Me refiero a que se nota que vives ahí. Tienes cosas, objetos personales, libros abiertos, tazas en la mesa. Es muy... humano.

—¿Y eso es malo?

—No es malo —se corrigió rápidamente—. Es solo que me distraigo. Veo una revista abierta y me pregunto qué estabas leyendo. Veo una taza sucia y me dan ganas de lavarla. Veo un libro marcado con una página doblada y me produce una ansiedad inexplicable.

Y ahí estaba el primer síntoma de lo que Ofelia comenzaría a reconocer como el Síndrome de Alergia a la Vida Real: Fernando había desarrollado una tolerancia tan baja al desorden cotidiano que los signos normales de que alguien vive en un espacio le producían una respuesta casi alérgica.

—¿Qué tal si trato de ordenar un poco antes de que llegues? —sugirió Ofelia, tratando de encontrar un término medio.

—¿Podrías? —preguntó con el alivio de alguien que acaba de recibir una solución a un problema grave—. No quiero ser complicado, pero realmente me ayudaría a concentrarme en nosotros si el ambiente estuviera... menos habitado.

Y así comenzó el extraño ritual de preparar su departamento para las visitas de Fernando. Ofelia empezó a guardar todos los objetos personales que pudieran sugerir que alguien vivía ahí: libros, revistas, plantas, fotografías, cualquier

cosa que tuviera personalidad o historia. Su departamento se convertía temporalmente en un showroom, despojado de calidez humana pero impecable según los estándares de Fernando.

El problema era que, paradójicamente, mientras más estéril se volvía el ambiente, más distante se volvía Fernando. Era como si necesitara la perfección para sentirse cómodo, pero la perfección le impedía conectar genuinamente con la realidad de tener una relación con una persona real que vivía una vida real.

—¿Sabes qué me gusta de ti? —le dijo una noche mientras cenaban en su departamento desinfectado—. Que te adaptas. Muchas mujeres se habrían molestado por mi... particularidad con el orden. Pero tú entiendes que todos tenemos nuestras necesidades específicas.

—¿Y cuáles son tus necesidades específicas exactamente? —preguntó Ofelia, empezando a sospechar que estaba haciendo más trabajo emocional del que le correspondía.

—Tranquilidad —respondió como si fuera obvio—. Espacios que me permitan relajarme, conversaciones que fluyan naturalmente, momentos que no estén contaminados por el caos de la vida cotidiana.

—¿Pero la vida cotidiana no es parte de tener una relación?

—¿Por qué tendría que serlo? —preguntó con genuina curiosidad—. Los mejores momentos que hemos tenido han sido cuando estamos en ambientes controlados, cuando podemos enfocarnos completamente en nosotros sin distracciones.

Y ahí estaba la ironía fundamental: Fernando quería una relación, pero solo en condiciones de laboratorio. Quería intimidad, pero sin la vulnerabilidad que viene con dejar que alguien vea tu vida real. Quería compañía, pero solo si esa compañía se adaptaba a sus especificaciones de comodidad.

El problema se intensificó cuando Ofelia cometió el error de usar la palabra "nosotros" en una conversación sobre planes futuros.

—Podríamos ir a Oaxaca el próximo fin de semana —sugirió durante la cena—. Conozco un hotel pequeño que te encantaría. Muy limpio, muy tranquilo.

—¿Podríamos? —preguntó Fernando con la alarma de alguien que acababa de escuchar una sirena de ambulancia.

—Sí, nosotros. Tú y yo. Como pareja que somos.

—¿Pareja? —repitió como si fuera un concepto matemático complejo—. ¿Cuándo decidimos que éramos una pareja?

—Fernando, hemos estado saliendo durante dos meses. Nos vemos tres veces por semana. Hablamos todos los días. ¿Qué pensabas que estábamos haciendo?

—Conociéndonos —respondió con la lógica de alguien que había encontrado una laguna legal en el manual del romance—. Explorando compatibilidad. Disfrutando de la compañía mutua.

—¿Y cuándo se convierte eso en una relación?

—Cuando ambas partes deciden conscientemente que quieren comprometerse con las responsabilidades y expectativas que vienen con el título de pareja.

—¿Y cuáles son esas responsabilidades y expectativas?

—Bueno, ahí está el problema —respondió con la honestidad de alguien que acaba de descubrir que no tiene respuestas—. No estoy seguro de estar listo para definirlas.

Y así, Fernando había perfeccionado el arte de mantener una relación en un estado perpetuo de potencialidad. Quería todos los beneficios de tener una compañera —la compañía, las conversaciones, la intimidad ocasional— pero sin ninguno de los compromisos que normalmente vienen con el territorio. Era como querer vivir en una casa pero sin aceptar que las casas requieren mantenimiento, limpieza, y ocasionalmente, reparaciones.

La situación alcanzó su punto crítico una noche cuando Ofelia tuvo un día particularmente difícil en el trabajo. Había tenido tres sesiones consecutivas con pacientes en crisis, había recibido una llamada de emergencia de un cliente que había tenido un ataque de pánico, y había terminado el día sintiéndose emocionalmente agotada.

Llamó a Fernando necesitando lo que cualquier persona normal buscaría de su pareja: un poco de consuelo, tal vez una cena juntos, la simple compañía de alguien que se preocupara por su bienestar.

—¿Podrías venir? —le preguntó por teléfono—. He tenido un día terrible y realmente necesito verte.

—¿Ir a tu departamento? —preguntó con la cautela de alguien que está siendo invitado a entrar en una zona de desastre—. ¿Ahora?

—Sí, ahora. Necesito un abrazo, tal vez ordenar algo de comida, y hablar sobre mi día.

—¿Pero no has tenido tiempo de... preparar el espacio?

—Fernando, estoy teniendo una crisis emocional. No he tenido tiempo de esterilizar mi departamento para tu comodidad.

—No es que necesite esterilización —se defendió—. Es solo que cuando estás estresada, tu departamento refleja ese estrés, y entonces yo me pongo nervioso, y no puedo ser la clase de apoyo que necesitas.

—¿Entonces no puedes venir porque mi estado emocional podría manifestarse en mi espacio físico?

—Exactamente —respondió con el alivio de alguien que ha sido entendido—. Es mejor que nos veamos mañana, cuando hayas tenido tiempo de procesarlo todo.

Y ahí estaba la revelación final: Fernando no solo era alérgico al desorden físico, sino también al desorden emocional. No podía manejar la humanidad real de una relación real porque requería que él fuera real también, y la realidad era demasiado desordenada para sus especificaciones.

Esa noche, Ofelia tuvo el sueño más revelador de su vida. Soñó que se mudaba al departamento de Fernando, que era exactamente como el real pero multiplicado por diez en términos de perfección. Todo era blanco, brillante, y completamente estéril. No había fotografías, libros, plantas, ni nada que sugiriera que alguien vivía ahí.

Fernando estaba encantado con su presencia, pero solo si ella se mantenía completamente inmóvil y silenciosa. Cada vez que ella trataba de poner algo personal en el espacio —una taza de café, un libro, una flor— él inmediatamente lo limpiaba y lo guardaba en un armario etiquetado como "Objetos Humanos No Permitidos."

Cuando ella trataba de tener conversaciones sobre el futuro usando palabras como "nosotros" o "juntos," él literalmente desaparecía en una nube de spray desinfectante, como si las palabras de compromiso fueran gérmenes que necesitaban ser eliminados del ambiente.

En el sueño, Ofelia se daba cuenta de que se había convertido en una especie de accesorio humano: presente cuando Fernando necesitaba compañía, invisible cuando él necesitaba espacio, y siempre perfectamente controlada para no disturbar la armonía de su mundo cuidadosamente construido.

Al final del sueño, ella se encontraba sola en el departamento perfecto, pero Fernando había desaparecido porque ella había cometido el error imperdonable de estornudar sin cubrirse la boca, introduciendo gérmenes reales en su ambiente controlado.

Cuando despertó, se rio con la clase de risa que viene después de una revelación que es tan absurda como dolorosa. Había estado tratando de convertirse en la versión perfecta de sí misma para un hombre que no podía manejar las versiones imperfectas de la humanidad, incluyendo la suya propia.

Durante el desayuno, mientras su departamento lucía exactamente como un departamento habitado por una persona real —con libros abiertos, plantas que necesitaban agua, y una taza de café que había dejado en la mesa de centro— recibió un mensaje de Fernando:

"Buenos días, Ofe. Espero que te sientas mejor hoy. ¿Te parece si nos vemos esta noche? Podría pasar por tu departamento si tienes oportunidad de organizarlo un poco. Conozco un lugar nuevo que te encantaría. Muy limpio, muy tranquilo."

Ofelia leyó el mensaje tres veces antes de entender completamente lo que estaba viendo: un hombre que había reducido el amor a una serie de condiciones que eliminaban cualquier posibilidad de conexión real.

Le escribió de vuelta: "Fernando, creo que necesitamos hablar. Pero esta vez, hablemos en mi departamento tal como está. Sin preparación, sin esterilización, sin condiciones. Solo dos personas reales teniendo una conversación real en un espacio real."

La respuesta llegó una hora después: "¿Estás segura de que es buena idea? Podríamos encontrarnos en algún lugar neutral. Conozco un café que mantiene estándares muy altos de limpieza."

Y ahí estaba la confirmación final: Fernando no solo era alérgico al compromiso, sino a la realidad misma. No podía amar a una persona real porque las personas reales vienen con desorden, emociones impredecibles, y la terrible característica de ser humanas.

Esa tarde, durante la reunión del Club de las Exnovias Eternamente Potenciales, Ofelia llegó con una botella de vino tinto y una historia que sus amigas escucharon con la fascinación de antropólogas estudiando una especie rara.

—¿Entonces era perfecto pero no podía manejar que fueras imperfecta? —preguntó Rebeca.

—Era perfecto precisamente porque no podía manejar la imperfección —respondió Ofelia—. Había construido una vida tan controlada que cualquier cosa real le parecía caótica.

—¿Y qué hiciste? —preguntó Lulú.

—Lo mismo que debería haber hecho desde el principio: decidí que prefiero ser una persona real buscando amor real, que una persona perfecta viviendo en un mundo artificial.

—¿Pero no era exactamente lo que habías estado buscando? —preguntó Amalia.

—Era exactamente lo que pensé que quería hasta que me di cuenta de que el hombre ideal que no puede manejar la vida real no es ideal. Es solo un espejismo muy bien mantenido.

Y brindaron por la sabiduría de entender que algunas perfecciones son en realidad limitaciones muy sofisticadas.

Porque al final, pensó Ofelia, el amor real requiere la capacidad de manejar la vida real. Y si alguien necesita que esterilices tu humanidad para poder estar contigo, probablemente no está listo para estar con nadie real.

Esa noche escribió en su libreta azul: "Nota para el futuro: el hombre perfecto que no puede manejar la imperfección no es perfecto. Es solo un perfeccionista que ha confundido el control con el amor."

Y durmió en su departamento desordenado, con libros abiertos y plantas que necesitaban agua, con la tranquilidad de saber que algunas alergias son síntomas de que la persona no está lista para la medicina del amor real.

Capítulo 9

El perro del vecino y otros vínculos más estables

La amistad con Napoleón comenzó como la mayoría de las mejores relaciones de Ofelia: por accidente, sin expectativas, y con una honestidad brutal que ningún ser humano había sido capaz de ofrecer.

Napoleón era un golden retriever de ocho años que pertenecía a Mauricio, el vecino del departamento de al lado, quien había demostrado ser el tipo de dueño que compra un perro por impulso y luego se da cuenta de que los perros requieren más atención que una planta de oficina. Mauricio trabajaba como gerente de ventas en una empresa de software, viajaba constantemente, y había desarrollado la filosofía de que tener mascota era como tener una suscripción a Netflix: algo que pagas mensualmente pero que rara vez usas.

El primer encuentro entre Ofelia y Napoleón ocurrió un martes por la mañana cuando ella salía a trabajar y se encontró con un perro dorado sentado en el pasillo del edificio, mirando la puerta del departamento de Mauricio con la expresión melancólica de quien está esperando a alguien que claramente no va a llegar.

—¿Estás bien? —le preguntó Ofelia al perro, con la naturalidad de alguien que ha llegado a un punto en su vida donde conversar con animales le parece más prometedor que conversar con humanos.

Napoleón la miró con esos ojos cafés que los golden retrievers han perfeccionado para transmitir toda la tristeza del mundo, y movió la cola con el entusiasmo medido de quien ha aprendido a no esperar demasiado de la vida.

—Tu dueño no está, ¿verdad? —continuó Ofelia, y el perro inclinó la cabeza con una expresión que claramente significaba: "Bienvenida a mi realidad."

Ese día, Ofelia llegó tarde al trabajo porque se quedó cuarenta minutos en el pasillo haciendo compañía a un perro que había desarrollado una rutina de espera más consistente que cualquier relación que ella hubiera tenido en los últimos cinco años.

El patrón se estableció naturalmente: cada mañana, Napoleón aparecía en el pasillo después de que Mauricio se fuera (si es que había llegado a dormir), y Ofelia se tomaba diez minutos para saludarlo antes de irse al trabajo. Cada tarde, cuando ella regresaba, Napoleón estaba ahí de nuevo, esperando con la paciencia de un monje budista que ha aceptado que la iluminación llegará cuando tenga que llegar.

—¿Sabes qué me gusta de ti? —le dijo Ofelia una tarde mientras le rascaba detrás de las orejas—. Que nunca me preguntas qué busco en una relación. Nunca me dices que necesitas que te entienda. Nunca me hablas de tu ex.

Napoleón respondió con esa sonrisa canina que parece decir: —Obviamente. Soy un perro. Tengo estándares.

La relación se profundizó cuando Ofelia comenzó a notar que Napoleón tenía una rutina emocional más sofisticada que la mayoría de los hombres que había conocido. Por las mañanas era optimista, creyendo genuinamente que este podría ser el día en que Mauricio recordara que tenía un perro. Por las tardes era melancólico, pero no amargado. Por las noches, cuando Ofelia llegaba

tarde del trabajo, era filosófico, como si hubiera aceptado que la vida es fundamentalmente decepcionante pero que vale la pena vivirla de todas maneras.

—¿Has comido? —le preguntó Ofelia una noche cuando encontró a Napoleón particularmente desanimado en el pasillo.

El perro la miró con la expresión de alguien que ha aprendido que "comer" es un concepto relativo cuando tu dueño confunde —responsabilidad" con "sugerencia.

Ofelia fue a su departamento, preparó un plato de pollo hervido con arroz, y se lo llevó a Napoleón, quien lo recibió con la gratitud de alguien que ha redescubierto la fe en la humanidad.

—¿Sabes qué? —le dijo mientras él comía—. Eres la primera relación que tengo donde dar y recibir se sienten equilibrados.

Y era cierto. Napoleón nunca pedía más de lo que ella podía ofrecer, pero tampoco fingía necesitar menos. Era genuinamente feliz con la compañía, agradecido por la comida, y expresivo en su afecto sin ser asfixiante. Era, en pocas palabras, todo lo que ella había buscado en un compañero, excepto que tenía cuatro patas y no podía abrir frascos.

La situación se complicó cuando Ofelia se dio cuenta de que estaba organizando su horario alrededor de Napoleón. Salía de trabajar temprano para asegurarse de que él tuviera compañía. Compraba comida para perros además de su despensa regular. Había comenzado a investigar sobre el cuidado de golden retrievers con la misma dedicación que otros dedican a estudiar para un examen médico.

—¿Estás bien? —le preguntó Rebeca durante una de sus sesiones de terapia telefónica—. Sonabas rara cuando mencionaste que no podías salir el viernes porque tenías planes con Napoleón.

—¿Qué tiene de raro? —preguntó Ofelia, genuinamente confundida—. Napoleón me necesita. Su dueño es un irresponsable, y yo soy literalmente la única persona en su vida que se preocupa por su bienestar.

—Ofelia, te das cuenta de que estás describiendo una relación codependiente con un perro, ¿verdad?

—No es codependiente —se defendió—. Es una relación funcional. Él me da compañía incondicional, yo le doy cuidado consistente. No hay drama, no hay expectativas imposibles, no hay conversaciones sobre el futuro. Es perfecta.

—¿Y no te parece ligeramente preocupante que la relación más exitosa de tu vida sea con una mascota que no es tuya?

—¿Más preocupante que salir con hombres que me tratan como empleada doméstica o con tipos que necesitan que esterilice mi humanidad para poder estar conmigo?

Rebeca se quedó en silencio, procesando la lógica aplastante de ese argumento.

—¿Tienes... planes con Napoleón?

—Bueno, no exactamente planes —respondió Ofelia—. Pero sí una rutina. Los martes compramos su comida juntos. Los jueves lo llevo al parque. Los domingos vemos Netflix. Él se queda dormido en el sofá, yo leo. Es muy civilizado.

—¿Y dónde está Mauricio durante estas actividades domésticas?

—Mauricio está en su mundo, viviendo su vida, siendo irresponsable. Napoleón y yo hemos aceptado que algunos adultos nunca van a crecer, y que está bien construir relaciones funcionales a pesar de esa realidad.

Y ahí estaba la ironía: Ofelia había encontrado en un perro abandonado la estabilidad emocional que había buscado infructuosamente en una década de citas con hombres adultos. Napoleón tenía todas las cualidades que ella valoraba: era leal sin ser posesivo, afectuoso sin ser demandante, presente sin ser asfixiante, y nunca, jamás, le preguntaba qué buscaba en una relación.

El problema surgió cuando Ofelia comenzó a darse cuenta de que estaba comparando a todos los hombres que conocía con Napoleón, y que el perro salía ganando consistentemente.

—¿Viste que Roberto me escribió otra vez? —le contó a Napoleón una noche mientras él descansaba la cabeza en sus piernas—. Quiere que conozcas su fábrica de conservas. Dice que tú podrías ser el "embajador canino" de su empresa.

Napoleón la miró con la expresión de alguien que ha escuchado propuestas más ridículas y ha sobrevivido.

—Exactamente —continuó Ofelia—. Tú también piensas que es absurdo. ¿Por qué los hombres no pueden ser más como tú? Simples, directos, sin agendas ocultas.

El perro bostezó, como si estuviera diciendo: "Porque los humanos complican todo lo que tocan."

—¿Y Fernando? —siguió Ofelia—. Me escribió para preguntarme si podría llevarte a su departamento, pero solo si prometo que no vas a dejar pelos en su sofá. ¿Puedes creer eso?

Napoleón se incorporó y le puso una pata en el brazo, como si fuera un psicólogo canino ofreciendo consuelo profesional.

—Tienes razón —interpretó Ofelia—. Si alguien no puede aceptar que los seres vivos dejan evidencia de su existencia, probablemente no está listo para convivir con la vida real.

La situación alcanzó su punto más surrealista cuando Ofelia se encontró llevando a Napoleón a su reunión del Club de las Exnovias Eternamente Potenciales, donde él fue recibido con el entusiasmo de una celebridad visitando un asilo.

—¡Es hermoso! —exclamó Lulú—. ¿Es tuyo?

—Es complicado —respondió Ofelia—. Legalmente pertenece a mi vecino, pero emocionalmente somos... socios.

—¿Socios? —preguntó Amalia, intrigada.

—Compañeros de vida. Él me da estabilidad emocional, yo le doy cuidado consistente. Es la primera relación que tengo donde ambos sabemos exactamente qué esperamos del otro.

—¿Y qué esperas de él? —preguntó Rebeca con curiosidad profesional.

—Que sea él mismo. Que esté presente cuando está conmigo. Que no finja ser algo que no es para impresionarme. Que sea honesto sobre sus necesidades.

—¿Y él qué espera de ti?

—Comida, compañía, y que no lo abandone cuando sea inconveniente. Básicamente, lo mismo que yo esperaría de una pareja, pero sin la neurosis.

Las cuatro mujeres miraron a Napoleón, quien estaba echado en el centro del grupo con la tranquilidad de alguien que ha aceptado ser el centro de atención sin que se le suba a la cabeza.

—¿No te parece que estás idealizando un poco? —preguntó Rebeca suavemente—. Quiero decir, es un perro. No puede conversar, no puede tomar decisiones complejas, no puede crecer emocionalmente contigo.

—¿Y eso es diferente de los hombres que he conocido en qué sentido exactamente? —respondió Ofelia—. Al menos él no me va a despertar una mañana diciéndome que necesita "encontrarse a sí mismo" o que "no está listo para el compromiso."

—¿Pero no extrañas la conversación? —preguntó Lulú.

—¿Extrañar qué conversación? —respondió Ofelia—. ¿Las charlas sobre exnovias? ¿Los monólogos sobre sus carreras? ¿Las discusiones sobre por qué no están listos para una relación seria? Napoleón me escucha sin interrumpir y responde con lenguaje corporal. Es más comunicativo que el 90% de los hombres que conozco.

—¿Y el sexo? —preguntó Amalia con la franqueza de alguien que ha decidido abordar el tema incómodo.

—¿Qué sexo? —respondió Ofelia—. ¿El sexo mediocre con hombres que se vienen y se duermen? ¿El sexo complicado con tipos que necesitan tres horas de preparación psicológica antes de tocarme? Tengo un vibrador que es más consistente que cualquier hombre que haya conocido, y no me critica por no tener orgasmos suficientemente fotogénicos.

Y ahí estaba la revelación más triste: Ofelia había llegado a un punto donde un perro le ofrecía más estabilidad emocional que cualquier ser humano de su edad, y donde la soledad elegida le parecía más atractiva que la compañía complicada.

Esa noche, Napoleón se quedó en su departamento por primera vez. Mauricio había salido de viaje por trabajo sin avisar, y Ofelia había encontrado al perro

esperando en el pasillo con la resignación de alguien que ya no se sorprende por nada.

—¿Quieres quedarte aquí esta noche? —le preguntó, y Napoleón movió la cola con la misma alegría que mostrarían otros ante una invitación a cenar en un restaurante prestigioso.

Fue la mejor noche que Ofelia había pasado en compañía masculina en años. Napoleón se instaló en el sofá, vieron una película sin que él comentara la trama o hiciera comparaciones con otras películas. Cuando ella lloró durante una escena particularmente emotiva, él simplemente se acercó y puso la cabeza en su regazo, ofreciendo consuelo sin preguntas ni análisis.

—¿Sabes qué me gusta de ti? —le dijo antes de dormirse—. Que no necesitas que sea perfecta para amarme. No necesitas que entienda tus traumas pasados. No necesitas que justifique mi existencia o que demuestre que merezco tu afecto.

Napoleón respondió con esa respiración profunda que los perros hacen cuando están completamente cómodos, y Ofelia se durmió con la tranquilidad de alguien que ha encontrado, finalmente, una relación donde ser ella misma es suficiente.

Esa noche tuvo el sueño más revelador de su vida. Soñó que Napoleón hablaba, pero no como un perro antropomorfizado, sino como un hombre extraordinariamente maduro y emocionalmente estable que había tomado la forma de un golden retriever para enseñarle lecciones sobre el amor.

—¿Sabes por qué funciona nuestra relación? —le preguntaba Napoleón-humano en el sueño—. Porque yo no proyecto mis inseguridades en ti. No necesito que seas mi madre, mi terapeuta, o mi público. Solo necesito que seas mi compañera.

—¿Pero no te aburres? —le preguntaba Ofelia-soñadora—. ¿No extrañas la complejidad, el drama, la pasión?

—¿Confundes la estabilidad con el aburrimiento? —respondía él—. La pasión real no viene del drama. Viene de la seguridad de saber que alguien va a estar ahí, consistentemente, sin condiciones imposibles.

—¿Y si te propusiera matrimonio? —le preguntaba ella en el sueño, y se sorprendía de estar considerando la pregunta seriamente.

—Te diría que ya estamos comprometidos —respondía Napoleón—. Comprometidos con cuidarnos mutuamente, con ser honestos sobre nuestras necesidades, con no abandonarnos cuando sea inconveniente. ¿Necesitas un papel que lo confirme?

Ofelia despertó con la sensación de haber tenido la conversación más sensata sobre relaciones de toda su vida, y con la ligera preocupación de haber considerado seriamente casarse con un perro.

Durante el desayuno, mientras Napoleón comía sus croquetas y ella su café, recibió un mensaje de Fernando: "Hola, Ofe. He estado pensando en nosotros.

Creo que podríamos intentar de nuevo si estableces algunas rutinas de limpieza más consistentes. ¿Te interesa discutir los detalles?"

Ofelia leyó el mensaje, miró a Napoleón, quien la observaba con esa sabiduría canina que parece decir: "¿En serio vas a considerar eso?"

Le escribió de vuelta: "Fernando, gracias por la propuesta, pero he encontrado una relación que funciona exactamente como debe funcionar. Espero que encuentres a alguien que esté dispuesta a esterilizar su humanidad por tu comodidad."

Y por primera vez en mucho tiempo, Ofelia sintió que había tomado una decisión amorosa inteligente.

Porque al final, pensó mientras rascaba a Napoleón detrás de las orejas, el amor verdadero no debería requerir que te conviertas en alguien diferente. Debería requerir que te conviertas en la mejor versión de quien ya eres.

Y si eso significaba que su relación más exitosa era con un perro, al menos era una relación donde ambos se trataban con la dignidad que merecían.

Esa tarde escribió en su libreta azul: "Nota para el futuro: cuando un golden retriever te ofrece más estabilidad emocional que los hombres de tu edad, el problema no es que tengas estándares muy altos. Es que ellos tienen estándares muy bajos para lo que significa ser un compañero."

Y durmió con la tranquilidad de saber que había encontrado, finalmente, una relación donde el amor no era condicional, complicado, o calculado. Era simplemente amor.

Capítulo 10

Una boda ajena y un vestido que no cierra

La invitación llegó en un sobre color salmón que inmediatamente despertó todas las alertas de Ofelia sobre eventos sociales potencialmente traumáticos. Era de papel grueso, con lettering dorado que proclamaba la unión matrimonial de Sofía Herrera Mendoza (su sobrina de veintitrés años) con Andrés Maldonado Vásquez (un muchacho que parecía haber salido de un catálogo de novios apropiados para familias de clase media aspiracional).

—Te esperamos para compartir el día más importante de nuestras vidas, decía la invitación con la confianza de quienes no han vivido lo suficiente para saber que la vida puede ser muy larga y muy complicada, y que el "día más importante" tiene la molesta costumbre de cambiar de lugar sin aviso.

Ofelia leyó la invitación tres veces, tratando de calcular mentalmente cuánto tiempo había pasado desde que Sofía era una niña que le pedía que le platicara sobre sus "novios" y cuándo se había convertido en una mujer que estaba a punto de prometer amor eterno a alguien que conocía desde hacía exactamente dieciocho meses.

—¿Veintitrés años? —le preguntó a Napoleón, quien había desarrollado la habilidad de mostrar expresiones faciales apropiadas para cada crisis

existencial de Ofelia—. ¿Tú sabías que veintitrés años era una edad en la que se supone que ya sabes con quién quieres pasar el resto de tu vida?

Napoleón la miró con esa sabiduría canina que parece decir: "Los humanos son una especie perpetuamente confundida sobre el tiempo y las decisiones permanentes."

El primer problema fue el vestido. Ofelia había comprado un vestido azul marino para la boda de otra sobrina hace tres años, y había asumido —con el optimismo ciego de alguien que cree que los cuerpos son constantes mientras las vidas cambian— que podría reutilizarlo para esta ocasión.

La cremallera se negó a subir más allá de la mitad de la espalda, y Ofelia se encontró en la situación existencialmente humillante de tener que admitir que ya no cabía en un vestido que había usado hace relativamente poco tiempo.

—¿Cómo es posible que haya crecido sin notarlo? —le preguntó a su reflejo en el espejo, como si su imagen fuera responsable de explicar los misterios del metabolismo femenino después de los treinta y cinco.

Su reflejo no respondió, pero la mirada que le devolvió sugería: "Bienvenida a la realidad de tener un cuerpo que cambia mientras tu mente sigue sintiéndose de veinticinco."

Esto la llevó a una expedición de emergencia al centro comercial, donde se enfrentó a la realidad de que la ropa para bodas está diseñada para mujeres que o tienen veintitantos años o están casadas y por lo tanto tienen acceso a esa misteriosa confianza que viene con haber resuelto exitosamente el problema del compañero de vida.

Después de probarse diecisiete vestidos que la hacían ver como una solterona tratando demasiado intensamente de verse apropiada para una celebración del amor, finalmente encontró uno color verde oliva que la hacía parecer sobria y ligeramente melancólica, lo cual decidió que era apropiado para la ocasión.

—¿Vas a llevar acompañante? —le preguntó la empleada de la tienda con la curiosidad casual de alguien que no se da cuenta de que está preguntando sobre el tema más complicado de la vida de Ofelia.

—¿Mi perro cuenta? —respondió Ofelia, e inmediatamente se arrepintió de haber revelado que había considerado seriamente llevar a Napoleón como su más uno.

—¿Disculpe?

—No, voy sola —se corrigió—. Es una decisión consciente, no una limitación circunstancial.

La empleada la miró con la expresión de alguien que ha escuchado muchas explicaciones sobre decisiones conscientes y sabe distinguir entre las genuinas y las defensivas.

La boda se llevó a cabo en un salón de eventos que había sido decorado con la estética de "elegancia accesible": muchas flores blancas, luces cálidas, y esa

atmósfera de celebración cuidadosamente orquestada que hace que todo se sienta tanto auténtico como ligeramente teatral.

Ofelia llegó exactamente a tiempo —ni temprano para tener que hacer conversación incómoda con parientes que no había visto en años, ni tarde para llamar la atención— y se instaló en una mesa donde había sido estratégicamente colocada con otros "invitados solteros," como si la soltería fuera una condición médica que requería ser tratada con cuidado especial.

Sus compañeros de mesa incluían a Ricardo, el primo divorciado que hablaba exclusivamente sobre su nueva afición al CrossFit; Mariana, la amiga de la familia que había convertido su soltería en una marca personal y tenía opiniones muy articuladas sobre por qué el matrimonio era una institución patriarcal obsoleta; y Javier, el amigo de la universidad del novio que claramente había sido asignado a esa mesa porque había llegado sin acompañante y parecía el tipo de persona que podría tener conversaciones civilizadas con extraños.

—¿Y tú por qué no te has casado? —le preguntó Mariana a Ofelia con la franqueza de alguien que había decidido que las convenciones sociales son para cobardes.

—¿Por qué pregunta eso como si fuera una condición médica? —respondió Ofelia—. Es como preguntarme por qué no me he comprado un carro rojo. A lo mejor no he encontrado el carro rojo correcto, o a lo mejor he decidido que caminar es mejor ejercicio.

—¿Pero no quieres formar una familia? —insistió Mariana con la persistencia de alguien que ha confundido las preguntas personales con la conversación profunda.

—¿Formar una familia o formar una sociedad anónima? —respondió Ofelia—. Porque a veces parecen requerir las mismas habilidades de negociación y compromiso, pero la familia no viene con beneficios fiscales.

Javier se rio con la clase de risa que sugería que había estado en suficientes bodas como para apreciar una conversación que no girara alrededor de cuándo él también iba a "sentar cabeza."

—¿Sabes qué me parece más interesante? —dijo él—. Que a los hombres solteros nos preguntan cuándo vamos a madurar, y a las mujeres solteras les preguntan qué está mal con ellas. Como si hubiera fechas de vencimiento diferentes para el amor.

—Exactamente —respondió Ofelia—. Y como si el amor fuera un producto que se puede comprar en el supermercado si tienes la lista de compras correcta.

La ceremonia fue exactamente lo que Ofelia había esperado: hermosa, emotiva, y llena de promesas que sonaban tanto sinceras como estadísticamente improbables. Sofía se veía radiante con esa clase de felicidad que viene de creer genuinamente que has resuelto el problema más importante de la vida antes de cumplir veinticinco años.

Andrés, por su parte, tenía la expresión de alguien que está genuinamente emocionado pero también ligeramente abrumado, como si estuviera participando en un ritual que entiende intelectualmente pero que emocionalmente le parece surreal.

Durante los votos, Ofelia se encontró haciendo lo que siempre hacía en las bodas: traducir mentalmente las promesas románticas a términos más realistas.

"Prometo amarte en la salud y en la enfermedad," decía Sofía, y Ofelia pensaba: "Prometo amarte cuando te veas bien en la mañana y también cuando tengas gripa y respires por la boca."

"Prometo apoyarte en tus sueños y ambiciones," decía Andrés, y Ofelia traducía: "Prometo fingir que me parece razonable que quieras dejar tu trabajo para vender joyas artesanales en Instagram."

"Prometo serte fiel hasta que la muerte nos separe," decían ambos, y Ofelia pensaba: "Prometo no acostarme con otras personas hasta que uno de nosotros muera o hasta que descubramos que las personas cambian de maneras que no habíamos anticipado."

No era cinismo, se dijo a sí misma. Era realismo informado por la experiencia. El amor genuino requiere más que promesas bonitas; requiere la capacidad de mantener esas promesas cuando se vuelven inconvenientes.

La recepción comenzó con brindis que fueron escalando gradualmente desde "deseos de felicidad" hasta "confesiones públicas sobre la naturaleza del amor." El padre de Sofía habló sobre cómo había sabido que Andrés era el correcto cuando lo vio ayudar a su hija a cambiar una llanta; la madre de Andrés compartió la historia de cómo había sabido que Sofía era especial cuando la vio cuidar a su perro enfermo.

Cuando llegó el turno de los amigos, los brindis se volvieron más honestos y más reveladores. Una amiga de la universidad habló sobre cómo Sofía había superado una depresión y había encontrado en Andrés a alguien que la ayudaba a ser la mejor versión de sí misma. Un amigo de Andrés confesó que había estado preocupado porque Andrés era "demasiado bueno" y las mujeres siempre terminaban aburridas de los hombres demasiado buenos, pero que Sofía había resultado ser la excepción.

Para cuando el micrófono llegó a la mesa de los solteros, la atmósfera había cambiado de celebración romántica a sesión de terapia grupal con alcohol.

—¿Alguien más quiere compartir algo? —preguntó el DJ con la voz de alguien que había perdido el control de la situación.

Mariana tomó el micrófono con la determinación de alguien que había estado esperando una oportunidad para pronunciar un discurso.

—Quiero decir algo sobre la presión social que enfrentamos los solteros en eventos como este —comenzó, y Ofelia sintió el impulso de esconderse debajo de la mesa—. La sociedad nos hace sentir como si estuviéramos rotos o

incompletos, como si no tener pareja fuera una falla personal en lugar de una elección válida.

El salón se quedó en silencio con la incomodidad de doscientas personas que habían venido a celebrar el amor y se encontraban escuchando una conferencia sobre la opresión sistemática de los solteros.

—¿Sabes qué? —dijo Javier, tomando el micrófono—. Mariana tiene razón, pero creo que lo que realmente estamos celebrando hoy no es el matrimonio como institución, sino la capacidad de dos personas de prometerse cuidado mutuo. Y eso es hermoso, sin importar si dura cinco años o cincuenta.

—¿Puedo? —preguntó Ofelia, y antes de que su cerebro pudiera detener a su corazón, ya tenía el micrófono en las manos.

—Mi sobrina me ha enseñado algo importante hoy —comenzó, mirando a Sofía, quien la observaba con la mezcla de cariño y preocupación que se reserva para parientes que podrían decir algo embarazoso—. Me ha enseñado que el optimismo no es ingenuidad. Es valentía. Es valiente prometer amor cuando sabes que las personas cambian. Es valiente construir un futuro cuando sabes que el futuro es impredecible. Y es valiente creer que dos personas pueden cuidarse mutuamente sin perderse a sí mismas en el proceso.

Hizo una pausa, consciente de que había captado la atención de todo el salón.

—He pasado años tratando de protegerme de la decepción siendo realista sobre el amor. Pero ustedes dos me han recordado que el realismo sin esperanza es solo otra forma de cobardía. Así que brindo por su valentía, por su optimismo, y por su capacidad de prometerse amor real en un mundo que a menudo hace que el amor real parezca imposible.

El aplauso que siguió fue más cálido de lo que Ofelia había esperado, y cuando vio que Sofía tenía lágrimas en los ojos, se dio cuenta de que había dicho exactamente lo que necesitaba decir.

Pero la noche no había terminado. Durante el baile, Ofelia se encontró en el baño retocándose el maquillaje cuando entró un grupo de mujeres de su edad que habían estado bebiendo lo suficiente como para haber perdido el filtro social.

—¿Eres la tía soltera de Sofía? —le preguntó una de ellas con la curiosidad directa del alcohol.

—Soy la tía de Sofía —respondió Ofelia—. El adjetivo "soltera" no es parte de mi identidad oficial.

—¿Pero no te da tristeza? —preguntó otra—. Ver a todos formar familias mientras tú...

—¿Mientras yo qué? —preguntó Ofelia—. ¿Mientras yo tengo una carrera, amigos, una vida que he construido según mis propias especificaciones? ¿Mientras yo duermo ocho horas cada noche y no tengo que negociar con nadie sobre qué ver en Netflix?

—¿Pero no te sientes incompleta? —insistió la primera mujer.

—¿Incompleta? —respondió Ofelia—. Me siento más completa que cuando estaba tratando de forzar relaciones que no funcionaban solo porque se suponía que debían funcionar. Me siento más completa que cuando estaba adaptando mi personalidad a las necesidades de hombres que no podían aceptar mi personalidad real.

—¿Pero no quieres lo que tiene Sofía? —preguntó una tercera mujer.

—Quiero lo que tiene Sofía: la capacidad de amar y ser amada genuinamente. Pero no necesito un certificado de matrimonio para validar esa capacidad. Y no necesito que otro adulto me complete cuando ya estoy completa.

Las mujeres se quedaron en silencio, procesando una perspectiva que claramente no habían considerado.

—¿Y si nunca encuentras a alguien? —preguntó finalmente la primera mujer.

—¿Y si ustedes descubren que se casaron con extraños que cambiaron de maneras que no anticiparon? —respondió Ofelia—. Todos estamos tomando apuestas sobre el futuro. Yo he decidido apostar por mi capacidad de crear una vida significativa con o sin pareja.

Esa noche, Ofelia llegó a su departamento con los pies doloridos, el maquillaje corrido, y una perspectiva ligeramente diferente sobre su propia vida. Napoleón la recibió con el entusiasmo de alguien que ha estado esperando pacientemente y está genuinamente feliz de que ella haya regresado.

—¿Sabes qué aprendí hoy? —le dijo mientras él se acomodaba en su lugar habitual en el sofá—. Que el amor no es una competencia que se puede ganar o perder. Es una habilidad que se puede desarrollar. Y yo he estado desarrollando mi habilidad de amarme a mí misma, de amar a mis amigos, de amar mi trabajo, de amarte a ti.

Napoleón respondió con esa sonrisa canina que parece decir: "Obviamente. El amor es abundante cuando dejas de tratarlo como un recurso limitado."

Esa noche tuvo el sueño más revelador de su vida. Soñó que estaba en una reunión de todas las versiones de sí misma: la Ofelia de veintitrés años que creía que el amor era simple, la Ofelia de treinta que creía que el amor era complicado, la Ofelia de treinta y cinco que creía que el amor era opcional, y la Ofelia de cuarenta que estaba empezando a creer que el amor era abundante.

Todas las Ofelias estaban sentadas alrededor de una mesa, y la más joven tenía la palabra.

—¿Por qué no nos casamos cuando teníamos la oportunidad? —preguntaba la Ofelia de veintitrés.

—Porque ninguna de esas oportunidades era real —respondía la Ofelia de treinta—. Eran espejismos de compatibilidad basados en la desesperación y la expectativa social.

—¿Pero no nos vamos a quedar solas? —preguntaba la Ofelia de treinta y cinco.

—Solo si confundimos estar solas con estar solitarias —respondía la Ofelia de cuarenta—. Yo no estoy sola. Tengo amigos, tengo trabajo, tengo Napoleón, tengo ustedes. Estoy rodeada de amor, solo que no del tipo que la sociedad ha decidido que es el único que cuenta.

—¿Y qué pasa si nunca encontramos a alguien? —preguntaba la Ofelia de veintitrés.

—¿Y qué pasa si ya encontramos a alguien y esa alguien somos nosotras? —respondía la Ofelia de cuarenta—. ¿Qué pasa si el amor que hemos estado buscando afuera ya existe adentro, y solo necesitábamos tiempo para reconocerlo?

Ofelia despertó con la sensación de haber tenido una conversación importante consigo misma, y con la certeza de que el vestido verde oliva había sido la elección correcta después de todo.

Porque al final, pensó mientras preparaba el desayuno para ella y para Napoleón, el amor no es algo que se puede ganar en una competencia o adquirir en una tienda. Es algo que se cultiva, día a día, en las pequeñas decisiones de cuidar a otros y de permitir que otros te cuiden a ti.

Y si eso significaba que su vida se veía diferente a la de su sobrina de veintitrés años, al menos era una vida que había construido conscientemente, no una vida que había aceptado por defecto.

Esa tarde escribió en su libreta azul: "Nota para el futuro: el amor no es una competencia que se puede ganar o perder. Es una habilidad que se puede desarrollar. Y yo he estado desarrollando mi habilidad de amar mi propia vida, con todas sus imperfecciones y posibilidades."

Y se sintió, por primera vez en mucho tiempo, genuinamente optimista sobre el futuro.

Capítulo 11

La renuncia más elegante

La carta de renuncia fue escrita un martes por la mañana, después de que Ofelia despertara con la claridad mental que solo se obtiene cuando se ha agotado oficialmente la capacidad de autoengaño. Había pasado la noche anterior en una cita con Germán, un arquitecto de cuarenta y dos años que había pasado tres horas explicándole por qué las mujeres de su edad tenían "expectativas irreales" sobre el compromiso, mientras comía de su plato sin pedir permiso y revisaba su teléfono cada vez que ella hablaba.

"Al Amor (con mayúscula, porque mereces respeto)," comenzó la carta, escrita en papel de lino que había comprado para invitaciones de boda que nunca envió. "Después de veintitrés años de servicio activo en tu departamento de recursos humanos, me veo obligada a presentar mi renuncia efectiva inmediatamente."

Napoleón la observaba desde su lugar habitual en el sofá, con esa expresión de psicólogo canino que había perfeccionado durante los meses de convivencia. Ocasionalmente inclinaba la cabeza cuando ella leía en voz alta, como si estuviera evaluando profesionalmente la redacción.

—No es que no haya apreciado las oportunidades de crecimiento, continuó escribiendo. "He aprendido a detectar narcisistas a tres kilómetros de distancia, desarrollé una tolerancia impresionante al mansplaining, y adquirí la habilidad de fingir orgasmos con una naturalidad que habría impresionado a Meryl Streep. Son habilidades transferibles, supongo."

La idea de la carta había surgido durante la cena con Germán, específicamente en el momento en que él había interrumpido su descripción de un proyecto laboral para explicarle cómo debería haber manejado la situación. "¿Sabes qué necesitas?" le había dicho con la condescendencia de alguien que había confundido mansplaining con coaching de vida. "Necesitas bajar tus expectativas. Las mujeres de tu edad siempre quieren que los hombres sean perfectos."

"¿Expectativas como qué?" había respondido Ofelia. "¿Como que me escuches cuando hablo? ¿Como que no critiques mi forma de manejar mi propia vida? ¿Como que no revises tu teléfono cuando te estoy contando algo importante?"

"Exactamente," había dicho él, completamente ajeno a la ironía. "Ese tipo de expectativas irreales."

Ofelia había terminado su vino, había pagado su mitad de la cuenta (porque por supuesto habían dividido la cuenta), y había llegado a casa con la certeza de que había llegado el momento de formalizar una decisión que había estado tomando inconscientemente durante meses.

"La verdad es que he estado funcionando como empleada temporal en tu departamento durante años," continuó escribiendo. "Siempre con la esperanza de que me ofrecieran un puesto permanente, pero cada vez más consciente de que las condiciones laborales en tu empresa son, francamente, abusivas."

Se detuvo para beber café y considerar si estaba siendo demasiado melodramática. Decidió que no. Si algo merecía melodrama, era la decisión de renunciar formalmente a la búsqueda romántica después de dos décadas de intentos fallidos.

"Mis principales objeciones a las condiciones laborales actuales incluyen, pero no se limitan a: jornadas laborales que se extienden hasta altas horas de la noche analizando mensajes de texto, compensación inadecuada por servicios emocionales prestados, y un ambiente de trabajo tóxico donde se espera que las empleadas modifiquen constantemente sus personalidades para adaptarse a las necesidades cambiantes de la gerencia."

Napoleón bostezó y se acomodó más profundamente en el sofá, como si hubiera escuchado este tipo de quejas profesionales antes y supiera que requería paciencia.

"Además," escribió, "he notado que tu departamento de recursos humanos tiene una tendencia problemática a reciclar candidatos que ya han demostrado ser inadecuados para el puesto. Fernando, por ejemplo, ha sido recontratado tres veces a pesar de evaluaciones de desempeño consistentemente pobres. Esta política de 'segundas oportunidades infinitas' sugiere una falta de estándares profesionales que no puedo seguir tolerando."

La carta estaba tomando un tono más serio de lo que había anticipado, pero Ofelia descubrió que la formalidad le daba una sensación de control que no había experimentado en años. Era como si estuviera recuperando su agencia después de años de sentirse como una solicitante de empleo perpetua en el mercado del amor.

"Quiero ser clara: esta decisión no surge de amargura o decepción, sino de una evaluación objetiva de compatibilidad profesional. He llegado a la conclusión de que mis habilidades y expectativas están mejor alineadas con una posición independiente donde puedo ser mi propia supervisora."

Firmó la carta con una caligrafía más cuidadosa de la que había usado en años, la dobló en tres partes perfectas, y la colocó en el florero de cristal que había comprado para la mesa de la sala. No había flores en el florero —nunca las había— pero la carta se veía dignificada ahí, como una ofrenda a algún dios doméstico de las decisiones sensatas.

"¿Qué opinas?" le preguntó a Napoleón, señalando el florero. "¿Muy dramático o apropiadamente ceremonioso?"

Napoleón se acercó a investigar, olfateó el florero con la seriedad de un crítico de arte evaluando una instalación, y regresó al sofá con una expresión que claramente significaba: "Apropiadamente ceremonioso. Procede."

Esa noche, Ofelia se preparó para dormir con la sensación de haber completado un ritual importante. Se había puesto su pijama más cómoda, había preparado una taza de té de manzanilla, y había decidido que mañana comenzaría oficialmente su nueva vida como mujer soltera por elección consciente, no por circunstancia.

Se durmió con más facilidad de la que había tenido en meses, y tuvo el sueño más extraordinario de su vida.

Soñó que se casaba consigo misma.

La ceremonia se llevaba a cabo en un jardín que era una versión mejorada de su departamento: más espacioso, con ventanas más grandes, y lleno de plantas que ella había logrado mantener vivas. Había invitados —sus amigos del Club de las Exnovias Eternamente Potenciales, algunos colegas del trabajo, Napoleón como testigo principal— pero la atmósfera era más de celebración personal que de espectáculo social.

Ofelia-novia vestía un vestido blanco sencillo pero elegante, nada demasiado elaborado, algo que podría usar nuevamente para otras ocasiones. Ofelia-oficiante vestía un traje azul marino y había preparado un discurso sobre la importancia del autoconocimiento y el autoaceptación.

"Estamos aquí reunidos," comenzó Ofelia-oficiante, dirigiéndose a los invitados del sueño, "para celebrar un compromiso que ha estado años en desarrollo: el compromiso de Ofelia consigo misma para honrar sus propias necesidades, respetar sus propios límites, y prometerse el tipo de cuidado consistente que ha estado buscando en otros."

Los invitados del sueño asentían con la solemnidad apropiada para una boda, pero también con la alegría de quienes han estado esperando que alguien tome una decisión sensata.

"Ofelia," continuó Ofelia-oficiante, dirigiéndose ahora a Ofelia-novia, "¿prometes tratarte con la misma paciencia que has mostrado hacia otros? ¿Prometes defenderte cuando sea necesario y disculparte contigo misma cuando sea apropiado?"

"Prometo," respondió Ofelia-novia, y se sorprendió de lo fácil que era hacer esa promesa.

"¿Prometes escuchar tus propias necesidades con la misma atención que has prestado a las necesidades de otros? ¿Prometes invertir en tu propia felicidad con la misma dedicación que has mostrado hacia las relaciones que no funcionaron?"

"Prometo," repitió Ofelia-novia, con más convicción esta vez.

"¿Prometes amarte en los días buenos y en los días malos, en los momentos de claridad y en los momentos de confusión, en la soltería y en la soltería, hasta que la muerte te separe de ti misma?"

"Prometo," dijo Ofelia-novia, y comenzó a llorar con la clase de lágrimas que vienen del alivio profundo.

Los invitados del sueño prorrumpieron en aplausos, y Napoleón ladró una vez con aprobación oficial. Rebeca se acercó a ofrecer un brindis.

"Brindo," dijo Rebeca-del-sueño, "por una mujer que ha tenido el valor de reconocer que el amor propio no es egoísmo, sino pre-requisito para cualquier otro tipo de amor auténtico."

Lulú tomó el micrófono imaginario siguiente. "Brindo por alguien que ha aprendido que estar sola no es lo mismo que estar solitaria, y que ha decidido construir una vida tan rica y completa que una pareja sería una adición bienvenida, no una necesidad desesperada."

Amalia fue la siguiente. "Brindo por una mujer que ha dejado de disculparse por ocupar espacio en el mundo, y que ha decidido que sus estándares no son demasiado altos, sino que los estándares de otros han sido demasiado bajos."

Cuando llegó el momento del pastel, Ofelia-novia se dio cuenta de que era un pastel de chocolate exactamente como el que había querido para su cumpleaños treinta y cinco pero que había terminado siendo de vainilla porque a Fernando no le gustaba el chocolate. Este pastel era perfecto: húmedo, no demasiado dulce, con betún de chocolate amargo que sabía a decisiones propias.

"¿Sabes qué es lo mejor de casarte contigo misma?" le preguntó Ofelia-oficiante a Ofelia-novia mientras cortaban el pastel.

—¿Qué?

"Que ya conoces todos tus defectos, y has decidido quedarte de todas maneras. No hay sorpresas desagradables, no hay decepciones sobre quién eres realmente cuando no estás tratando de impresionar a nadie."

"¿Y qué hay de la luna de miel?" preguntó Ofelia-novia.

"La luna de miel es el resto de tu vida," respondió Ofelia-oficiante. "Todos los días que despiertes y decidas tratarte bien, todos los días que elijas actividades que te hagan feliz, todos los días que te permitas cambiar y crecer sin pedirle permiso a nadie."

El sueño terminó con una recepción donde todos bailaron, pero no había presión para que Ofelia-novia bailara con ninguna pareja en particular. Bailó con sus amigos, bailó con Napoleón (quien había desarrollado habilidades de baile impresionantes para ser un perro), y finalmente bailó sola, con la música que había elegido, a su propio ritmo.

Ofelia despertó con la sensación de haber asistido a la boda más satisfactoria de su vida, y con la certeza de que había tomado la decisión correcta. La carta seguía en el florero, pero ahora parecía menos una renuncia y más una declaración de independencia.

Se levantó, preparó desayuno para ella y para Napoleón, y por primera vez en meses no revisó su teléfono para ver si tenía mensajes de hombres que podrían estar interesados en ella. En lugar de eso, se hizo una lista de cosas que quería hacer por sí misma: tomar clases de cerámica, viajar a algún lugar que siempre había querido conocer, redecorar su departamento según sus propios gustos sin considerar qué pensarían hipotéticos visitantes masculinos.

"¿Sabes qué es lo extraño?" le dijo a Napoleón mientras él terminaba sus croquetas. "Me siento más esperanzada sobre el amor ahora que he renunciado a buscarlo que en todos los años que pasé tratando de encontrarlo."

Napoleón la miró con esa sabiduría canina que parecía decir: "Obviamente. El amor llega cuando ya no lo necesitas desesperadamente para completarte."

Esa tarde, Ofelia escribió en su libreta azul: "Nota para el futuro: la diferencia entre estar disponible y estar desesperada es que cuando estás disponible, puedes darte el lujo de ser selectiva. Cuando estás desesperada, aceptas cualquier cosa que se parezca remotamente al amor."

Y por primera vez en años, se sintió genuinamente disponible: no para cualquier hombre que mostrara interés, sino para la posibilidad de una conexión real con alguien que fuera capaz de apreciar a la mujer que había trabajado tan duro para convertirse en quien era.

Pero si esa conexión nunca llegaba, ya no le parecía una tragedia. Le parecía simplemente otra forma de vivir una vida completa.

Capítulo 12

Los hombres que no fueron (y la mujer que sí es)

Ofelia despertó esa mañana con la sensación de que había sido liberada de una prisión cuyas dimensiones apenas comenzaba a comprender. No era una liberación dramática, con sirenas y proclamas, sino algo más parecido a despertar después de una fiebre y darse cuenta de que el mundo ya no se ve borroso.

La carta de renuncia seguía en el florero, pero había adquirido el estatus de reliquia histórica, como las cartas de independencia que se exhiben en museos: importante por lo que representaba, pero ya no urgente. El proceso estaba completo.

Se preparó café con la misma meticulosidad que había usado durante años para prepararse para citas que inevitablemente terminaban en decepciones anecdóticas. Pero esta vez la meticulosidad era para sí misma, para el ritual de comenzar un día que no requería justificación ante nadie más.

Napoleón la observó desde su lugar habitual, y Ofelia tuvo la distinta sensación de que él había estado esperando pacientemente a que ella llegara a esta conclusión. Como un terapeuta canino muy profesional que nunca dice "te lo dije," pero cuya postura corporal sugiere una satisfacción discreta ante el progreso de su paciente.

"Hoy," le anunció mientras él terminaba su desayuno, "voy a hacer algo que no he hecho en veinte años: voy a pasar un día completo sin evaluar si soy suficientemente interesante para un hombre hipotético."

Napoleón movió la cola con la aprobación de alguien que había estado esperando que llegara esta revelación.

La primera prueba llegó cuando estaba eligiendo qué ponerse. Su primer instinto fue preguntarse qué pensaría un hombre sobre sus opciones de vestuario, pero logró detener el pensamiento a medio camino y reemplazarlo con una pregunta más relevante: ¿qué quería sentir ella ese día?

Eligió un vestido azul que le gustaba porque la hacía sentir cómoda y profesional, no porque fuera particularmente seductor o conservador. Era un vestido que había comprado para sí misma, no para la aprobación de una audiencia masculina imaginaria.

En el espejo, se vio como si fuera la primera vez. No se evaluó según los estándares que había internalizado de dos décadas de revistas femeninas y comentarios casuales de hombres sobre qué les parecía atractivo. Se vio como Ofelia, una mujer de cuarenta años que había construido una vida interesante y que había aprendido a navegar el mundo con inteligencia y humor.

"¿Sabes qué es lo más extraño?" se preguntó en voz alta, dirigiéndose al espejo como si fuera una confidente. "Me veo exactamente igual que ayer, pero por primera vez en años no me veo como una mujer que está fallando en algo."

Decidió salir a caminar sin destino específico, algo que había evitado durante años porque caminar sola la hacía consciente de su soltería de una manera que le parecía públicamente visible. Pero esa mañana, la perspectiva de caminar sola se sintió como un privilegio, no como una marca de fracaso social.

Las calles de la ciudad se veían diferentes cuando no las navegaba con la ansiedad de alguien que está constantemente evaluando su atractivo para transeúntes masculinos. Se dio cuenta de que durante años había caminado con una especie de performance inconsciente, ajustando su postura y expresión facial para proyectar la imagen de una mujer que era interesante pero no intimidante, segura pero no arrogante, atractiva pero no inaccesible.

Ahora caminaba simplemente como Ofelia, sin subtexto ni agenda oculta.

Se detuvo en una cafetería que había evitado durante meses porque era donde había tenido una cita particularmente desastrosa con un ingeniero que le había explicado por qué las mujeres no entendían la tecnología mientras ella trataba de no reírse de la ironía de que él no pudiera configurar el WiFi en su teléfono. Pero ese día, la cafetería era solo una cafetería con buen café y ventanas grandes, no un museo de humillaciones románticas.

Mientras esperaba su orden, se dio cuenta de que estaba siendo observada por un hombre en una mesa cercana. Hace tres meses, habría interpretado esa mirada como una oportunidad potencial, habría ajustado su postura y considerado si debía hacer contacto visual. Pero ese día, la mirada no disparó ninguna de sus alarmas de evaluación romántica. Era solo un hombre mirando, y ella era solo una mujer siendo mirada, y ninguno de los dos eventos requería acción adicional.

Se sentó en una mesa junto a la ventana con su café y su libreta azul, y comenzó a escribir lo que resultó ser una especie de obituario romántico:

"Aquí yacen los hombres que no fueron:

Fernando, quien me enseñó que el potencial es una estafa emocional cuando se convierte en la única cualidad atractiva de una persona.

Germán, quien me demostró que hay una diferencia entre confianza y condescendencia, aunque él nunca entendió cuál era.

Miguel, el arquitecto que tenía opiniones muy articuladas sobre todo excepto sobre cómo tratar a las mujeres como seres humanos completos.

Roberto, quien me hizo darme cuenta de que 'tener mucho en común' no significa nada si lo que tienen en común es una tendencia a evitar la intimidad emocional.

Javier, quien me enseñó que la nostalgia no es base suficiente para una relación, sin importar cuán romántico suene 'amor de la preparatoria' en teoría.

Y todos los demás, una procesión de hombres que me ayudaron a entender, a través de su inadecuación, qué era exactamente lo que estaba buscando."

Pausó para beber café y observar a las personas que pasaban por la ventana. Por primera vez en años, no estaba evaluando a los hombres que veía como

candidatos potenciales. Los veía simplemente como personas navegando sus propias vidas, con sus propias complicaciones y aspiraciones que no tenían nada que ver con ella.

Continuó escribiendo:

"Lo que estos hombres no entendieron —y lo que yo no entendí durante años— es que no estaba buscando a alguien que me completara. Estaba buscando a alguien que fuera tan completo como yo, para que pudiéramos construir algo juntos sin que ninguno de los dos tuviera que desaparecer en el proceso.

Pero mientras esperaba a que apareciera esa persona, me olvidé de ser la persona que yo misma habría querido encontrar. Me convertí en una versión performática de mí misma, siempre ajustando mi personalidad para ser más atractiva para hombres que, si hubieran sido honestos, no tenían nada particularmente atractivo que ofrecer a cambio."

Un grupo de mujeres de su edad se sentó en la mesa contigua, y Ofelia no pudo evitar escuchar fragmentos de su conversación. Estaban discutiendo las citas online con la exhaustividad de veteranas de guerra:

"Me dijo que parecía 'demasiado inteligente' para las aplicaciones de citas," decía una.

"¿Y eso qué significa?" preguntaba otra.

—Que me ve como una amenaza, pero no quiere admitirlo.

"¿Por qué las mujeres inteligentes siempre tienen que fingir ser menos inteligentes para no intimidar a los hombres?" preguntaba la tercera.

—Porque los hombres han confundido ser deseados con ser merecedores, respondía la primera.

Ofelia sintió una punzada de reconocimiento y una oleada de compasión hacia su yo pasado, quien había participado en esa misma conversación cientos de veces. Pero también sintió algo nuevo: una especie de desapego benevolente, como si estuviera observando un ritual que había superado.

Siguió escribiendo:

"Me he dado cuenta de que el problema no era que estos hombres no fueran suficientemente buenos para mí. El problema era que yo no era suficientemente buena para mí misma. Me había convertido en una mujer que modificaba su personalidad para adaptarse a las inseguridades de otros, que minimizaba sus logros para no hacer sentir incómodos a hombres que no habían hecho el trabajo interno necesario para estar con una mujer completa.

Pero una mujer completa no es una mujer perfecta. Es una mujer que ha aprendido a vivir con sus imperfecciones sin convertirlas en una invitación para que otros la arreglen. Es una mujer que ha construido una vida tan interesante que una pareja sería una adición bienvenida, no una solución a un problema existencial."

Terminó su café y se dio cuenta de que había pasado dos horas escribiendo sin revisar su teléfono una sola vez. Durante años, había sido incapaz de estar sola

en un lugar público sin la compulsión de verificar constantemente si alguien había tratado de contactarla. Pero ese día, la posibilidad de recibir mensajes de hombres que podrían estar interesados en ella no disparó ninguna ansiedad ni expectativa.

Se levantó para irse, y el hombre que la había estado observando se acercó a su mesa.

"Disculpa," le dijo con la sonrisa de alguien que había estado esperando una oportunidad. "¿Te importa si te pregunto qué estás escribiendo? Pareces muy concentrada."

Hace tres meses, Ofelia habría interpretado esta aproximación como una oportunidad romántica potencial. Habría evaluado su atractivo físico, sus modales, su potencial como pareja. Pero ese día, solo vio a un hombre que había confundido concentración con invitación.

"Estoy escribiendo sobre la diferencia entre estar disponible y estar desesperada," respondió con una sonrisa genuina pero no coqueta. "¿Te importa si te pregunto por qué asumes que una mujer escribiendo sola en una cafetería está abierta a interrupciones?"

El hombre se quedó sin palabras por un momento, procesando una respuesta que claramente no había anticipado.

"Yo... solo pensé que... parecías interesante," dijo finalmente.

"Gracias," respondió Ofelia. "Soy muy interesante. Pero no estoy disponible para validar eso con extraños en cafeterías."

Se despidió cordialmente y salió a la calle, sintiendo como si hubiera pasado un examen que no sabía que estaba tomando.

Caminó hacia el parque, donde se sentó en una banca y observó a las personas que pasaban: parejas caminando tomadas de la mano, madres con hijos, hombres y mujeres de todas las edades navegando sus propias vidas con diversos grados de satisfacción y propósito.

Por primera vez, no se sintió como una espectadora de la vida de otros. Se sintió como una participante activa en su propia vida, una vida que había construido conscientemente y que no requería la validación romántica para ser considerada exitosa.

Napoleón la habría encontrado orgulloso, pensó. Había aprendido a ser su propia compañía favorita.

Esa noche, escribió en su libreta azul la entrada final de lo que había sido, sin darse cuenta, un diario de su transformación:

"Nota para el futuro: el amor no es algo que se busca o se encuentra. Es algo que se cultiva, primero en uno mismo, después en las relaciones que vale la pena mantener. He pasado veinte años buscando a alguien que me amara como yo merecía ser amada, pero nunca me pregunté si yo me amaba como merecía ser amada.

Ahora sé que sí. Y eso cambia todo."

Se durmió esa noche con la certeza de que había llegado al final de un capítulo muy largo de su vida, y al comienzo de otro que prometía ser mucho más interesante.

Porque al final, la mujer que había estado buscando en los espejos románticos de otros había estado ahí todo el tiempo, esperando pacientemente a que ella terminara de buscarla en lugares equivocados.

Y esa mujer, resultó, era exactamente quien había esperado encontrar.

Epílogo

"La vida no se casa con nadie"

Seis meses después de la carta de renuncia, Ofelia despertó en una mañana de sábado con la extraña sensación de que había olvidado algo importante. No era la sensación habitual de ansiedad que la había acompañado durante años —esa urgencia constante de revisar el teléfono, de evaluar si había hecho algo mal en alguna interacción social, de preguntarse si debería escribirle a alguien que no le había respondido—. Era algo más parecido a cuando uno se da cuenta de que ha dejado de cargar un peso que ni siquiera sabía que llevaba.

Se quedó en la cama unos minutos, tratando de identificar qué era exactamente lo que había olvidado, hasta que se dio cuenta: había olvidado sentirse incompleta.

Napoleón la observaba desde su lugar habitual al pie de la cama, con esa expresión de psicólogo canino que había desarrollado durante los meses de observar la metamorfosis de su humana favorita. Ocasionalmente movía la cola como si estuviera tomando notas mentales para algún estudio longitudinal sobre mujeres de mediana edad que aprenden a vivir sin disculparse por existir.

"Buenos días, colega," le dijo Ofelia, usando el término que había comenzado a emplear para referirse a él después de darse cuenta de que técnicamente eran compañeros de cuarto en términos igualitarios. —¿Sabes qué día es hoy?

Napoleón inclinó la cabeza con la profesionalidad de alguien que sabe que las preguntas retóricas matutinas son parte del proceso terapéutico.

—Hoy se cumple exactamente un año desde mi última cita oficial, anunció Ofelia, como si estuviera conmemorando un aniversario importante. "Un año desde que Germán me explicó por qué las mujeres de mi edad tenían expectativas irreales mientras comía de mi plato sin permiso."

Se levantó y se dirigió a la cocina, donde había desarrollado un ritual matutino que era una versión mejorada de las rutinas que había perfeccionado durante años para prepararse para citas que nunca llegaban a ninguna parte. Pero ahora la meticulosidad era para sí misma: café preparado exactamente como le gustaba, desayuno que elegía porque le apetecía, no porque fuera apropiado para compartir con un hombre hipotético que podría juzgar sus hábitos alimenticios.

La carta de renuncia había desaparecido del florero hacía meses, reemplazada por flores reales que ella compraba para sí misma cada viernes. No porque necesitara flores para sentirse amada, sino porque había descubierto que las flores los viernes eran una de esas pequeñas ceremonias que hacían que la vida se sintiera más parecida a la vida que había querido vivir.

Mientras preparaba el desayuno, recordó la conversación que había tenido la noche anterior con Rebeca, quien la había llamado para reportar su más reciente desastre romántico: una cita con un hombre que había pasado dos horas explicándole por qué las mujeres feministas tenían problemas de intimidad, aparentemente sin detectar la ironía de que él era un hombre de cuarenta y cinco años que vivía con su madre y se refería a las mujeres como "las hembras."

"¿Sabes qué es lo que más me molesta?" había dicho Rebeca. "No es que sea un idiota. Los idiotas siempre han existido. Lo que me molesta es que yo sigo yendo a estas citas como si fuera a encontrar algo diferente."

"¿Y por qué sigues yendo?" había preguntado Ofelia, con la curiosidad genuina de alguien que ha dejado de participar en un ritual que alguna vez consideró obligatorio.

—Porque... porque si no voy, ¿cómo voy a conocer a alguien?

"Pero si vas y conoces a alguien como ese, ¿no es peor que no conocer a nadie?"

Había sido una de esas conversaciones que antes la habrían llenado de ansiedad, porque habría interpretado la experiencia de Rebeca como una advertencia sobre su propia soledad. Pero ahora la escuchaba con la compasión de alguien que ha escapado de una prisión y observa a otros prisioneros que aún no han descubierto que la puerta está abierta.

Terminó de desayunar y se dirigió a su escritorio, donde tenía una rutina que había desarrollado durante los últimos meses: escribir en su libreta azul, pero ya no sobre hombres que la habían decepcionado o sobre estrategias para encontrar el amor. Ahora escribía sobre la vida que estaba construyendo conscientemente, una vida que había resultado ser mucho más interesante de lo que había imaginado.

Esa mañana escribió:

"Reflexiones sobre el primer aniversario de mi jubilación romántica:

He llegado a la conclusión de que el amor romántico, tal como nos lo han vendido, es una estafa emocional sofisticada. No el amor real —ese sigue siendo una de las experiencias más extraordinarias que puede tener un ser humano—, sino la industria del amor, la idea de que una mujer soltera es una mujer incompleta que debe dedicar recursos significativos a resolver su 'problema' de soltería.

Durante veinte años, traté mi vida como si fuera una sala de espera. Todo lo que hacía —mi trabajo, mis amistades, mis hobbies, mis decisiones domésticas

— se sentía temporal, como si estuviera esperando a que llegara mi vida real en forma de un hombre que me validara como persona completa.

Pero resulta que mi vida real había estado sucediendo todo el tiempo. Solo que no la había estado viviendo porque estaba demasiado ocupada auditando para el papel de novia ideal de hombres que, si hubieran sido honestos, no tenían nada particularmente extraordinario que ofrecer a cambio.

El día que dejé de buscar el amor, curiosamente, fue el día que me enamoré. De mí misma, de mi vida, de la mujer que había construido durante todos estos años sin darme cuenta."

Pausó para beber café y observar por la ventana. Había rediseñado completamente su departamento durante los últimos meses, no según las reglas de decoración que había aprendido de revistas sobre cómo hacer que un espacio fuera "acogedor para visitas masculinas," sino según sus propios gustos, que había descubierto que eran mucho más interesantes de lo que había imaginado.

Las paredes estaban pintadas en colores que le gustaban a ella, no colores "seguros" que no fueran a intimidar a hombres inseguros. Había libros por todas partes, no organizados estratégicamente para parecer inteligente pero no demasiado intelectual. Había comprado arte que la hacía feliz, no arte que fuera apropiado para conversaciones casuales con citas que de todas formas nunca prestaban atención a lo que había en las paredes.

Continuó escribiendo:

"Quiero agradecer a los hombres que no llegaron, a los que se fueron, y especialmente a los que no existieron:

Gracias, Fernando, por enseñarme que el potencial no realizado es solo otra forma de mediocridad con buena mercadotecnia. Gracias por demostrarme que hay una diferencia entre ver lo mejor en alguien e inventar cualidades que no existen.

Gracias, Germán, por la lección magistral sobre mansplaining que me ayudó a entender que la condescendencia no es lo mismo que la confianza, aunque muchos hombres confundan ambas cosas.

Gracias a todos los hombres que me explicaron mi propia área de expertise, que me interrumpieron cuando estaba hablando, que revisaron sus teléfonos cuando yo estaba contando algo importante. Me ayudaron a entender que no estaba siendo demasiado sensible; ellos estaban siendo demasiado groseros.

Gracias especialmente a los hombres que no existieron: a todas las versiones idealizadas de hombres reales que construí en mi imaginación para poder tolerar sus deficiencias obvias. Ustedes fueron mis colaboradores más creativos en la construcción de una fantasía romántica que me mantuvo atrapada durante años.

Y gracias a la industria completa del amor romántico, que me vendió la idea de que una mujer sin pareja es una mujer fallida, pero que nunca me preguntó si

los hombres disponibles para ser mi pareja tenían algo que valiera la pena ofrecer a cambio."

El teléfono sonó, interrumpiendo su sesión de escritura. Era Lulú, quien había desarrollado la costumbre de llamarla los sábados por la mañana para reportar las aventuras de su propia vida romántica, que seguía siendo un museo de desastres con nuevas exhibiciones semanales.

"Ofelia, tienes que escuchar esto," dijo Lulú sin saludar primero, como si fuera la continuación de una conversación que habían estado teniendo. "Anoche conocí a un hombre que me dijo que las mujeres que leen demasiado son difíciles de enamorar porque 'piensan que lo saben todo.'"

"¿Y qué le dijiste?" preguntó Ofelia, genuinamente curiosa.

"Le dije que tenía razón, que sí sabía todo, especialmente sobre hombres que confunden ignorancia con feminidad. Después me fui."

—¿Y cómo te sentiste?

"Poderosa. Por primera vez en años, me sentí poderosa. Como si finalmente hubiera entendido que el problema no era que yo fuera demasiado esto o demasiado aquello. El problema era que él era demasiado inseguro para estar con una mujer completa."

Ofelia sonrió. Sus amigas estaban comenzando a tener las mismas revelaciones que ella había tenido meses atrás, como si la liberación fuera contagiosa.

"¿Sabes qué es lo extraño?" continuó Lulú. "Ahora que he dejado de tratar de impresionar a hombres que no valen la pena, me siento mucho más atractiva. Como si la desesperación hubiera sido lo único que me hacía poco atractiva."

"Es porque cuando dejas de necesitar validación externa, irradias el tipo de confianza que solo viene de estar cómoda contigo misma," respondió Ofelia. "Y eso es genuinamente atractivo, no el tipo de atractivo performático que habíamos estado practicando."

Después de colgar, Ofelia regresó a su escritorio y terminó su entrada del día:

"He aprendido que la diferencia entre estar disponible y estar desesperada es que cuando estás disponible, puedes darte el lujo de ser selectiva. Cuando estás desesperada, aceptas cualquier cosa que se parezca remotamente al amor, incluso si viene empaquetada con falta de respeto, mediocridad emocional, o simple incompetencia relacional.

Ahora estoy disponible para el amor real, no para la idea del amor. Disponible para una conexión genuina con alguien que haya hecho su propio trabajo interno, que sea capaz de ver a las mujeres como seres humanos completos, que entienda que una relación es la colaboración entre dos personas enteras, no la fusión de dos mitades incompletas.

Pero si esa persona nunca aparece, ya no me parece una tragedia. Me parece simplemente otra forma de vivir una vida completa. Porque resulta que la vida

no se casa con nadie. La vida simplemente es, y nosotros decidimos qué hacer con ella."

Cerró la libreta y sacó de su bolso un papel doblado que había estado cargando durante semanas. Era una frase que había escrito una noche después de una conversación particularmente iluminadora con Napoleón (quien, hay que reconocerlo, era un excelente conversador cuando uno aprendía a interpretar sus expresiones faciales).

Desdobló el papel y leyó en voz alta, como si fuera una oración o un mantra:

"Mejor sola que mal acompañada, pero mejor bien acompañada por mí misma que esperando a alguien que no sabe llegar."

Napoleón levantó la cabeza desde su lugar en el sofá, como si hubiera reconocido una verdad importante. Se acercó a ella y apoyó la cabeza en su regazo, en un gesto que claramente significaba: "Exactamente. Ahora ya entiendes."

Ofelia lo acarició y miró por la ventana hacia la ciudad que se desplegaba ante ella, llena de personas navegando sus propias vidas con diversos grados de sabiduría y confusión. Por primera vez en años, no se sintió como si estuviera observando la vida desde afuera, esperando a que alguien más le diera permiso para participar.

Se sintió como lo que era: una mujer que había construido una vida tan rica y completa que cualquier persona que quisiera formar parte de ella tendría que ser extraordinaria para mejorar lo que ya había creado.

Y si nadie extraordinario aparecía, bueno, ella ya había aprendido a ser su propia compañía favorita.

Esa tarde, mientras organizaba sus libros —no para impresionar a nadie, sino porque le gustaba tener sus libros organizados—, encontró una carta que había escrito años atrás pero nunca enviado. Era una carta de amor dirigida a "Mi futuro esposo," llena de promesas sobre la mujer que sería cuando finalmente lo encontrara.

La leyó con la nostalgia de alguien que observa un diario de la adolescencia: con cariño hacia la persona que había sido, pero con alivio de ya no ser esa persona.

En lugar de tirar la carta, decidió escribir una respuesta. No a un futuro esposo, sino a la mujer que había sido cuando la escribió:

"Querida Ofelia del pasado:

Tengo noticias para ti. El amor que has estado buscando existe, pero no donde crees. Existe en la forma en que te levantas cada mañana y decides crear algo hermoso con tu día. Existe en tu capacidad de reírte de ti misma sin ser cruel contigo misma. Existe en la forma en que has aprendido a cuidar a otros sin desaparecer en el proceso.

El hombre que crees que necesitas para ser completa no existe, y eso es lo mejor que podría haberte pasado. Porque la mujer que has construido mientras

esperabas a que apareciera es mucho más interesante que la mujer que habrías sido si hubieras tenido que modificar tu personalidad para mantener a alguien que no era digno de la versión real de ti.

Vas a estar bien. Mejor que bien. Vas a ser feliz de maneras que ni siquiera puedes imaginar ahora.

Con amor (el tipo real), Ofelia del presente."

Dobló ambas cartas y las guardó en una caja junto con otros artefactos de su vida romántica pasada: fotos de bodas a las que había asistido sola, invitaciones a eventos de parejas que la habían hecho sentir defectuosa, listas de cualidades que había escrito sobre el hombre ideal que ahora se veían como descripciones de un personaje de ficción.

No era un funeral, sino una graduación. Un reconocimiento de que había completado exitosamente una fase de su vida y estaba lista para la siguiente.

Esa noche, mientras se preparaba para dormir, se dio cuenta de que por primera vez en años no se estaba quedando dormida con la esperanza de que mañana fuera diferente. Se estaba quedando dormida con la satisfacción de quien ha aprendido a encontrar lo extraordinario en lo ordinario de su propia vida.

Napoleón se acomodó en su lugar habitual al pie de la cama, y Ofelia tuvo la sensación de que él también entendía que habían llegado al final de una era y al comienzo de otra.

"Buenas noches, colega," le dijo. "Mañana será otro día de nuestra vida extraordinariamente ordinaria."

Y por primera vez en décadas, esa perspectiva le pareció no solo tolerable, sino genuinamente emocionante.

Porque al final, había descubierto que la vida no se casa con nadie, pero sí se enamora de quienes aprenden a vivir sin disculparse por existir.

Y esa, pensó mientras se quedaba dormida, era una historia de amor mucho mejor que cualquiera que hubiera imaginado cuando aún creía que necesitaba a alguien más para escribir su final feliz.